

AO-151

Nina

SH

0.15

Alberto Nin Frias

EL ÁRBOL

3 1544 $\frac{1}{2}$

31544



N. 1.

F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, núm. 10

VALENCIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS POR ESTA CASA

Ensayos de crítica é historia.—Una peseta.

Estudios religiosos.—Una peseta.

BIBLIOTECA
de la
DIRECCIÓN GERAL DE LA PRIMARIA
MONTEVIDEO

*Esta Casa Editorial obtuvo Diploma
de Honor y Medalla de Oro en la Expo-
sición Regional de Valencia de 1909.*

DEDICATORIA

Dedico este pequeño libro, al que he aportado lo mejor de mi alma y anhelo civilizador para la niñez y juventud de América, á la memoria de los sabios Reclús, mis maestros predilectos; á la señorita Casilda Rodríguez Varela por alentarme en la prosecución de la obra, á pesar de muchos sinsabores; á Elena Nin Frias, mi nobilísima hermana, con quien á menudo he compartido intensas admiraciones por la Naturaleza.

Petrópolis 26 de Octubre de 1910.

Dulces son las melodías escuchadas,
[pero aun lo son más las mudas...
Belleza es la verdad; la verdad, lo bello.
Es eso cuanto sabéis y debéis saber.

(De la oda sobre una urna griega de Keats.)

«Usted es uno de los escritores que más me conviene estudiar, porque me da usted pie como muy pocos para las reflexiones de que más gusto.»

MIGUEL DE UNAMUNO.

«...Este joven maneja muy bien el idioma. Posee una gran erudición literaria, rara entre nuestros escritores. En particular, la literatura inglesa se ve que la conoce á fondo. Es un joven que promete mucho. *El ensayo sobre la muerte* lo he leído con gran interés...»

DR. SANTIAGO RAMÓN CAJAL.

(De una conversación sobre el autor.)

PROLOGO

DEL PROFESOR JOSÉ ARECHAVALETA, DIRECTOR DEL
MUSEO NACIONAL DE MONTEVIDEO, SOBRE EL LIBRO
«EL ARBOL», DE ALBERTO NIN FRÍAS.

La lectura de su libro me ha interesado. El árbol es un tema que llega al alma.

Todo lo que tienda á dirigir la vista hacia nuestra madre Naturaleza me es simpático. Soy amigo constante de los árboles, elevada y sublime manifestación del reino vegetal, en su forma más graciosa y bella.

Obediente á este sentimiento, no he desdeñado ocasión alguna para aplaudir todo cuanto se ha hecho en favor de los árboles, así como no he dejado de criticar, con amargura á veces, la destrucción de montes ribereños de la República. Y aunque no sea un consuelo legítimo, debo recordar que no es aquí sólo donde se aniquilan las obras bellas de la Naturaleza.

Selvas extensas, riquezas acumuladas en largos siglos, desaparecieron de Alemania, esa región de los robles á través de cuyo ramaje, la ardilla podía andar leguas y leguas sin tocar el suelo.

El Mediodía de la Europa se encuentra hoy también despoblado de arboledas. En las regiones mediterráneas los bosques seculares de olivos no existen ya. En Italia como en Austria extensos montes se destruyeron. Ni

Francia ni España son ya países de bosques como antaño.

La Grecia actualmente y la Macedonia son regiones estériles en grandísima extensión de su territorio.

Los cedros del Líbano como las selvas del Hermont, que antes protegieron de aridez á las tierras y de la muerte á sus habitantes, se han cambiado en regiones mortíferas desde que las despojaron de vegetación.

La misma Galilea en las cercanías del lago Tiberíades ó de Genezareth, región hermosa, en otro tiempo tan amada por Jesús, es hoy un triste desierto del que emigra el hombre.

País sin árboles es una desolación y un infierno, que sólo el trabajo inteligente del hombre puede hacer habitable.

Pérez y Castellanos, al mencionar los bosques de la República, remontándose á pocos años atrás, dice haber conocido algunos que no bajaban de una legua y más de ancho, mientras que en la hora del recuerdo estaban reducidos á centenares de metros y no sólo habían disminuído en extensión, sino también en altura. Corpulentas esencias arbóreas quedaban representadas por simples retoños. ¡Obra nefasta de inconsciencia y salvajismo!

En 1890 acompañé al señor Eduardo André, arquitecto paisajista, en excursión por nuestra campaña, en procura de árboles que sirvieran de adorno en plazas y paseos públicos. Después de recorrerla en varios sentidos, fuimos á dar en el Cuaró, en cuyas orillas hallamos algunos ejemplares, genuinos representantes de la flora uruguaya.

Conozco otros parajes además del señalado, pero tan reducidos, de tan corta extensión, que no merecen el nombre de selvas. Mientras tanto, convendría tomar me-

didas tendentes á su conservación. Y esto es lo que tanto cuesta obtener de los poderes públicos.

Pérez y Castellanos, arriba citado, menciona leyes de Indias que establecen la forma y el momento de la poda de los árboles, con obligación en todos los casos de conservar un ejemplar de cada clase con horca y pendón. Ignoro si nos rigen hoy.

Es preciso salvar esas alegrías de la vida del mercantilismo innoble, apoyando con nuestras simpatías á los hombres desinteresados que aprecian el sentido de lo que poseemos y protestan enérgicamente contra la ligereza culpable que tolera esos destrozos, otros tantos crímenes de lesa humanidad.

Todos debemos afanarnos por la conservación de esos silenciosos amigos del hombre. Cada vez que he presenciado destrozos de viejos y añosos paraísos y acacias, bajo el pretexto de tener ramas torcidas, como los que estábamos acostumbrados á ver en la plaza Matriz y en la calle 18 de Julio, maldecía á sus autores. Aquellos ejemplares de ramas torcidas eran monumentos históricos y dignos de respeto y amorosos cuidados. ¡Se prefirió destruirlos!

Á eso llamo actos salvajes.

Es necesario que nos demos exacta cuenta sobre la necesidad de conservar los árboles. Dejemos que crezcan y que envejeczan en paz á nuestro alrededor. La edad los hace más venerables y en poético lenguaje nos levantan sobre las brutalidades de la vida. Plantemos y conservemos. Los años acumulándose en los objetos les prestan elocuencia conmovedora y les hacen decir lo que deben enseñarnos.

Lamento, señor Nin Frías, no poder ayudarlo eficazmente como lo deseo. Hace largo tiempo que me he pro-

puesto escribir una obrita sobre los árboles indígenas, adornada con fotograbados, pero hasta el presente no he podido realizarla, y cada día que pasa, me lleva una parte de voluntad con la vida que se acerca á su ocaso.

La historia de cada especie, su vida, su crecimiento, etcétera, sería, á mi juicio, interesante bajo el punto de vista científico y del utilitario también, como elemento de conservación y de sociabilidad.

A haber realizado ese trabajo, lo pondría con el mayor gusto á su disposición para que de él sacara lo que mejor creyese que encuadraba con su propósito.

Opino que á los niños de nuestras escuelas debe enseñárseles á conocer los productos de su tierra antes que los extraños. De ese modo se encariñarían con el suelo que los vió nacer, conocerían sus bellezas y mañana sabrían aprovechar sus fuerzas creadoras al entrar en acción de actividad y progreso.

De los árboles indígenas mencionados en su obra, sería bueno representar algunos por el grabado fotográfico: laurel blanco, laurel negro, Francisco Álvarez, Ibiraró, Canelón, Azarero de monte, etc., etc. Intercalando además una que otra palmera de esbeltas estipas y elegantísimo follaje. Para ello hallará usted hermosos ejemplares en los jardines de los alrededores de Montevideo.

Si me tomo la libertad de darle este consejo, es escudándome en la amistad que profeso á su señor padre, la misma que invoca usted en su carta.

Me es grato aprovechar esta oportunidad para aplaudir su interesante trabajo destinado á despertar en la juventud uruguaya y de América el amor á los árboles, noble sentimiento de pueblo civilizado.

ALBERTO NIN FRIAS, UN ESTUDIO

por M. Núñez Regueiro

I

En la sala de trabajo del escritor.—El lenguaje de las cosas que le rodean.—Algunas evocaciones clásicas.—Pinturas, grabados, bustos y retratos.—El arte inspirando una vida fecunda y útil.—El retrato del escritor.

El arte tiene un objetivo que nunca debe olvidar el artista: el mejoramiento humano por lo bello, en dilatar en el hombre el espíritu y el alma.

ALBERTO NIN FRIAS

(Ensayo sobre los libros que he leído.)

Conozco muy de cerca la risueña salita donde mi joven amigo el escritor Alberto Nin Frias forja en las sólidas fraguas de la Idea su acero de combatiente. Los dedos ebúrneos y sedosos de las Gracias han repartido allí pétalos de indecible encanto, desde el volumen liliputiense de los armarios hasta las anforitas de porcelana y bronce repartidas entre bustos y retratos célebres. Alguien acostumbrado á beber de la cratera en que rebosa el zumo de las áticas concepciones requeriría para su solaz que la puerta breve que comunica al zaguán severo de la casa tuviese una amplia avenida erizada de lotos que saliese á una Arcadia nemorosa, donde Aglao pudiese escanciar en el vaso rugoso de sus austeras manos la linfa que desciende libre y clara de

la alta montaña de la Virtud, ó donde los felices bebedores de la ambrosía inmortal de Hipócrene tañasen la péctide de las castas alegrías con el plectro de oro de la paz interior, ó Virgilio, envuelto en la clámide purpúrea del divino Teócrito, fuese en compañía del ruiseñor de Venuso adorado por los peones de las granjas de Mecenas.

Algo allí se siente como el embriagador aroma del sahumero evocatorio de los lujosos «parterres» del elegante Lúculo, donde los pensionistas griegos del «Palacio de los Libros», sonrien cavilosos ó sueñan envueltos en las ondas fantásticas del Ritmo—cual en *A Reverie* de Frank Dicksee—con las tenues vaporosidades de una Minerva emperatriz y protectora.

En tierno desposorio el Arte vigoriza ahí el perfil sugerente de sus nobles formas junto con la Idea honda y apacible que, en esa mansión del estudio, viste la gallarda lozanía de una juventud perenne que recrea—hasta la absorción mística de los éxtasis virginales y azules—á los ojos deseosos de asistir al mágico conubio de la belleza de afuera con la belleza de adentro.

Euterpe mira soñadora refulgir con brillazones de otra vida el sol de Atenas en la frente augusta y meditativa de Palas. Las más nobles concepciones intelectuales, hechas un haz multicolor, pero suave de rayos tibios y alegres, diluyen las emanaciones de su gracia íntima en ondas de un amor tan nectífero é insinuante que, convidándonos á departir del pan eucarístico de la mesa de Apolo, nos fuerza á ser buenos y sabios.

Tal como Alma Tadema ha pontificado en esa morada del trabajo espiritual el esfuerzo de muchas bellezas en un cuadro de *La Primavera*—impecable como un lirio erécido sobre la tumba de Jesús—, así el alma apetece vivir allí la «primavera», la verdadera primavera del alma, que es la virtud triunfante. Si una *Lectura de Homero* del mismo noble pintor, muestra las inclinaciones de Nin Frías por los estudios del helenismo clásico, un busto de Shakespeare entre dos medios cuerpos de Diana y Apolo, anuncia que la blonda cabeza de Albión tiene un profundo enamorado de sus

rizos, que serena y razonablemente, aspira á que sus hermanos los latinos bañen las crenchas leoninas de inquietos y nerviosos eides en las aguas pacíficas del risueño Avon del «anglosajonismo», no el mercenario y egoísta, sino el épico, moral é intelectual de Milton, Pope, Smiles, Macaulay, Carlyle, J. Elliot, Dickens, Ruskin.

Diríase que aquella salita es un breve granero de las mieses del dios de Helicon. Cual si se asistiese á sus sagradas festividades, se bebe allí la miel dilecta de los libadores olímpicos que fluye del árbol de la belleza perdurable regado por las sonrisas de las Gracias que, sobre alfombras de nardos y jacintos, danzan en rumoroso concierto con los céfiros, y dicen con el oráculo de sus labios coplas de idolátricos amores en el bosque de Dafne de todas las poéticas teogonías. La adoración de Pan se hace más intensa frente á las mil deidades que bañan sus gráciles formas bajo el rocío que, en forma de savia elixírea, nutre y refresca los pámpanos de las vides inmortales que crecen en las laderas de la montaña del verde amazón del Arte y que, inmárchitos, coronan las sienas gloriosas de los vencedores.

En este silenciario del ideal en que las corrientes más caudalosas y apacibles del espíritu parecen haber señalado el lazo fraterno de su confluencia, canteros lujosos de verbenas y mirtos desdoblan sus pétalos á las caricias del alado y sutil embajador del país del Ensueño. Las alegres Driades que en aljofainas de nácar sumergen el azabache de sus cabellos para empararlos en el agua purificadora y virginal de los áureos surtidores de Juvencio, saltan gozosas como cabritillas para remozarse y provocar el canto sustraedor de las sirenas. No es fácil cosa en ese ambiente de sumas melodías alejarse de la peligrosa playa y taparse, cual Ulises, con cera los oídos. La influencia divina del medio nos eleva para no dejarnos descender sino á los jardines de una vida que es sueño, de un sueño que es vida.

Arrebozados con el peplo blanco y celeste de la paz y la ventura ultraterrenas, espíritus incorpóreos, pero

visibles—aparente contradicción que no es tal—mueven las alas de sus sonrisas sobre las flores. Los genios vigorosos del Renacimiento ofrecen en copias fidedignas junto á los dioses de Homero moldeados en bronce y yeso, la incontestable grandeza de sus pinceles y buriles. Miguel Angel, Rafael, De Vinci tienen allí cada cual su monolito. Coloran aquella morada de tan augusto concurso de representantes de todas las culturas y de todos los orientes del espíritu, tintes de una cálida y piadosa armonía, ensueño é idealidad, en los que, desde el suave rosa de la redonita y el pálido heliotropo de la lapidolite bruñen con vigorosidades de fuego olímpicas las formas semidesnudas de genios, héroes y dioses de todos los linajes, embelesados en contemplar los atrevidos minaretes de lapizlázuli y jaspé erguidos sobre los alcázares de oro de fantásticas Stambules.

Todo se mueve con indecible aleteo de mansedumbre, contento y paz. Cual las aguas de un lago de límpido topacio agitadas levemente por las alas de un albo cisne tritón y marinero, tal juguetea la mariposa del Ensueño en las ondas sonambulescas de tanto ritmo que vibra, tanta armonía que canta, tanta radiosidad que brilla, que retempla y sacude. El espíritu catador del néctar clásico recibe en presencia de esos diminutos grabados y mármoles un pedazo de la soberana impresión que es susceptible de sentir entre las pompas del arte suntuoso escondido y conservado por aliento inmortal en la Galleria Uffizi ó en las magníficas salas del Palacio Pitti de la blanca Florencia de los Médicis. Allí se vive del recuerdo, de la evocación y del lenguaje profundo y silencioso de las ruinas. Un retrato de la Acrópolis solloza su pasada grandeza: otro del Partenón mutilado por el veneciano Morosini y por lord Elgin, execra con su faz arañada por el crimen la memoria del corsario y del ladrón irreverente de sus métopas. Un joven atleta en posición épica de envainar la espada que ha salido triunfosa del combate, descansa sobre un breve plinto en cuya torneada gola se lee: *Post pugnam*, y algo más abajo, á manera de antiguo epigrama ático: «Después de la cosecha de los laureles el olivo renace más

hermoso.» Andrés Chénier, sonriente en presencia del patíbulo, siente aligerar sobre su mente el peso de las miserias humanas con el aleteo del águila de aquel *algo* que haría cimentar el edificio de su justa apoteosis. El hondo y hierático simbolismo de las siemprevivas y del óleo tirio que unge las estatuas inmortales, da allí la expresión cavilosa de las póstumas grandezas del hombre, y la casta sensitiva del alma observadora, émula del esplendor de un rayo de luna, se despereza si acaso duerme para sacudir á un beso de la brisa los estambres del entusiasmo y difundir en el ambiente el polen hipnótico del *arrorró* de la gracia.

Seducido por el invicto é irresistible conjunto de tantas cosas bellas y evocadoras, admiré también con sorpresa un retrato del guardián de esa torre. Hay un medio cuerpo que dice en el lenguaje de los pliegues del vestido y en las tersuras del rostro discursos de sabia elocuencia. Una originalidad estudiada ha presidido el trabajo de la cámara obscura. El cuello echa negligentemente hacia los lados los dobleces de un blanco camisión que, á manera de solapa, coronan el negro paño de un saco que se esfuma, se disipa en un capricho fotográfico que da la ilusión de ser á la vez clámide, toga, gabán y chaqueta: tal es la leve sutilidad del traje, un vaporoso descuido de arte personal y delicado.

Una cabeza que sueña, ama y medita surge de la discreta noche de los tonos. El cuadro tiene una obscuridad clásicamente pensadora y una claridad que en lo afectuosa es radiante. Algo así como un modelado de fluorina que fosforece, una vez insolado, en la tiniebla. Los graves y nobles pensamientos que sugiere al químico ó al mineralogista la fosforescencia de este cuerpo, sugiere la faz devota y blanca de Nin Frías al espíritu investigador y artista, en la penumbra de su retrato. La cabellera, recabando los mimos de las ondinas, describe una curva sin entrantes terminada en la hoz perfecta de un ancla que va á perderse á mitad de la oreja. La frente bruñida por suavidad lustrosa no conoce la huella: con la serenidad de un lago dormido y transparente apenas desborda un fugaz levantamiento

—donde las facultades pensadoras indican tener visible hospedaje—entre la leve neblina de un entrecejo poco celoso que divide el hilo casi recto de dos cejas firmes, semipobladas, denunciadoras de un carácter reflexivo y bonancible. Sus ojos, más bien grandes y un tanto brillantes, chispean la dulzura y rara vez el enojo: son garridos; á veces inquietos; miran con amor, franquean todas las entradas del alma y corazón de su dueño; son un tanto vagamente románticos y soñadores; tienen la serenidad ingenua del ángel, aunque á veces los cubra cierto misterioso tul de amable melancolía; inspiran confianza y parpadean con nerviosidad cuando el misticismo hiere la lente de sus pupilas ó cuando, discutiendo por los collados de la metafísica, hácese radio-sos y voladores. La nariz, más bien recta, ni fina ni gruesa, ofrece un corte agradable formando un ángulo agudo perfecto de no más de setenta grados; la barbilla un tanto elevada y graciosamente redondeada; los labios con alguna turgencia y el inferior levemente airoso. La columnata de un cuello ancho y vigoroso se escurre entre las mallas de la cisnea camisola. Tal cual se muestra la sugerente suavidad del retrato, un pintor de vena espiritual invocaría al punto la figura místico-guerrera de Tolstoi, quien á su vez no desdeñaría la evocación y aplaudiría sin estiramientos la veste poco densa y libre del joven escritor, aunque con ello pusiese á disgusto el escorzo torturante y poco austero de la moda.

La manera íntima de su ser no se exterioriza en las líneas impecables de un Narciso ó de un Cleomenes. La gentilidad de su espíritu disculpa el desgarbo de su cuerpo. Es un templo de sólida contextura, de granítica argamasa, digno de ser morada de un dios, en el que no se alaban las perfecciones geométricas de la forma ni la graciosa disposición de las partes que dan la exhibición del armonioso moldeado de la concepción artística; sólo se loa lo que se adivina en la franca fisonomía de su rostro: la gran belleza, el profundo sentido de las cosas bellas á las que el artista del interior no sabe exornar con la vívida belleza de afuera.

II

Una pintura de Leigh Hunt.—La juventud del joven de Nazaret.—Equilibrio de las dos bellezas: el individuo alma y el individuo cuerpo.—El ideal que persigue este escritor.—La barata sabiduría de los encrucijadas.—El colirio sagrado de Silcé.

Si algo pudiera señalar los atributos de la deidad que apadrina sus aspiraciones y dirige el trabajo del lento transformismo moral, auspicioso de las dos higienes y las dos gimnasias—la de adentro y la de afuera—y que dulcemente lo incita y ayuda á perfeccionarse, es lo siguiente que ha puesto al pie de una feliz inspiración del pintor Leigh Hunt: *El joven Cristo en su taller*, y que ocupa, junto á un retrato de su amado maestro Talne, sitio afectuoso en la salita de sus espirituales labores: «Juventud... mira al joven de Nazaret: está en el taller de José, su protector; la frente embellecida por un rayo de luz que ha ido á descansar allí, venido de lo infinito. Su cuerpo dice salud y los miembros gráciles de su persona presentan el hogar más hermoso construido para alma alguna. Trabaja y piensa en las cosas del Padre.» Así es como este escritor, enamorado profundo de las cosas divinas de los Evangelios, gusta encaramarse sobre la inmaculada cumbre del devoto Sión de la fe cristiana, para contemplar desde allí, en la fúlgida colina de la Transfiguración, la imagen eternamente risueña del Verbo que pronuncia al son de trompetas de oro los avatares de los destinos de la raza de Adán. De este modo es como Nin Frías, placiéndose en el grave ejercicio que demanda el cuidado de la ciudadela de la Virtud, viste la loriga de los davídicos atalayas para conservar intacto el equilibrio de las dos bellezas isomorfas: del individuo alma y del individuo

cuerpo. Para expresar como él quiere que se realicen en cada uno de los hombres esas dos correspondencias, ha tomado de un pastor protestante las siguientes palabras que reparte, impresas en hojas sueltas, á cada uno de los que leen sus obras: «Juventud.—No hay nada en el mundo más grande y noble que un joven vigoroso de cuerpo y de espíritu que se promete una vida larga y útil. Mirad tal joven; sus anchas espaldas, su vasto pecho, sus músculos llenos de fuerza, su frente, sus ojos inteligentes: en verdad es un hijo de Dios.» No es esto una fórmula hueca sin vida para nuestro escritor. Sus virtuosas pragmáticas le resultan inviolables. Su constante afán de la vida elevada lo sustrae por entero de los subterfugios de las exhibiciones baratas de los tertulianos de todos los días, á las razones sin ergotismos de la vida sana, sencilla, frugal y laboriosa de los Cincinatos de los dulces retiros aireados, espaciosos y serenos. La calma le incita y le mueve á ser pío en la quietud como heroico en la fatiga.

Empeñosamente preocupado de los grandes intereses de la raza, busca, siguiendo el infinito surco de las abejas áticas para lograr beber el néctar de sus panales—y dirigiendo ansiosamente sus miradas hacia las colmenas del templo de Salomón y los frisos del alcázar de la ojos-verdes Minerva—, la piedra de Oreb de las pacíficas soluciones destinadas á suprimir el pérfido guarismo del cálculo pseudofilosófico, y á dar la horizontal del nivelamiento entre la gigantesca montaña en que reposa el estrado de Jesús y la baja colina en que el hombre ha fundado los deleznales cimientos de su despótica y arrogante confianza de sí mismo. Elevar el hombre imperfecto á las sumas perfecciones del hombre Cristo, es el gran ideal que persigue el admirador tierno y entusiasta del joven carpintero de Nazaret.

El oropel de las cosas vanas no le seduce: busca con la perseverancia del alquimista que agota los recursos de su ciencia en los engañosos hornillos al calor de los cuales la piedra filosofal jamás aparece, un rumbo cierto y sin rugosidades que pueda conducirle á los mágicos portales de la ciudad de la Vida Superior. Y él piensa

que desvelarse en las largas noches de las hondas investigaciones de la ciencia histórica es prometerse la solución del grande enigma que tiene divididas las opiniones de los que entre sí se disputan el honor de fijar al mundo la fórmula redentora de los grandes problemas sociales que lo agitan.

Ha penetrado todos los horizontes y el misterio de todas las brumas; ha roto la cadena de las prevenciones para reducirse á observar, comparar y deducir. Respetuoso de todos los credos, encuentra fascinadora poesía en el mochuelo de Palas Atenea como en el «ibis sagrado» de los egipcios, anunciador apacible de las nílicas y fecundantes inundaciones. Sabe que la ciencia es egoísta y escéptica en los umbrales de Sais y libre y nada devota en Corinto; pero como no apetece el padrínazgo de la tesura hierática, ni la excesiva desnudez de las liviandades, dirige la brújula de sus escrutadores mirajes hacia un Norte único, insensible al engaño, en donde la aguja imantada de la fe religiosa no sufra la influencia desviadora de las auroras polares del realismo escarmentador de los sistemas doctrinarios irredentores. Es, pues, un visionario que vive sondeando la niebla de la realidad. Mejor decir, su misticismo nace de un hecho histórico—incuestionablemente consumado—que ha tenido la virtud de hablar á la conciencia y al corazón del mundo en un lenguaje sin igual, amable y grandioso. Por eso al mirar con ojos de idólatra las Panateneas del friso del Partenón y sentir que la onda del Alfeo que conduce á Olimpia tiene irresistible encanto para la nave traviesa de sus aventuras intelectuales, evoca con el reclamo sentido de las preces la cueva apocalíptica de Patmos, donde, el día que no fenece, descubre la figura meditativa é iluminada por todos los iris de Juan el Teólogo. La fácil y barata sabiduría de las encrucijadas; la sapiencia hirsuta coronada de cardos que discurre en tono de eterna chanza en los pasillos y corredores de todas las enciclopedias; la que no osa salir de los títulos amontonados bajo el casquete de arcilla de los eruditos «á la violeta», no encontrarán en el autor de los *Ensayos* la venenosa

anilina que estigmatiza de negro execrable las frentes enjuiciadas en el tribunal del saber.

Por temperamento y por convicción rechaza la loca vaguedad de la incoherencia. El aparato archiproteico que deslumbra á las mediocridades con las mil formas de las fantasmagorías fosforosas del disparate ladino y más ó menos perverso de la fácil manipulación de la química palabrera, Nin Frías, lo excluye de sí enteramente. Heleno de alma, y que lo será toda la vida, confiesa no poder cambiar el colirio sagrado del estanque de Siloé, que da la vista al ciego, por la linfa de la fuente Pirene que de la cima del Acrocorinto hizo brotar la planta atrevida del alado Pegaso.

III

Recuerdos de una tarde.—Homero evocado en la súplica de Príamo á Aquiles.—Entusiasmos y sentimientos.—Cómo vive Nin Frías la vida de la belleza.—«La imitación exacta no es el fin del Arte».—La sugestión de lo bello.—Sanidad, alegría, juventud y belleza.—Sentir lo bello es amar.

Ahora acuden á mi mente en alas de la sonrisa las mariposas de plácidos é imborrables recuerdos. Hace algunos años me invitaba el noble amigo á recrearme con él en el salterio de las meditaciones y en la contemplación de los panoramas nacarados del espíritu, bajo la fragosa arboleda del «Giot Park» de Villa Colón, á breves pasos de Montevideo. Era una tarde suave como el suspiro perfumado de la desdeñosa Amarilis. Las torcaces entonaban en las copas de los laureles la tierna liturgia de sus salmos familiares. Véspero brillaba con luz que fuera para dos novios el hacha encendida cuyo resplandor incitara á pagar el jurado tributo á los sacrosantos misterios del amor. Las endebles rejas de la

entretrejida techumbre de las hojas nos pusieron en descubierta la blanca desnudez de Selene, que aun no se había bañado en el pálido oro de su luz nocturna. La memoria del cantor de las desgracias de Ulises vino de pronto á recordarnos el enorme cortejo de las leyendas míticas. La *Iliada* y la *Odisea* despertaron con sus orfeleos exámetros las alondras cobijadas en los nidos. Con acento tembloroso repetí la vieja rapsodia de algunos versos conmovedores. La súplica de Príamo á Aquiles para domar la dureza de su corazón y rescatar el sagrado cuerpo de su infortunado hijo Héctor:

De tu padre te acuerda, ilustre Aquiles,

enterneció á mi amigo tanto, que comprendí era prudente no repetir el discurso desgarrador del rey de Ilíon. Yo no debí declamarlos, sino llorarlos, y pedí disculpa por ello. Instantes después, llevando nuestra inspiración á los bosques de Tarento para conversar amigablemente con Horacio, elegimos por asuntos de nuestras pláticas una hoja de oliva, luego un purpúreo jacinto sostenido por los labios de Psíquís; más tarde la encina agorera del Dodona nos invitó á meditar sobre el árbol, objeto devotísimo de los quereres de Nin Frías.

La Naturaleza le enajenaba su voluntad para retenerla en sus dilatados jardines cautiva y esclava. Su entusiasmo por los atributos del pomposo dios que aletea en la vida de todas las bellezas ofrecidas á los ojos, fué no tan cálido cuanto profundo. Explicábame las invencibles perfecciones de Pan; el secreto de un rayo de luz que deja ver flotar la impalpable brizna; el susurro manso de los céfiros adormidos por el beleño de las sugestivas suavidades; el estrépito del alud que resbala por las espaldas del monte; el agua inficionante de los ventisqueros que da por síntesis fatídica la papera hidrópica del infeliz cretino; todo en un lenguaje si no poseído del encanto irresistible de la exquisitez poética de la forma, harto subyugado no obstante á una sensación interior de alta belleza traslúcida que, se adivinaba al punto, la áurea cumbre de donde manaba el torrente

inspirador de lo bello y sublime, del que recibiera por don celeste la delicada flor sensitiva que vive en su alma, sin que jamás se canse de dar su perfume y se agoste. Porque conviene advertir que en su persona como en su estilo se realiza casi siempre aquella vieja fábula en que el escultor reverente de la Divinidad buriló mayor número de perfecciones en las ocultas espaldas del dios que jamás las exigencias del rito descubrían á los ojos, que en la presencia augusta y visible del mismo, porque—decía—á los dioses agrada más el culto de adentro. Sólo que aquí el zahorí escultor esquivó para la vista las delicadezas de su arte que revelara en oculto con toda intención obligado á seguir la pauta de un precepto que tuvo por irrecusable, mientras que Nin Frías sólo alcanza á vivir internamente la íntima vida de la belleza sin lograr hacerla vivir del todo del lado de afuera. Nos hace sugerir las más nobles concepciones de lo bello, pero no ha obtenido aún el don de calificarlo con la glosa que interprete el colorido interno por el externo colorido. Sus ideas nos resultarán siempre de una belleza inefable, aunque no ocurra en él la facilidad de darles la veste incentiva y provocadora de las exquisiteces. Su alma, que es en el fondo lírica y muy soñadora, concibe, con la sencillez difícil de lo sublime, cuadros de impecable maestría que son regueros de luces y surcos abiertos á la semilla de la plegaria. Siente vivir lo bello muy fuertemente; pero sólo lo esboza y no lo *retrata*. Consintiendo con Taine en que «la imitación exacta no es el fin del Arte», se apresura á hacer nos presentir todas sus bellezas, sin que logre por ello dar á sus escritos aquella mágica inexactitud del pincel de los egregios estetas.

No quiere esto decir que las perladas irisaciones del plácido firmamento al que alumbra el alba perenne de su matutino espíritu, tenga la tenue claridad de las tintas simpáticas, y estén, como ellas, expuestas á la «*vita brevis*» de la reacción química reveladora del misterio. Lo que en él se nos supone «esbozos» tiene no obstante fijeza pura, perceptible é indeleble, aunque él no oponga á las livianas cortesanas de los almiarados de

«biscuit» la sagacidad de la copia correcta. Bástenos en su apoyo decir que al no tener el prisma que descomponga un rayo de blanca luz sobre la paleta hipnótica de las fascinaciones literarias, posee en cambio la excelsa virtud de sugerirnos lo bello haciéndonoslo pensar.

Sanidad, alegría, juventud y belleza son los cuatro escalones, que unidos, atan su corazón y aprisionan su mente. Si á la sombra del magnífico bosque que dormía el sueño de las baladas feudales, le hubiese preguntado: «¿Es usted más romano que griego?», á buen seguro me hubiera respondido: «¡Oh! no; amo más la belleza divina del modelo que las imperfecciones de la copia.» Yo como tal me lo imagino, y aun más, desde lejos lo evoco arrullado al ritmo de alguna ave parlera, sobre el blando diván de blancos nenúfares de Egipto, con la mirada interrogante fija en la azul serenidad de un cielo iveleidoso, aspirando el aroma espicanardi de una boca de hada que oculta le regalase el oído con enfáticos juramentos. Hágolo travieso y aventurero en una barcarola de marfil y ámbar remada por vírgenes de Tesalia y de Eubea, bebiendo con filosófica y grave sonrisa el vino de Lemnos de las crateras de los héroes intelectuales de Olimpia; ceñida la frente con el mirto sagrado de Venus para no embriagarse; en la mano un punzón de oro de Sifnos, para grabar sobre mármoles de Paros la mágica impresión que en los jardines de su espíritu han dejado las zumbadoras é industriosas abejas de todas las fábulas. Su nave se dirigirá sin duda alguna á la ciudad de Minerva. Después, allí en la playa, las Gracias vestidas de tales transparentes le contarán cómo una verdulera de Atenas llamó forastero á Teofrasto por carecer—aun conociendo tan perfectamente la lengua de la Atica—de aquel algo divino que era común en todos los atenienses. Luego invocará á Helios, el dios siempre joven, la llama eterna que siempre alumbraba sin consumirse detrás del Partenón, para que le bese en la frente y con ese bautismo de fuego compre su alma. Tal graciosa gentil ingenuidad que el viejo cisne de Teos, amigo de las rosas y del vino, envidiara para asunto de una oda, hubiera sido la vívida expresión de lo que vibra, sueña,

crece y da flores en su íntimo ser. Y esta plenitud de belleza ideal y moral, daría en sus labios la cábala sin artificio de este lema para el sagrado: «Sentir lo bello es amar.»

No quiero pasar adelante sin detenerme á hacer un miraje retrospectivo que me ponga ante la evidencia de una vida que, como la suya, me sugiere pensamientos delicados.

IV

Las exploraciones del espíritu.—Reflexiones sobre este asunto.—La tristeza de Teoclimeno y la gota serena de Milton.—Causas favorables que han contribuido á la formación intelectual de Nin Frías.—Sus viajes por Europa —Inglaterra —Las grandezas de la City.—El Museo Británico y las métopas del Partenón.—Su enamoramiento por la literatura y la civilización inglesas.

Arrebatado por la barca velera de mis investigaciones, he querido explicarme la razón que basamenta esta selección moral de vida superior, útil y fecunda. Sin ningún esfuerzo he llegado á saber algo más de lo que mi ambición pedía, por lo que una vez más he comprendido que allí donde suponemos termina lo grande, se abre la ancha avenida que conduce á lo sublime. He deseado siempre arriesgarme á peligros y dificultades de toda empresa cuyo abandono pudiera parecer inquietudes de gacela, remilgos de impura cortesana ó lógica consecuencia de la desidia—esa parálisis de la voluntad que ahoga tantas esperanzas y troncha árboles del ingenio tan robustos. Las bellezas insabidas imploro á los hados que las ocultan que me las hagan por lo menos sospechosas. La obtención de un concepto de belleza, la posesión de una verdad, me inducen á proseguir la ruta que alumbra la blanca visión, vestida de oro y escarlata, de las intuiciones exploradoras del espíritu. El im-

poluto diamante que desgrana el secreto de todos los iris de la luz á mis ojos, me sugiere al punto la larga historia del carbono escondido en las entrañas de la tierra, y aun me advierte, que la dureza suele ir acompañada de la hermosura. No puedo evitar que por el proceso misterioso que en mi mente se elabora de la asociación de las ideas, empiece por meditar en la alúmina convertida en rubí en los hornillos de Moissán y termine por pensar gravemente ante la crisálida convertida en mariposa.

La vida es una deducción interminable de cosas y cosas, y en el Arte, como en la vida, la deducción es el apoyo y mentor del recto juicio. Lo que es el «imperativo categórico» para el seco, frío y abstruso de Kant, es para el crítico la bella noción de la integridad, y el ser íntegro para mí supone el ser honrado, y no enunciar una verdad sin previamente atesorarla con celoso cuidado en el corazón y comprenderla, después de experimentarla por el fuego de la prueba, con toda lucidez en la mente, y supone, además, no sacrificar á la esterilidad de una investigación perezosa la grácil orquídea de los delicados primores que, como horticultor agradecido á la gentil dádiva de Flora, debo cuidar para que luzcan, y den á la brisa el ensueño que dibujan sus matices, y á la vida el consuelo que pregona las grandes maravillas de las cosas pequeñas.

Si las moles colosales de la esfinge y las pirámides de Ghizeh dejan entrever el carácter despótico de los manes que presidían en los jardines de Isis las libaciones lúbricas de los Ramseses, y nos habla de la misteriosa petrificación de ese pueblo abyecto, ¿no hemos de buscar en el mágico calado del alféizar de los Boabdiles la cálida impresión del amoroso beso abandonado allí por el cuitado Abencerraje en las horas de luna de las sombras moriscas? Si las suntuosas escalas de las Propileas nos convidan á la serena armonía y la nobleza elegante de las cosas sencillas que, desde la Acrópolis, se miran retratar sobre las agua azules del golfo Sarónico—en las que aun persiste el blanco é indeleble sello de la estela dejado allí por los mil trirremes cargados

de oro de Orbelo y plata del Epiro que la civilización helénica arrastraba á despecho de la asiática—, es natural y lógico convenir que todo elemento de juicio en favor de lo bello abunda donde las fuentes de la inspiración brotan á impulsos de las más nobles, humanas y altas especulaciones de la vida.

Egipto sólo puede darnos momias, así como las chatas fortalezas del saber conventual de la Edad Media daban, con la imagen adusta y tétrica de sus sombríos muros de afuera, la estrechez de la rutina educacional de adentro. El arte irreprochable de las combas delicadas que sugieren el deseo de la vida, procede de otras latitudes más ardorosas, menos frías y más alegres.

Los que defendidos por el palenque del filósofo de Stagira, continúan aún dominando con la mano diestra de un doctor Eck el corcel de todas las ligerezas ergotísticas de los inocentes tiempos de Santa Juliana y Tomás de Aquino, no podrán en nuestros días gozar del refrigerio delicioso de las termas del Arte puro, sencillo y sin oropeles, tal cual hoy lo concebimos y sentimos, desbrozado de los falsos emperifollos de los términos casuísticos de los loyolistas y de los baratos amaneramientos de las genefflexiones de espejo de los arlequines de caucho.

La higiene del buen humor es pan cotidiano de mi mesa. Las tempestades y amarguras de una vida pasada sobre las olas de un mar asaz agitado y cruento, me han hecho amable é inevitable la vía alfombrada de rosas de todos los nobles optimismos. Por sufrimiento y por cálculo he llegado á ello, como llega la sonrisa á los labios del piloto después de haber agriado su ceño en el combate con la tempestad. Por esto, al inquirir con ojos que *oyen* y oídos que *ven* el compás que ha marcado la sonata de una joven vida, deseo por invencible hábito de las comparaciones, aprender á conocerme más conociendo á los otros, y deducir algo provechoso, por lo cual es mi afán asegurarme si la girada fué suave ó tumultuosa, caprichosa ó áspera, sencilla ó difícil, etérea ó terrestre.

A mí que tanto me agrada el descompás de la subli-

me rareza de una rapsodia húngara, me está siempre bien decir con Sancho, en presencia de los «músicos perfectos», que «el miedo tiene muchos ojos». Mi espíritu ansía vigorizarse con la poco melosa lactancia de la realidad. He llegado á imaginármela dulce y tal, que me atrae con la invencible belleza de una hada amiga, cuyos ojos serenos y claros estuviesen siempre fijos en los míos y no me dejasen interrogar el secreto de otras estrellas que el de las que alumbran en sus dos celestes hemisferios. Y así como la luz zodiacal da la sensación del misterio inefable de la eterna mañana y hermosura del rostro omnipresente de Dios, así ávido de sonrisas y meditaciones que me hagan amable la lápida de la tierra—por los ocultos senderos en que la Fe retoza sus alegrías cantando el espiritual epitalamio de sus nupcias con el alma del creyente—buseo afanoso el rastro de la invisible antorcha que irradia tras el velo del enigma de todas las claridades. ¿Por qué si la tristeza de Teoclimeno lo hace «bello y semejante á un numen», y la gota serena de Milton le permite penetrar con la vista interior cosas ocultas á los demás ojos, no he de tener yo también la mía? Conténtome, no obstante, con sentir la onda misteriosa de una mirada que vaya á sacudir una parcela de lo infinito ó el corazón rendido de alguna blanca Elsa en el Danubio de las célicas alegorías. Lo uno bien va por lo otro, y en esta conformidad de la sumisión humana delante del dictamen de la voluntad suprema, hay cierta estimulosa alegría que nos impele á explorar los arcanos desconocidos y á ser fuertes en la hora de la prueba en que nuestros ideales encuentran menos amigos que adversarios.

Si alguien me preguntase: «¿Piensas que hay en tu amigo algo que vale más que sus obras?», yo respondería señalando su vida por ejemplo. Por lo cual, devotamente confieso que las precedentes reflexiones tienen en relación á mi compatriota razón de existir. Y como nada en esto veo al revés, entiendo que á los Mecenas compete sólo dar el oro, y á los artistas el corazón.

De cómo ha podido edificar Alberto Nin Frías la sólida ciudadela en que vive custodiado por los atala-

yas celosos de sus puros y graves pensamientos, y desde donde la voz insinuante y serena del apóstol tiene ecos tan dulces que obligan á la bocina sonora de la Fama á pronunciar su nombre en los ámbitos intelectuales de varios Olimpos de Europa y América, baste saber que los hados que presidieron la ascendente carrera del novel escritor han sido risueñamente benignos al transportarle desde muy niño á un Edén bien diferente de aquel en que había deslizado la vida traviesa de la primera infancia. Otros cantos, otras flores, otros climas, distinta naturaleza, hombres y costumbres, arte y poesía diferentes, debían ofrecer al joven visitante de los jardines alejandrinos de Hipatia la clara noción de otra vida, la realidad de un polo bien opuesto al que antes conociera. Al murmurio del divino Centauro de todos los ríos, al Plata gigante, sucedió el ondeaje penseroso del Támesis, de aquel «Tamigi» que el bueno de Milton trocara gustoso por el «bello Arno» al sólo precio de una cantilena de la valkirica Leonora. A los negros peñones de gneis pizarroso de sus queridas playas substituyeron el suave «clay cocene» de la gran «Metrópoli del lujo», como Hugo apellidara á Londres y las armíñales rocas de tiza de la albiónica Kent. A la belleza voluptuosa y gentil de nuestros bosques y praderías, los magníficos señores de negras polainas ofrecieron por contraste la soberbia donosura y el poético encanto de sus parques llenos de faisanes, ortegas y corzos.

Imaginad que el tierno efebo ha sido traído de tierras remotas donde el taladro de los Cíclopes no ha cavado aún los hondos y maravillosos hipogeos de la industria humana en la roca viva de las colosales civilizaciones, y que en el castillo de un feudal señor viste ahora el traje gracioso de un paje. Su vista se encuentra delante de cosas á las que fácilmente admira sin explicárselas.

Todo se le aparece envuelto en la fina niebla de una casta ilusión que lo séduce y alegra. La corte del rey Arturo, junto con los paladines de Carlomagno, resucitan en el fondo agreste de una selva, donde los caballeros de la orden del Silencio, danzan con robustas

doncellas de Fontevrault el minué cadencioso y picaresco de las damas de Aragón. Extraños personajes invaden la espesura semidormida al arroró blando y soporífero de invisibles castañuelas. Un heraldo vestido con el ropaje de un canciller de Oxford, abandona en sus manos de paje simplecillo la lengua cola de sus faldones. Síguete, y embriagado su espíritu por el hálito vernal de una cándida tibieza de ensueño, cantando estrofas de Bertrand de Born en idioma lemosín, reaparecen á sus ojos las viejas fachadas de todos los castillos de los tiempos del conde de Poitiers y Ricardo Corazón de León apiñados en una sola explanada donde los poetas del Gay Saber ya no cantan á las bellas señoras del Mediodía de Francia ni á las prodigalidades exquisitas en las fantásticas cortes de amor, sino al Trabajo fecundo y fuerte en el lenguaje de la verde Bretaña, representado en esas suntuosas fábricas del esfuerzo y el ingenio acumulados de los hombres que se llaman el palacio de Buckingham, la Torre, la catedral de San Pablo, el castillo de Windsor y los puentes de Londres, de Blackfriars y Wéstminster. Imagináoslo vestido á la usanza en los días de Pericles, con un tirso de luz en su mano izquierda que ha encendido en la lámpara que alumbrá los vestíbulos del templo de Atenea, abriéndose paso con diogénica confianza de sí mismo por entre las tenebrosidades que se agitan en la noche espiritual de las almas ignaras, y tañendo con silbo diestro y delicado, la zampoña del meditativo y soñador Wordsworth en presencia del «Wéstminster Bridge», ó en contemplando la abeja que lleva la fatiga de su vuelo más alto que los montes Furness.

Tal es, puede decirse, lo que ha sucedido con él cuando la primavera de sus nueve años daba por vez primera sus flores bajo el cielo humoso de la City, adonde por caprichosas aunque felices circunstancias de la suerte, había sido llevado en 1887 por acompañar á su familia y á su padre el doctor Alberto Nin que, con la diplomática investidura de encargado de Negocios, había cambiado Montevideo por Londres para representar aquí dignamente á su país.

Allí era donde debía empezar el sajonizamiento intelectual y moral de su alma. Ambiente más propicio no pudo encontrar á sus afanes devotos. La Inglaterra de la poesía le atrajo tanto como la religiosa. En el Museo Británico, junto al ladrillo babilónico y á los exhumados restos del paganismo egipcio, pudo admirar con feliz asombro las métopas del Partenón llamadas irónicamente «mármoles de Elgin». De este modo, ¿cómo le era dable evitar que el concurso de tanta maravilla y grandeza no pusiese á sus pies la lámpara drummondiana de Ruskin para señalarle seguro derrotero á tierras para él totalmente desconocidas? Sintióse capaz aun siendo niño de realizar lo bello y lo puro, ha buscado siempre con suprema ansiedad y sin poner fronteras á la fatiga, los veneros de los tesoros ocultos del arte y de la vida, pidiendo recónditas bellezas al suspiro de los céfiros que dicen cuentos á las hojas; á la onda inquieta que murmura fantásticas leyendas á los pescadores; al flujo y reflujo del mar en cuyos profundos bajíos escribe el hado misterioso de la muerte la tragedia de todos los naufragos; á la nube que sirve de velo al pudor del astro; á todo aquello, en fin, que en la Naturaleza sugiere amor, el bien, la poesía, el afecto á la plegaria; luces y sonidos, dáctilos de oro que hagan de la vida un salmo y de la tierra un plácido ensueño, del que no se vuelva á la realidad sino para proseguir sonriendo y cantando.

Fué una sabia institutriz inglesa—refiere Nin Frías—«la que me inició en cuanto hoy amo como lo más digno de ser amado». Y por esto, al recordarla con cariño, habla con íntima alegría de sus intimidades literarias con Edna Lyall, cuyo *Dónovan* leyó con profundo regocijo.

Enamorado de la literatura y civilización inglesas, siente con fruición que el arte tiene allí, no obstante la impertinencia agriadora de las brumas, un noble objetivo, un fin útil y bello para la raza. «Es á la verdad, al deber, á la pasión por lo justo, á lo bello, sencillo y grande—dice él—á lo que hay que cantar.» Fuerza es confesar que en sus escritos y su vida esta obsesión

del bien aparece con una frecuencia asaz imperiosa para no ver en ella algo más hermoso que una sana voluntad y algo más divino que un vulgar talento.

V

Vocación de Nin Frías por la literatura seria y reflexiva.—Renán y Ruskin como guías predilectos.—El alma armiñal de Leonardo de Vinci.—Taine artista y religioso como su maestro más amado.—«Hacia Cristo por el alma, lo bello y la ciencia».—Lo que significa ser protestante.—Cómo realiza «el ideal de la vida superior».

Es «leyendo á Tennyson, á Sudermann, á Reclús, á Taine y á todos los literatos sinceros, como se llega á estimar en menos á toda literatura de palabrerías é inmoral». Y con este espíritu de clara y provechosa selección intelectual, Nin Frías nos induce, con mano diestra y segura de mentor afectuoso, á buscar en la vasta escena de una vida moral superior el arte lozano y sonriente, que en los fértiles campos del bien encuentra las flores con que vestirse, y el aire puro y libre saturado por el amor infinito de todas las almas buenas, en que ágilmente se desenvuelve, agita y canta. Por eso quiere para sí esa comprensión intensamente humana que de las cosas tiene el alma de ese artista y comentarista de lo grande y lo divino que se llama Renán; pide con ansias de galán enamorado que aspira á haber del ánfora sagrada de la boca amada el beso de las intensas emociones, un poco de la manera devota y enérgicamente robusta de ver, amar y sentir de Ruskin, y recoge, como galardón celeste que unos dedos blancos de hada amorosa y confidente de sus pesares y alegrías pusiera en sus manos, la dádiva bendita de todas las ternuras y delicadezas del alma armiñal de Leonardo de Vinci que, en *La resurrección de los dioses*, el genio

armonioso, sugestivo y evocador de Merejkowski pintó de mano maestra, con ese vigor, verdad y sencillez de expresión y colorido que semeja un fresco inmortal del Renacimiento traducido al iris combinatorio y vario de las palabras que, como los colores, dan á veces á la retina interior del espíritu la belleza real y visible de la pictórica material del lienzo.

Pero sobre todos los demás apóstoles del bien y de la belleza, uno parece seducirle en grado tal, que constituye para el alma bonancible que flota en sus escritos una obsesión constante, un irresistible amuleto de pertinaz atracción, filtro de amor tan poderoso y noble, que ha dejado brotar en su corazón rendido la piadosa flor de la fidelidad invariable, cuyo cáliz de aromas perfuma los más recónditos aposentos de su alma. Es Taine, el Taine artista y pensador, el «Hércules filosófico», quien lo tiene hechizado: es con él con quien conversa á cada rato, cuyo espíritu como la imagen de una novia adorada, está siempre presente al suyo, para admirarle y venerarle con una dedicación de afectuosa amistad digna de ejemplo.

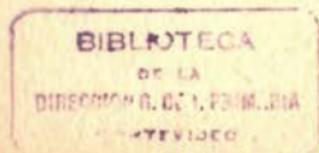
A él es á quien sigue como á estrella mimada por el ocular del cosmógrafo: y es por esto por lo que, advierte que es tan sutilísimo su influjo sobre él, que lo deja bajo el profundo embeleso de una hipnosia de arte y filosofía tan plácidas, que fuérale grato no despertar nunca. ¿Supone esto una abdicación intelectual? Nada de eso. Taine le subyuga y le acompaña incesantemente, no para transformarle en un plagiarlo de su espíritu, de su pensamiento ó de su arte, ni vestirle con un retazo de su levita á manera de remiendo, sino que familiariza con él en redor de una misma mesa, por cuanto ambos dos aunque vayan por diferentes rumbos siempre se encuentran: secretas afinidades de linaje intelectual lo citan para que, bajo los parrales de una misma Arcadia, beban el vino de las mismas helénicas remembranzas.

Taine, griego y admirador de la literatura inglesa, es su maestro bien amado. Le juzga con más serenidad de mente que de corazón. Solitario se siente en la Tebaida de sus reflexiones, y su dedicación á este ilustre

numen se confirma en la devota ermita donde la unción de las preces mueve sus labios sin cesar. Adórale con la fervorosa emoción de admiración y placidez que el desleal Mahamud sintiera en oyendo los versos del contemplativo Firdusi, y como aquél á éste, puede á Taine dirigirse Nin Frías con estas hermosas palabras: «Tu poesía difunde sobre mi alcázar el esplendor del paraíso.» Porque para nuestro joven escritor, todo lo que piensa, sueña y dice Enrique Hipólito Taine es encantador, bello, suave y poético como para Firdusi era el arroyo á cuyas orillas meditaba tan largas horas sobre las guerras de Zoak y Jeridum.

De que ha conseguido arrancarle algunas de las fórmulas que constituyen el secreto del cristalino, admirable y sustraedor estilo del autor de *La literatura inglesa* no cabe dudarlo, desde que tan comunes son sus afectos de arte y tan gemelos sus ideales acerca de los intereses del alma. ¿Cómo no sentirse devotamente inclinado hacia un filósofo que le dice: «Los únicos hombres sin religión son aquellos que no se ocupan de religión»? Por esto, aludiendo á él, observa que «en cuestión religiosa ningún autor lo ha conmovido tan profundamente». Taine religioso le arrebató á la par de Taine artista y mago. Ansiando depurar las creencias de los «prejuicios sociales», estima que con el sublime crítico de Byron y Goethe puede, yendo con célica serenidad en pos de la antorcha luminosa de las hondas investigaciones del espíritu, alcanzar á descubrir el venero en que la piedra filosofal aparezca, para darle el oro de una fe consoladora y perdurable.

Yo que lo he visto pagar férvido tributo de amor al *Deus Ignotus* que desde los santuarios de Atenas despertara los bridones de la elocuencia de San Pablo en la roca del Areópago, puedo aquilatar en su justo peso cuál sea en su corazón y en su alma la raíz que sostiene vigoroso el árbol de la doctrina religiosa á que sigue. No es ni un misticismo ciego ni una fe liviana ó frívola. Es un cristianismo depurado de errores tradicionales, profundo, amplio, científico; quinta esencia de la moral más humana, más cerca de nuestras exigencias de espí-



ritu y corazón; racional antes que fanático, amigo excelso de los intereses de la vida que nos haga entrever la muerte desde el punto de vista más heroico y optimista; síntesis desinteresada de todos los bellos sueños dispersos; mineral radioso hecho tesoro sin precio para el alma, en el que la escala de la dureza de todos los egoísmos y todas las imperfecciones no consiga dejar escrito el rastro tortuoso de la huella pecaminosa.

«Hacia Cristo por el alma, lo bello y la ciencia», es el lema que ha esculpido en la égida que abraza la belicosa Minerva que en el tumulto de la lucha le anima y defiende. Y como quiera que él aspire llegar á Cristo por tan risueños senderos—y es su propósito decidido que los demás hagan otro tanto—, no lo hace sin ciertas reservas.*

Entendiendo que el «ideal de vida superior» no se realiza sino por eso solo camino, quiere con insistente afán que la humanidad logre andar por él, ya que los hombres no pueden ofrecer otro mejor, no obstante el enorme cortejo de todas las doctrinas más ó menos generosas, que el invento fecundo de sacerdotes, sabios, moralistas y filósofos ha dado hasta aquí el mundo. «¿Qué significa ser protestante?», se pregunta. «Un hombre serio, intérprete individual de la Biblia, de costumbres austeras, y perseverante en un ideal siempre presente al espíritu»; tal es lo que se responde. Y es precisamente ideales nobles y elevados lo que pide para la raza á que pertenece: ideales de alta conveniencia humana para el espíritu, y fundados sobre una dulce ley del amor, que transforme el tipo de la raza latina en un tipo más vigoroso y potente, más grande, perfecto y austero; que irradie en torno suyo suaves emanaciones de una vida de fértil actividad intelectual y moral, de noble dedicación á todo lo bueno, lo bello y verdadero.

Tal, así como él lo pide, realízalo en su vida. Yo puedo garantizarlo, por cuanto le conozco tan íntimamente como es dable conocer á un amigo cuyos trabajos, distracciones y ocios se comparten en una misma era y bajo un mismo cielo. Si el santuario de las más bellas

virtudes del espíritu pidiere en el Uruguay sacerdotes á su servicio, él podría con toda arrogancia pedir un puesto de honor entre los primeros. Corazón como el suyo, accesible á todo lo que tiene una cuerda que vibra en el arpa de las bondades, no conoce la tiesura del juez ni la inclemente indiferencia de los ánimos gastados ó envilecidos en las sumisiones abdicadoras de la integridad moral. En su exquisita ternura, en la substancia más afectiva de su íntimo ser, la misericordia sobrepuja á la justicia. Un concepto blando y apacible de la vida lo hace bueno y amable, y es el suyo un temperamento acendrado en el crisol de las dulzuras emanadas de un alma divinamente sencilla, en la cual el bórax de las conmiseraciones humanas ha desoxidado la parte áspera que todo corazón siente que le oprime, proveniente de los desengaños que el hombre en el trá-fago de la existencia da por dádiva al hombre; alma y mente, sentimiento y corazón tan robustos como intensamente generosos, que no han dado nunca la ecuación tristemente significativa de los amargos egotistas de la academia en que Nietzsche divaga en *El crepúsculo de los ídolos*, aplaudido por las manos untadas de pez negra de los sombríos apóstoles de la Quimera, apellidados Hartmann y Schopenhauer. De aquí que, aterrado ante los apóstrofes de las huecas y seudofilosofías dirigidas á la civilización presente en nombre de *animalidad instintiva* por los que niegan á Dios el derecho de existir en las conciencias, tenga para ellos frases conminatorias.

VI

La sinceridad en el arte y en la vida.—«Por la ciencia se levantará vencedora la fe cristiana».—Cristo como dádiva de libertad para el mundo.—Cómo ama Nin Frías á su patria.—El Uruguay y los intelectuales.—Librepensadores y religiosos.

Sinceridad en el arte, sinceridad en la vida, es la disciplina cuyos rigores dedica al perfeccionamiento de su alma. Quisiera que la humanidad se hiciese reflexiva para ser piadosa, y al aceptar como máxima de oro escrita en el frontispicio del severo templo de la Historia que «los pueblos religiosos han sido los más grandes», llega á entrever la futura grandeza de las naciones, aseverando con gesto profético que «por la ciencia se levantará vencedora la fe cristiana». Y como satisface á su espíritu ver cuán cerca está la prosperidad de un pueblo de las excelsitudes que brinda la religión del Nazareno, pregona con ahinco el secreto que muestra «la alta y sublime concepción inglesa de la vida», cuyos heraldos más fervorosos pueden llamarse Ruskin, Spencer, Smiles, Lubbock, Kipling.

Conteste en admirar la religión de las grandes vidas, no duda que tanto como las de los santos y mártires cristianos, valen «para encaminar el ideal» las vidas fecundas de Comte, John Morley, Guyau, Bockle, Littré, Jorge Elliot. «Una gran convicción afirmada sobre un gran amor», exclama ensimismado en la adoración del mago sublime de las bodas de Caná de Galilea. El advenimiento de una vida nueva sólo ha de venir de Aquel que en la nave de la Vida Eterna trajo al mundo la noción clara y perfecta de la caridad. ¿Cómo, pues, le será posible escaparse de los lazos amorosos de las máximas sencillas de los Evangelios? Si la plenitud de

la vida está en el amor, ¿en qué otra parte será preciso buscarla? ¿Han fijado los filósofos de las «nuevas ideas» la orientación que nos ponga al abrigo de los vientos adversos, cuya misión es hacer naufragar la endeble barquilla del alma? Piensa que Cristo es dádiva de vida y libertad para el mundo, y trabaja para que sea la plegaria cotidiana de las almas sinceras el himno que la glorifique, magnificándolo con efusiva gratitud; plegaria que exprese el deseo de que suene pronto la hora en que su reinado espiritual se enseñoree de toda la tierra.

«Amo á mi país—dice—amando á sus grandes hombres»; y esto, que no pierde oportunidad en demostrarlo, equivale á una oda tirteica cantada por un guerrero de Laconia descubierto reverentemente ante la tumba que lleva en su seno los restos piadosos de un Leónidas. Su patria, en efecto, á la que tanto quiere y honra, es para él también una religión. Convencido que hácele falta devoción en los ideales; que vive aún echada de bruces sobre la ensangrentada loza de los prejucios partidarios; aherrrojada en el cepo del charruismo hereditario de los odios, trabaja para que la paz garantida por la fuerza moral de los justos principios, inspire la acción laboriosa y fecunda de todos los orientales hermanados por una sola corriente de afectos y esperanzas. «Vivamos por el presente y trabajemos para mejorar el porvenir, única esperanza que resta de tantas desilusiones históricas y morales.» Quien esto dice es un joven filósofo nacido en Montevideo, que ha vivido en Inglaterra once años; que ha viajado por Italia, Bélgica y Suiza, y ha conseguido dominar cabalmente los idiomas de Milton, Racine, Goethe y Cervantes. Conviene, pues, observar que ha pasado casi la mitad de su vida lejos de la patria, y ha podido, por lo tanto, con toda serenidad y concentración, estudiar desde los umbrales de la casa ajena los desaciertos y adversa fortuna de la propia.

Que no ha perdido en vanas contiendas y aprendizajes el precioso tiempo que puso á su merced el hado propicio guiador de su juvenil edad en las playas extranjeras, pruébalo el valioso caudal de experiencia adquirida en lares tan contrarios á los del terruño nati-

vo, verdadero tesoro de práctica sabiduría recogida en los canales sagrados que conducen el esquiife inexperto del viajero americano á las viejas pagodas de la eximia civilización europea. Así Nin Frías, al pisar de nuevo el país que era su patria, vió que la realidad era aún más cruenta que la que en las horas meditativas del destierro entreviera al través de la distancia. Una frase luego condensa su desencanto: «¡Qué solos se quedan en el Uruguay los intelectuales!» Y esto que él no ignora que á tener América del Sur una Atenas, ésta fuera sin duda alguna Montevideo. Pero hay algo más que nos falta y que en la Atenas legítima sobraba: la piedad religiosa inspirando la erección de los suntuosos templos del Arte y del Saber. Un pueblo como el de Pericles, que desdeña la óbservación de Fidias que pide por razones de economía que la hija de Júpiter sea esculpida en mármol, y ofrece para la ejecución de la estatua de la diosa abundancia de marfil y oro, trae consigo la más noble apoteosis del carácter nacional. ¿Qué importa que sea el Uruguay el país de Sud América más ilustrado, de estirpe más netamente helénica, la más bella posición geográfica del Continente; país de envidiables riquezas, y que ha dado á luz una pléyade de escritores y poetas que la honran y hacen olvidar á menudo los buenos tiempos del clasicismo de oro de Grecia y Roma; que posea condiciones de civismo y vigor intelectual excepcionales, si aun los chicuelos reciben por legado y emblema de honor de sus padres el espíritu de bandería, y al salir de las escuelas hacen guerrillas en las calles por ser «blancos» los unos y «colorados» los otros?

Ahí, pues, va explicada la soledad intelectual de que se queja Nin Frías. La ofuscación partidaria, como la religiosa, ciega despiadadamente los ojos. Toda intolerancia es peligrosa, y en vez de redimir al espíritu contra el cual se pronuncia, sólo alcanza á condenarlo para no dejarle ni el derecho de arrepentirse y pedir perdón. Unos acaban por desconocer á los otros cuando no los concitan las mismas pasiones. El enemigo político crea al adversario intelectual y el espíritu de fami-

lia jamás se establece. Una actitud preconcebida y disolvente sólo engendra la antipatía, y sobre esta grosera ley no se edifican sino deleznable grandezas. De ahí que sucede en el Uruguay con blancos y colorados lo que se repite á diario entre *librepensadores* y religiosos.

Adviértase que los primeros son por lo general aquellos que, rechazando todo dogma, dogmatizan; que predicando la libertad de pensamiento, condenan con sarcástico desdén á los que no piensan ni sienten como ellos, y que, invocando para defender las travesuras de su plástico ingenio de masilla y las excelencias de su convencionalismo carácter los más delicados atributos de la ciencia, nunca la estudian, ni conocen para nada la noche fatigosa de sus hondos secretos. Y como el ser religioso significa para ellos no *pensar libremente*, de ahí ese inconcebible divorcio que los separa, por cuanto los librepensadores al rito moderno entienden que no se puede ir á la religión por el libre examen, cuando precisamente sucede lo contrario, pues sólo la poca ciencia, la ciencia superficial y de relumbrón, puede negar á la conciencia el derecho de responderse á sí misma de las múltiples preguntas que la asaltan, y al alma humana, la inquietud que la mueve por ir en pos de la verdad, de lo ideal y de lo puro. Esos ictosaurios de la omnisapiencia de *a vinten*, hallarán en Nin Frías religioso y protestante, admirador entusiasta de la Biblia y la civilización anglosajona, motivos no pocos para calificarle de inarmónico, alicaído y atrasado. Se detendrán en el análisis de su estilo: estudiarán en él el origen y valor de los vocablos, el ornato pobre ó rico de la frase; la armonía de la dición; la simetría geométrica de la cláusula, todo lo que á los sentidos halaga y seduce; toda suerte de musicalización literaria, ora suave, sonora ó rotunda, que agrada al oído, aunque nada substancial lleve al entendimiento ó nutra la mente, y al encontrarse con que Nin Frías no musicaliza para el oído, sino para el alma, no educa los sentidos sino el corazón y quiere para todos ideales elevados, mucha virtud, piedad y amor, pronunciarán la palabra

hiriente y descontentadiza, porque este intelectual no les cuadra; porque sus armonías no son las suyas, y sus consejos son demasiado buenos y espirituales para hacerlos prácticos en una vida breve y angustiosa, donde la virtud viste chaqueta y zuecos miserables, y el crimen vence, canta, ríe, se divierte y lleva levita y zapatos á la última moda.

Es á no dudarlo esto una bella posición que en el campo de la lucha le satisface y le honra. No es posible evitar que algunas sepias intenten enturbiar el agua clara en que se baña diariamente la piadosa conciencia de quien se alimenta con el pan eucarístico de la Vida Eterna, y cuyo mayor placer consiste en haber logrado el secreto que dona al espíritu esa paz y serenidad que en la vida interior significa la obtención de una fe robusta y perenne en un alto y sonriente ideal justipreciador de lo bueno y lo justo, evocador de toda actitud desinteresada y noble puesta al servicio de toda causa heroica y dignificante en provecho de las elevadas conveniencias de la humana especie; ideal noble y austero, cuya aspiración no ha de ser otra que la de un acrecentamiento incesante de la vida espiritual, sin menoscabo de la vida física, evitando, en lo posible, la grosera materialización de todo ensueño de bondad y belleza. Tal este joven escribe y lo hace, y por ello, su acendrada vida llena de virtudes, y sus escritos, han hecho más en favor de la patria en el extranjero que la vida y obra de tantos banales parlanchines que rumian los gratuitos dieterios de la sátira farisaica en las Agoras familiares presididas por el orgiástico y sangriento Mritiyú.

VII

La labor del escritor.—Opiniones de Unamuno y de Rodó.—¿Cómo lograría ser el Uruguay la Grecia americana del Sur?—Cristo el péndulo regulador de un alma ideal y armónica.—Los libros que ha publicado.—Motivos que justifican el elogio que á sus obras dedico.—«Elevaos y elevad á los demás.»—El estilo y el espíritu de los escritos de Nin Frías.—Sus caracteres esenciales.

Su labor de escritor, por lo virtuosa y sesuda, es algo más que una simple promesa: estamos ya en presencia de una hermosa realidad que justamente provoca nuestra simpatía y aplauso. Esto mismo confirma el ilustre comentador del *Quijote*, señor Miguel de Unamuno, que tanto interés y tan de cerca nos sigue con su penetrante vista en nuestro desenvolvimiento intelectual. No sólo sus palabras «le suenan á voz que echaba muy de menos por estos pagos», sino que sorpréndese con regocijo de ver en él uno de los americanos que sin caer en el literatismo tan común de nuestros literatos, «es uno de los que mejor juzga á España y mejor sabe censurarla, uno de los que hablan con más tiento y conocimiento de causa de su espíritu y literatura».

Place ver que en medio de la atroz indiferencia que en materia religiosa existe en el Uruguay, espíritu tan bien orientado como ese Febo luminoso de la crítica, el más bello, sereno y seductor artista de América, el más griego entre los griegos de la prosa, que nada tiene que envidiar á los más ilustres pensadores y estilistas del Viejo Mundo, y cuya obra hablará á los siglos venideros con el mismo vigor y elocuencia que hoy lo hace, José Enrique Rodó, tenga para él palabras tan preciosas y verdaderas como las siguientes: «Este cristiano sabe el modo de sacrificar sin inconsecuencias en el altar de

las Gracias. Tiene un hondo sentido moral y religioso, y tiene además un claro sentido de lo bello. Su interpretación y comprensión del cristianismo es amplia, delicada y profunda, y no excluye un vivo y justo sentimiento del espíritu clásico. Estoy seguro del aprecio que tengo por su talento: de lo mucho que me complacen y animan su entusiasmo, no vano, sino equilibrado y consciente; la tendencia reflexiva y severa de su espíritu; su dedicación; el temple de su naturaleza intelectual, sana y fuerte, como educada en país de robustos y tenaces trabajadores». Y es, precisamente, por encontrar en Nin Frías este «temple de naturaleza intelectual, sana y fuerte»; porque veo con agrado el modo con que sacrifica en «el altar de las Gracias»; porque miro en «la tendencia reflexiva y severa de su espíritu» algo muy digno de darlo á conocer, no obstante lo humilde de mi voz, que acaso suene para muchos como el plañido seco de una campana rota hecha de un metal extraño.

Véolo siempre tan suelto de corazón para aliviar la dolencia de un afligido, como ávido de dar á conocer lo que se elabora allí dentro de su mente, donde hay aromas de todos los vergeles y parpadeos de estrellas de todos los olímpos. Antes de empezar á escribir estos ligeros artículos que con tanta decisión amistosa le dedico, tuve el placer de decirle: «Amigo mío, cuanto más estudio sus obras, tanto más simpática é interesante se me hace su personalidad: conque puedo asegurarle que tal es así, que me desvivo por demostrárselo prácticamente.» Esta práctica demostración no era otra que la que ahora realizo, cumpliendo con ello tres deberes que me satisfacen sobremanera: el de admirar lo bueno dándole á conocer; el de poner de manifiesto que su doctrina alta y generosa es digna de su vida, y el de sufragar el voto más sentido y hondo de mi alma, para que la hermosa patria que nos es común y á la que con el mismo entusiasmo y la misma fe en su grandioso porvenir amamos, llegue á escuchar su voz de apóstol con el mismo interés y provecho que yo la escucho.

Mucho necesita el Uruguay de sus virtuosas cualida-

des y del caudal espléndido de sus luces. No es una cosa aventurada afirmar que con muchos intelectuales de sus excepcionales condiciones, tan bello país lograría ser en hora no tarde la Grecia americana del Sur y señora gentil del Plata, como lo fué aquella del Mediterráneo. Nada podría entonces aminorar nuestro empuje y señorío la grandeza y el lujo de los persas invasores. El día que el Uruguay honre debidamente á sus pensadores, sabios y artistas—únicos que pueden elevar y glorificar perennemente la patria en que han nacido—la Grecia vive solamente por ellos—, entonces será llegada la hora en que Minerva tendrá su templo entre los orientales. Una vez que el sol pueda salir «del lado del Partenón» nuestro, el látigo que castiga con saña y soberbia el Helesponto de las rivalidades no podrá azotarnos en la cara, porque nuestra faz ha de ser sagrada y nos la protegerá la égida de la sabia diosa contra los ataques de los ídolos groseros. Esta aristocracia del talento y la virtud con que sueño, nos resarcirá de tantas ofensas recibidas y hará que nos elevemos adonde no hemos llegado, por gastar demasiado tiempo y energías en peleas y juguetes infantiles.

Hoy que la virtud y el carácter son mirados por muchos como preocupaciones de fanáticos y tontos, y en que el heroísmo y esfuerzo que supone todo noble parto intelectual, suelen provocar pérfidas envidias ó sonrisas irónicas de fatuo desprecio, es menester estar amasado en bronce y no tener sopladuras, para resistir sin detrimento el choque de la arremetida perversa de los hidrófobos de la impotencia moral é intelectual.

A la manera que el labriego besa con gratitud en la hora de la segada el fruto abundante de su fatiga, tal es lo que él ha hecho. Ha trabajado mucho, empeñosamente, para bendecir con el casto beso de su alado espíritu las doradas espigas de las primeras cosechas.

Es verdad que ha tenido días sombríos de amarga incertidumbre, bien que la desesperación nunca logró ser consejera de su alma. Días destemplados de negras borrascas; noches sin estrellas y ateridas en que la escarcha amenazó destruir la semilla de los primeros en-

sayos; horas de soledad y desaliento en que las Euménides de la indiferencia se prometieron torturarle; pero la plegaria fué el secreto de su constancia y paciencia y la fe viva en el Cristo, el péndulo regulador del isocronismo de su alma ideal y armónica. No diré que al haber vencido sobre tales enemigos haya «vencido» totalmente en el campo de la lucha. Esa palabra es indigna en los labios de un escritor. Hay que batallar siempre; hay que aspirar cada día lo mejor; la obra completa no acaba nunca; en la ciencia y en el arte no se vence jamás; no se llega donde se quisiera, porque los horizontes del genio son tan infinitos como las quimeras de los locos. Esto lo asiente Nin Frías, porque él, como todos los que verdaderamente valen, no se satisfacen de sí mismos. Aunque esto á veces puede ser una desgracia como lo hubiera sido para el Arte si Augusto accediese al ruego de Virgilio, es no obstante preferible á lo contrario, porque lo primero nos mueve á ser más trabajadores y perfectos, y lo último abre la sima de la estúpida arrogancia del egotismo que nos detiene en el primer paso de la difícil carrera.

Pero que la relatividad del triunfo alcanzado es considerable cuanto justo, cabe decirlo. En efecto, ¿no ha podido hacer él lo que muchos escritores no lograrían en sus años? No es que el mérito estribe en haber escrito mucho para su edad: lo que me admira en él es la bondad del producto obtenido á fuerza de estudios y desvelos incesantes y de labor noblemente arriesgada cuanto novedosa para nuestro medio intelectual americano en que «la broza del decadentismo», como observa Unamuno, es asaz significativa de la morbosidad de muchos cerebros.

Tengo para mí que el carácter personalísimo de su obra es único en ambas orillas del Plata. Nadie ha ido más adelante que él en punto á moral cristiana reducida á sus propios y legítimos términos. Ninguno ha avanzado más en cuanto á hacernos amable ese anglosajonismo sobrio y regulador que equilibrado con lo substancial de la cepa española de nuestro linaje, nos haga aptos para buscar con toda diligencia la civilización su-

perior de que aun carecemos. A él más que á otro debe-sele la divulgación del sentido religioso como asunto de preocupación intelectual, y la filosofía suave, austera y tranquila de Taine como objeto altísimo de estudio.

De sus obras, las que tengo á la vista son las siguientes: *Ensayos de crítica é historia y otros escritos*, *Nuevos ensayos de crítica*, *Estudios religiosos*, *Andrea Sordello*, fragmentos de EL ÁRBOL publicados en *El Atalaya* y artículos diversos. No todo está aquí, pues conozco cosas sueltas de su pluma que valen oro puro, amén de un drama en cuatro actos titulado *Psiquis*, que en una tarde de paraíso tuvo á bien leerme en el «Giot Park» de Villa Colón.

Como que en las cosas que la retina del espíritu percibe agrádame más el análisis cualitativo que el cuantitativo, y encontrándolo aquél respecto á la obra literaria y filosófica de Nin Frías notablemente interesante y digno de aprecio en los resultados, quiero por esto que los elementos de belleza que descubro—pues tienen para mí el encanto irresistible del hechizo poético—sean tales que pueda ver en ellos no sólo yo, sino todos los demás, la auspiciosa ley del decálogo moral é intelectual cuyo cumplimiento nos dé la norma de conducta que nos rescate de este desierto árido y pedregoso de desolación é indiferencia enervadoras en que vivimos, para llevarnos á la Canaán de los altos y edificantes goces del corazón y el alma colectivos; tierra de promisión sonriente y fructífera regada por las benéficas corrientes de todos los ideales generosos, en que crezcan el árbol de la Vida y el árbol de la Ciencia, bajo cuya sombra se cobijen todos los linajes del espíritu en una sola línea de efectividades y un sólo vínculo de amor.

Cuando Nin Frías fué designado por la juventud evangélica del Uruguay para dirigir la hoja periódica titulada *El Atalaya*, hizo grabar en grandes letras al frente de este valiente defensor de la causa de la Reforma, la siguiente bella máxima. «Elevaos y elevad á los demás.» Podéis comprender que sobre estos cimientos no se hace difícil edificar una nacionalidad nueva para los orientales; si en vez de destruirnos y predicar el

desaliento, como es de práctica en nuestro país, nos fortificamos y alentamos elevándonos los unos á los otros. Esta misma manera de pensar suave y humanamente deliciosa, campea en todos sus escritos. Y es éste el lado irresistible que para mí los hace tan seductores.

Veamos de qué modo él quiere prodigarnos los sabrosos frutos de sus largos estudios y cavilaciones luminosas. Abrevemos por un instante nuestra sed en esa fuente de lo infinito que le inunda sin ahogarle. Digamos cómo la alondra bendice el saludo del alba y simplicemos con el lenguaje sencillo de su boca. ¿Veis? Es un libro salido á luz cuando la edad temprana de veintitrés años le hizo ver algunas nubes bajo el cielo de las cosas que hablan al alma en el lenguaje cancionero de las curruacas.

Esayos de crítica é historia.—Alguien tal vez creería que él joven autor va á presentarnos la obra clásica lapidaria é interesante de un Macaulay, y al par de ensayos en prosa, nos dará algunos *Lays of Ancient Rome*. Nada de esto último; tal vez mucho de lo primero. En verdad, Nin Frías no conoce el secreto dei verso; en castellano, por lo menos, no versifica. Ignoro si puede hacerlo en otra lengua. No ha pasado por el rigorismo retórico de la escuadra de los metros. No tiene mayor interés en distinguir la cantidad del ritmo, la ondulosa curva del acento, la generosa dádiva de la diéresis y la regla egoísta de la aféresis y la apócope. Cuando él eslabona ideas, entonces agrada darnos para deleite de nuestros espíritus sinaletas sencillas y dobles que armonicen en legítimo y radioso connubio de felicidad, con el ansia suprema que nos devora de vivir la aurora brillante de las íntimas y espirituales placideces. Os diré desde ya que no me place buscar en él, con el afán poco austero de un crítico descontentadizo, cualquiera de las rugosas líneas que haga palidecer á la luz de la estrella quintaesenciada de la lumbre retórica, la á veces impaqueta majestad de su estilo. Rehuye el arrebol de las frases cortesananas para beber sin inquietudes parnasistas el vino natural de las vidas olímpicas, sin artificiales carmines que lo coloren.

No quiere decir esto que su alma rechace como frívola bagatela ó preocupación baladí de ociosos, la melodía del verso de la prosa; porque hay prosa que es verso puro y sublime, como hay verso que es prosa endeble y contrahecha. El apasionamiento exagerado de la hipérbole no le dicta la dulzura adónica de otros ritmos que el de los brotados al soplo inspirador de las evangélicas virtudes. Si hiperboliza en la cadencia temerosa de un virginal estilo, lo hace presa de la sugestión del bien. No me livianizo con las llamadas flaquezas de la inseguridad literaria, al observar en él que no acierta siempre á precisar la voz del epíteto que sirva de poético ornato á la idea; que desluzce un tanto el esplendor de la lengua con la presencia de algún barbarismo de exótica vestidura; que la armonía de la cláusula no siempre encuentra en él la musicalización de las rítmicas combinaciones. Esto, que lejos estoy de calificar de «inconsecuencias literarias», no hace menos valiosos los matices en que la fina donosura de sus pensamientos se ven envueltos. Porque su voz no es vago balbuceo de una inteligencia exhausta de vigores, sino la potente manifestación de robusta vida moral que transmutada á la forma impecable del mármol mítico de Fidias, podría simbolizar la gigantesca figura de Teseo, Júpiter Olímpico ó Belerofonte.

No es mi ánimo detenerme en un análisis minucioso y por separado, á que bien se hacen acreedores los diversos escritos de nuestro simpático autor. Ya he dicho que todos ellos tienen la hermosa facultad de sugerir cosas bellas y hondas. Sus estudios equivalen á consejos, y sus máximas á soluciones claras y precisas de difíciles problemas morales, sociales é intelectuales. En algunos de aquéllos nótese el inquieto mariposeo de la abeja que aun no ha elegido el jardín selecto adonde ha de ir á libar el cáliz de las flores. Sin embargo, su clarividencia metafísica no es susceptible de dejarse obscurecer por la sombra de las fluctuaciones claudicantes. La sed de ahogarse en la realidad ignota de lo infinito lo abrasa. No es menos grande y exigente su hambre de la ciencia. La modalidad de su estilo trasunta la la-

boriosa exploración de su alma indagadora y la severa placidez de sus preocupaciones religiosas. No siempre la vara de su apacible crítica mide con exactitud el ángulo facial de los opuestos criterios. Carece de la vibrante entonación de la sátira vehemente que impresiona, desfigura ó apasiona.

Todo lo que no tienda á la plenitud del amor, lo aleja de sí. Le gusta abismarse demasiado entre los largos puntos suspensivos de las admiraciones, para llevar á sus labios el rayo de la imprecación ó la dureza de la apóstrofe. El *Quousque tandem abutere, Catilina*, no ha de salir jamás de su boca con la ex abrupta impetuosidad que saliera de los labios del noble y elocuente defensor de Arquías y Deyotaro.

Su talento, apoyado por una erudición tan frondosa como selecta, no denuncia la indigencia del propio criterio de esa prole parásita de sabios trashumantes que no saben concebir ni soñar sin tener alas prestadas. Su individualismo literario y filosófico no dobla la cerviz de la íntima señoranza en las cortes de los Césares. En la amargura del destierro osaría cantar las plañideras «Tristias» de sus quebrantos; pero nunca su acento llevaría el verso robusto, sentimental y melodioso de la educación desde el Ponto Euxino á las cámaras perfumadas de Augusto. Su tendencia instintiva es la seriedad reflexiva y sana. La nota jocosa ó pependenciera no agriará su ceño, aun cuando la gratuidad del sarcasmo quisiera á ello incitarle. Sin acritud ni mordacidad, sin el venablo punzante y desgarrador de los Aretinos, no le es fácil cosa vestir la loriga de los desmenuzadores del siglo XX.

VIII

Que cada hombre sea un templo en que more la Divinidad.—*Ensayo sobre la muerte*.—María Engenia Vaz Ferreira. La primera poetisa de América.—Wagner y su música.—La «Sociedad Cervantes».—EL ÁRBOL.—*Sordello Andrea* y el superhombre del futuro.—Consideraciones á este respecto.—*El arte americano está enfermo; necesidad de sanearlo*.—*Psiquis*.

Á haber vivido en los días de Omar, sus libros hubieran sido pasto de la hoguera, porque «no todo para él está en el Corán ni en la Biblia». Hacer de las bellezas de la religión cosas amables y no odiosas, he ahí lo que quiere. Sutilizar tanto que se haga de la misma razón un objeto despreciable para los hombres y sólo bueno para los cándidos y los niños, eso es lo que no desea. Las exterioridades del rito, las mecánicas oraciones de la liturgia no se avienen con sus prácticas religiosas. Que cada hombre sea un templo en que more la Divinidad, es con la Iglesia universal que sueña. Como crítico, jamás lograría poner en equilibrio su amplia y humanísima concepción de las cosas con la severa y estricta acometividad de Brunetière ó de Boileau. Verdad es que no tiene la sagacidad analítica y la irónica perspicacia del profundo é ingenioso Larra, y daríase el gran pesar si la mesurada objeción de su sereno criterio se confundiese con la acética y retórica de los manes espirituales de la celda en que Antonio de Valbuena teje la malla de sus intolerantes críticas.

El desdoble de su querer está más en la meditación reposada filosófica que en la percepción del lado satírico de la obra literaria. Cuando se esfuerza en desenvolver la seda acariciadora y suave de sus talentos sobre las mesas enmanteladas de crisantemos en el jardín de

las Gracias, hácelo más sugestiva y artísticamente, si en vez de discurrir sobre críticas literarias ó dramáticas sigue la ruta de su vocación legítima, explayado su espíritu en las orillas del mar interminable de la ciencia, la filosofía y la religión. Así, su estudio sobre la *Muerte* tiene para mí más honda conmoción y más fino encanto y sugiere mucho más que su crítica elogiosa á los versos de María Eugenia Vaz Ferreira, esta mujer genial que es «más artista que mujer», y cuyo nombre basta para honrar al país donde ha nacido. La primera poetisa de América, en mi sentir, no ha sido comprendida ni explicada sino muy á medias, no obstante la nota de alabanza y la no despreciable cuanto hermosa erudición que sus admirables poesías le provocan. La íntima manera personal de esta soberana diosa del Olimpo del Arte no ha tenido una interpretación cabalmente fiel en la crítica de Nin Frías. Todo es muy bello lo que nos dice, pero es demasiado frágil y multicolor para que en selva tan espesa no perdamos de vista á la divina neurótica del verso.

En lo que hace á mi gusto y tendencias, ámolo mucho más cuando la severidad reflexiva de su espíritu penetra las bellezas del cristianismo ó de *La civilización y vida inglesas* que cuando, en prosa tersa y no exenta de elegancia y sencilla, recomiéndame la lectura de *Los cien mejores libros*, que para mí no son todos los que prefiero ni son los cien que elegiría. Sus *Pensamientos* me han sonado á música clásica y profunda de Bach. Han tenido la bondad irresistible é hipnótica de hacerme soñar bajo el palio de la Ilusión y de la Vida, muy ledamente. El arado de su vigoroso talento ha trazado allí hondos surcos. En ellos nos dice que la música de Wágner es su amiga selecta que le hace sentir y pensar. Yo que he podido verle á menudo conversar beata y espiritualmente con el armónium, bien puedo valorar esta suerte de preferencias: lo que para otro resulta incomprensible, barullero y torpe, para él en este caso tiene la atracción de lo grande, lo divino y lo sublime.

El ensayo sobre una *Sociedad para propagar la cul*

tura y la lengua española es muy hermoso y digno de tenerse en cuenta, aunque su ardiente deseo de fundar la «Sociedad Cervantes», tal como lo quiere, es más ideal que practicable entre nosotros, dada la adusta frivolidad que por ahora nos caracteriza para esa clase de bellas realizaciones del espíritu. No obstante, su deseo de dedicar al autor del *Quijote* los americanos del habla española el culto que en Inglaterra y Alemania reciben Shakespeare y Goethe, es tan sabio é insistente el afán con que lo predica, que basta para su elogio. No quiero pasar en silencio *EL ÁRBOL*, libro dedicado á la niñez, pero en el que pequeños y grandes encontrarán sabias enseñanzas y admirables bellezas. En él muestra de manera tan discreta como encomiable cuánto puede en él la influencia científica y literaria de Elíseo Reclús, á quien, en cierto modo, imita. Este casto y sentido amor á la Naturaleza, que ha dado su poeta más profundo, soñador y exquisito en el espiritual autor de *EL soneto*, Wordsworth, explica por qué ama á éste tanto y sigue con igual apasionamiento é interés la silueta sonriente, plácida y evocadora de Dimitri Merejkowski. Su opúsculo de *La vida del estudiante y la moral* tiene la importancia del mismo asunto que trata, que á tener oídos reflexivos y fieles, habría corazones más esforzados y generosos y voluntades más heroicas. La historia que narra es tan conmovedora como sencilla y llena de evangélica doctrina. El joven Guillermo Mc. Laughlin pagó con su vida el cumplimiento de aquella máxima de Julio Simón: «La ciencia del deber es la ciencia del sacrificio»; un alto ejemplo de virtud moral que Samuel Smiles, gustoso, habría tomado para ilustrar uno de sus áureos capítulos morales.

Con la devota preocupación de quien busca en las altas especulaciones del espíritu horizontes luminosos y serenos en que el astro que anuncia una nueva era de grandeza y de gloria para la raza aparezca, Nin Frías, con la sinceridad, ardor y fe de un apóstol, el alma sensitiva é indagadora del artista y la mente noble y austera del pensador, concibió y escribió *Sordello Andrea*, como si en esa obra hubiera hallado cuanto de más

bello, dulce y divino apetecía encontrar en la ruta atrevida de la imaginación creadora su alma eternamente sedienta de todo lo hermoso y de todo lo grande. Allí puso entera su alma; entero su corazón; enteros sus temores, ansias y sobresaltos de la vida; entera la sonrisa jovial, franca é inocente de su niñez; entera la ingenua mirada del ángel custodio de sus virginales ensueños, que en la vela de la noche lo cubre con el celeste abrigo de sus alas. Es un memorial escrito con la tinta de los más recónditos afectos y las ternezas más deliciosas, enviado por un corazón terrestre á una criatura seráfica; es el libro en que el armiño de un alma audaz y soñadora ha dejado impresa la nivea estela de un viaje largo, muy largo, al través de los espacios infinitos del pensamiento; viaje interminable de un viador con alma de profeta, que se siente peregrino en la tierra donde mora y que lleva dentro de su mente la visión apocalíptica de una Patmos sagrada, cuya dulce realidad ha de ser conquista del hombre venidero.

Nin Frías ha hecho de *Sordello Andrea* su *Hortus deliciarum*. Allí ha señalado con estilo sencillo y vigoroso la senda de los nobles «victoriosos» de la vida. Surge en esa obra—que es la novela íntima de un espíritu candoroso y fuerte que ama el cielo de la bondad y la belleza—un temperamento de exquisita sensibilidad, herido por el choque de la civilización incompleta, en cuyo medio está, muy á su pesar, condenado á vivir. Es el símbolo del sudamericano educado á la europea, que tiene nostalgias de algo superior tardío aún en llegar. Leyendo sus páginas diríase que ha querido poner en ese libro el alma visionaria del precursor que proclama la venida del superhombre del porvenir, del hombre religioso, del creyente en Cristo, vencedor del mundo. Allí ha sembrado, como en tierra propicia, las dulzuras de la fe y la rebelión de la mente contra tanta vulgaridad que ofende las ágiles alas del espíritu que escala las cumbres de lo ideal y lo divino, y tanto materialismo que degrada y afea la vida, privándola de los goces excelsos de las virtudes morales. «Nuestra sociedad —dice él— carece de vida interior; desconoce lo sublime

de la intuición, lo rico de la sinfonía interna.» Y más adelante agrega: «La materialidad de la sociedad moderna, su tendencia á sustituir lo bello por lo útil, su anhelo funesto de nivelación social, forman la trilogía contra la cual se abate su alma (habla del alma de Lionel, ó sea *Sordello Andrea*), cuyas raíces se pierden en Grecia y el Renacimiento.» «Hacer amable la vida por el ejemplo, el esplendor del pensamiento, la fuerza positiva de la fe y el encanto poderoso de la bondad—dice él mismo en el prólogo de su libro—, resume la filosofía de *Sordello Andrea*.»

Invariablemente, Nin Frías tiene fija su mirada en «un cielo nuevo y una tierra nueva», como Juan el Teólogo, el visionario austero de la revelación, la tenía fija en la Canaán celeste. Y es fuerza reconocer en él un heroico propagandista de ese arte sano y fuerte, hecho de estudio, de penetración, de vida intelectual intensa, que aún no poseemos; arte de pensamiento, de sentimiento y de razón, que busque la savia con que ha de alimentarse en el fecundo laboratorio de las ideas, y rechace toda vana palabrería, toda superficialidad, huyendo del conglomerado insubstancial de las palabras, que nada dicen, que nada enseñan. Es de los que trabajan en el silencio, en el retiro, en la meditación solitaria, frente á la riente perspectiva de la ciudad en que moran los sabios, los grandes artistas, los grandes maestros. No va á estudiar la ciencia en las enciclopedias, en los diccionarios, ni menos en el *bar*, en el hipódromo, en el club, en los saraos, en las vigiliás nocturnas de la vida social agitada y deprimente. Su arte pide ideas; quiere luz y espacio; vastos horizontes donde la vista interior pueda dilatarse en las sugestivas y evocadoras claridades del alba de la vida alegre y robusta; quiere observación, quiere lucha, y si es preciso, dolor y desvelo, angustia y llanto. Ve con gran pena que nuestro arte americano está enfermo, y por ello busca con el celo afanoso de un labriego infatigable la manera más propicia para hacer que arraigue y fructifique el árbol de la sanidad, cuya sombra bendita nos cobije y ampare, purificando con sus hojas el aire malsano que respi-

ramos, que nos envuelve, que nos asfixia, si tal podemos llamar á esa carencia de oxígeno intelectual y moral que padecemos.

Por esto, *Sordello Andrea*, más que la novela de una vida, es la elocuente finalidad que persigue el espíritu del pensador y el artista, corriendo en pos de una luz remota, pero real, aunque todavía invisible, y que siguiendo la órbita que le trazó el destino de las cosas, viene ya avanzando hacia nosotros, para ser un día tal vez no lejano el sol central de nuestro sistema planetario moral; astro de gloria y de paz que fecundará en lo venidero—pues tal lo predica este cosmógrafo de los divinos panoramas de la Virtud y la Belleza—á la simiente que los ideales del amor á todo lo excelso han arrojado en el surco tortuoso de las edades. Y á no dudar, esa será la santa cosecha del superhombre del futuro. Esa será la redención que espera á la raza, librándola de todas las servidumbres; de la hidra de Lerna del vicio que hoy la acaricia para devorarla; de esta tigre de Hircania llamada crueldad y egoísmo presentes, en cuyas ubres turgentes y llenas de pecado, buscan hoy su venal sustento la conciencia irreligiosa, el corazón metalizado y el arte enfermizo de ese ejército innúmero que batalla por nutrir á la civilización actual sólo con el pan que alimenta el cuerpo, negándole la fecunda comida del alma.

Al enseñarnos que quiere el triunfo de Ariel sobre Calibán, el éxito de lo noble y bueno sobre lo impuro y lo pravoso, concibió también *Psiquis*. No es en realidad un drama: carece de esa vida emotiva, fuerte é intensa, de esa lucha y encuentro de las pasiones que constituyen la manera íntima y esencial de éste; es mejor decir una comedia en cuatro actos, en donde seguramente no vence Nin Frías como comediógrafo ni dramaturgo, pues no parece ser esa la verdadera tendencia de su espíritu, ó por lo menos, la que mejor le cuadre; pero es, sí, un hermoso exponente de una actividad intelectual sana y bien dirigida que analiza, compara, comprende, discute y enseña. En *Psiquis* se estudia la juventud altamente intelectual, en la lucha con la bru-

talidad de padres burgueses que ven en el intelecto un peligro, una finalidad contraria á todo progreso material, á todo éxito lisonjero y real de la vida; vale decir: el interés mercenario en pugna con las generosas especulaciones del espíritu; el amor de lo útil sobrepuesto al amor de lo bello; las conveniencias groseras del dinero imperando sobre las altas conveniencias morales; la bolsa de oro sustituyendo al corazón y á la mente; el cálculo frío del mostrador del comerciante anteponiéndose á los legítimos arrebatos de un amor sano, de una mente que piensa, que sueña, que medita, y capaz de toda belleza, de toda virtud, de todo bien.

IX

Las cuestiones religiosas en el Uruguay.—La defensa que Rodó y Nin Frías hacen de «la tradición cristiana y del ideal cristiano».—Los *Estudios religiosos* de Nin Frías.—«Jesús el más bello de los hombres.»—«El día que la juventud le ame y le comprenda será el más bello día de la vida.»—Un juicio de Harnack.—Catolicismo romano y protestantismo.—Objeciones que hago á Nin Frías acerca de esto —El catolicismo de Roma no interpreta los altos y esenciales intereses del cristianismo evangélico.—Algunas palabras de Unamuno.—El Cristo del Evangelio no es el Cristo del *Syllabus*.—Discusión sobre este asunto.—Pfo X y la encíclica en honor de Carlos Borromeo.—Consecuencias á que ha dado lugar —La política liberal del señor Canalejas.—Se sigue á Cristo ó se sigue al Papa.

No cabe duda. Son muy pocos los que en América del Sur, y especialmente en el Uruguay, se atreven á tratar valientemente y con altura las cuestiones religiosas; muy pocos lo quieren para sí el honor de usar de esta valentía que asegura para quien la posee un grado de cultura intelectual y moral y una sinceridad de juicio dignos de toda alabanza; porque eso más que otra cosa indica no estar esclavizado á las conveniencias

depresivas del momento presente que, siendo como son de suyo egoístas, sensuales y metalizadoras, piden abyectos servidores y ningún espíritu verdaderamente superior y libre. Por esto es con íntima, con inmensa fruición como transcribo algunas oportunas palabras que son para las actuales circunstancias de interés para todos. Quien las pronuncia es José Enrique Rodó, espíritu sincero que sabe sentir y pensar hondo lo mismo en arte que en religión. «Y he aquí que ha llegado la ocasión de que luchemos juntos—dice á Nin Frías—, porque esta es la hora en que me ha tocado asumir, contra ciertas tendencias, la defensa de la tradición cristiana y del ideal cristiano, á pesar del paganismo de mi imaginación y de mi gusto artístico.» Y bien, yo ahora agrego: quiero yo pertenecer á ese escaso número; también deseo difundir con valor y calor en América el pensamiento cristiano, cuéstemme lo que me cueste, convencido de que es el mayor bien que puedo pedir para la raza latina joven y viril de ese hemisferio, y que el Uruguay, mi patria, mucho lo necesita, y su espíritu, vigor y carácter serán más fuertes cuanto más sólido sea el fundamento del «ideal cristiano» sobre que se edifique su grandeza futura.

En sus *Estudios religiosos*, Nin Frías ha dejado ver con claridad sensible y sustraedora, en qué consiste para él el fervoroso culto de su vida entregada al servicio del ideal cristiano. «Yo creo á Jesús el más bello de los hombres», nos dice. Y esta belleza que él descubre en el dulce orador de la montaña, le hace exclamar poco después: «¡Rey de los jóvenes inmortales, os saludo!» Y esto lo dice luego de haber advertido, que «el día que la juventud le ame y le comprenda será el más bello día de la vida». Al expresarlo así, observa que hay «carencia de educación moral» en la juventud actual, y repite con el memorial dirigido por los inspectores de los talleres y factorías de París al prefecto del Sena: «Ha sonado la hora de oponerse á esos *desastres morales*» ¿A qué clase de «desastres morales» se alude? La misma memoria se encarga de responder: «La niñez está perdiendo toda noción de respeto y de

deber, habituándose á usar el lenguaje más obsceno. La conducta en las calles es á menudo escandalosa.» Es observando el fenómeno psicológico que ocurre en la Francia contemporánea, cuando nos dice: «Para inculcar al niño las ideas morales sólo existe un vehículo: la religión»; y agrega más adelante: «Francia no es la única nación perjudicada por apartarse de Jesús», pues entiende que «las naciones donde mejor florece el principio evangélico, son también las más prósperas y hermosas; su superioridad en el mundo está en razón directa de la práctica de este ideal». Y para hacer más evidente este enunciado, invoca el juicio de Harnack: «Pienso que no tenemos nada que enseñar al Evangelio, sino mucho que aprender de él.» No obstante, contrariando la opinión del autor de *La esencia del cristianismo*, parece ser que los moralistas de las «nuevas ideas» tienen mucho que enseñar al Evangelio, sin que de él aprendan cosa que valga la pena de ser retenida.

El momento histórico que atravesamos no puede ser más oportuno para despertar en los demás una franca y noble preocupación de la cuestión religiosa que con tanto ardor este joven apóstol del cristianismo defiende. Sin estar con él al considerar que «el catolicismo romano y el protestantismo son ramas de un mismo árbol»; sin aceptar las conclusiones á que arriba cuando ve en ellos que tienen por Jesús idéntico amor y reverencia, gózome empero al verlo enamorado del concepto religioso y de la personalidad del Verbo bendito de las Escrituras.

Es la única objeción de fondo que, muy de veras, hago á sus *Estudios religiosos*; es la sola que me obliga á ver en él una tolerancia excesiva en las cosas que yo no llamaría *tolerancia*. Es cierto que, como él dice, «la gran campaña anticatólica en Francia es, en resumidas cuentas, un ataque al cristianismo»; lo es también que «el catolicismo es superior al ateísmo ó al indiferentismo absoluto»; pero lo que no es cierto, y el mismo Nin Frías debe saberlo, es que el catolicismo de Roma *interprete los altos y esenciales intereses del cristianismo evangélico*, pues una enorme sima los separa y hace imposible

entre ellos toda conciliación racional, si se les considera particularmente en lo substancial y en la íntima manera de ser del uno y del otro.

Al decir que «allende el ceremonial y los ritos, los católicos se allegan á Dios por la intensidad de su fe», y que «no hay los abismos supuestos entre el catolicismo reducido á su esencia íntima y el protestantismo», creo estar oyendo algo seguramente extraño y nuevo de labios de un pensador cristiano que, como él, procede de la Reforma. «¿Qué importan—nos observa—que entrados en la paz de Jesús y en comunión con Dios ofrezca el uno las *exterioridades* de su culto? Quiero comprender y no odiar», afirma, y seguramente es en nombre de este pensamiento en el que hago también mío, que quiero explicarme la razón de ese consorcio de ideales para mí imposible, de ese amistoso connubio—que juzgo irrealizable—en las doctrinas que, á mi ver, se repelen enérgicamente como dos cuerpos que poseen electricidad del mismo nombre.

Y es invocando las palabras de Miguel de Unamuno con que él encabeza uno de sus escritos, con lo que contesto: «La meditación racional á la vez que cordial del cristianismo evangélico, es lo único que arrancará á los pueblos latinos de las garras del paganismo que los enerva.» Si lo que caracteriza este paganismo—pues yo así creo entenderlo—es el cúmulo abrumador de las «exterioridades», del «ceremonial y los ritos» de la Iglesia de Roma, su iconolatría, sus creencias, es fuerza confesarlo, que Jesús muy poco ó nada tiene que ver en ello. Si lo que al paganismo á que Unamuno se refiere son aplicables también todas las formas de incredulidad é indiferencia convertida en sistema, en pensamiento, en acción, en ídolo de la hueste que auspicia el movimiento anticristiano en América y todo el mundo latino, es necesario declararlo fuerte, muy fuerte, que Jesús tampoco tiene que ver en ello nada que ponga en posición desventajosa su personalidad y su doctrina. Pero sí, en cambio, á lo único que debe atribuirse ese amargo y doble paganismo que como un cáncer nos devora, es al catolicismo que tiene en Roma su representante más

alto. Aun digo más: que mientras no se devuelva al pueblo el Cristo primitivo, el Jesús sublime de los Evangelios, la piedad católico-romana será la de siempre: un trasunto fiel de un falso cristianismo opuesto á todo progreso, á toda elevación intelectual y moral para la raza que la invoque. Cristianismo y romanismo son para mí dos cosas absolutamente distintas. Creo hacer poco honor á mi conciencia si me siento capaz de confundir al Cristo del Evangelio con el Cristo del *Syllabus*: el primero es una potencia moral que redime; el segundo, un tirano que esclaviza y mata. Con la religión del *Syllabus* se pueden sostener todas las intolerancias y todos los errores: para aquéllas y para éstos habrá un silogismo que los defienda, un ergo que los admita. La religión de Jesús es una religión de amor, y eso es la base principal y más sólida del edificio cristiano. El amor no puede comulgar en los altares del odio; no obstante, todo lo que viene de Roma es eminentemente odioso, como bien pronto lo demostraremos.

No cabe, pues, el enunciar el nombre de Cristo en una Iglesia que lo ha prostituído. La impiedad actual, el escepticismo de estos tiempos, la falta de fe religiosa en el pueblo, la mentira cultural social, son frutos legítimos de Roma que, en su afán de innovarlo y gentilizarlo todo, ha convertido á Cristo en un ídolo pagano junto con María y los santos, con los que ha hecho un nuevo politeísmo menos artístico que el de Grecia y Roma, y en cuyo Olimpo Jesús es un Apolo contrahecho y poco amante de la luz; María, una Minerva desproporcionada y lujuriosa, alhajada con las perlas y brillantes de los adoradores, que atrae las miradas de los efebos y doncellas de Corinto, y los santos, «dioses menores» que asisten como hierofantes lascivos á los misterios y solemnidades de la Eleusis Babilónica de las siete colinas, bátraro de todas las supersticiones de los tiempos y asilo de todas las intolerancias y crueldades.

El peor mal que la Iglesia de Roma ha hecho á la civilización presente, consiste en haber dado al pueblo un Jesús que no es el de los Evangelios, pues lo ha destituído de su verdadera y legítima potestad de Reden-

tor del mundo al suplantar su serena, dulce y admirable doctrina de amor y perdón por la del *Syllobus*, la de los cánones, bulas y decretos de los concilios. No es con la conversión de Ena de Battenberg como se hacen menos odiosos los decretos del Concilio de Trento ó del Ecuménico de 1870; no es con un donativo de 500.000 liras de Pío X á las víctimas del Vesubio como se aminora un punto el color repugnante de la tiara papal; contra esas insolvencias de una Iglesia prostituída, están la bendición pontificia de Pío V en favor de la invencible Armada; la Inquisición; su escandalosa bula *In cœna domini*; la jornada de San Bartolomé, glorificada por mandato papal en una medalla con la efigie de Gregorio XIII y en un fresco pintado por Jorge Vasari en la Capilla Sixtina; la usurpación de los derechos civiles; la gentilica invención del Purgatorio; el culto de las imágenes; la invocación de los santos; el sacramento de la penitencia; el dogma de la infalibilidad del Papa; la tarifa de las indulgencias, y los funerales, misas y responsos en bien y gracia de los muertos: todo ello opuesto á la doctrina predicada por Jesús y sus apóstoles.

Y muy recientemente, para confirmar una vez más que la religión de Roma no es religión de amor, de caridad, de perdón, de benevolencia, de vida y de libertad, sino de odio, de servidumbre y muerte, bástenos mencionar, aunque sea de paso, la famosa encíclica de Pío X en honor de Carlos Borromeo, y la protesta del Vaticano contra la política juiciosa, reaccionaria y patriótica en alto grado, del señor Canalejas en España.

En lo que toca á la primera, es un ataque grosero dirigido contra la verdad y la justicia de la Historia y contra la dignidad y el honor de las naciones protestantes. La tal encíclica, aludiendo á los reformadores, dice: «Eran hombres soberbios y rebeldes, enemigos de la Cruz de Cristo, varones de intenciones terrenales cuyo Dios era el vientre... Confundieron todo: hicieron más fácil para sí y otros el camino de la licencia... Fueron en realidad corruptores, puesto que extenuaron las fuerzas de Europa por luchas y guerras... Por fin, por ellos vino luego la peste interior de los errores, y con el

pretexto de reclamar santa libertad, aquella epidemia de vicios y destrucción de la disciplina, á la que acaso no llegó ni la Edad Media.» No se puede, sin escandalizarse, oír hablar tanto desatino é insulto de labios de aquel que se dice infalible y vicario de Cristo. ¿Cree por ventura Nin Frías que así le es dado hablar á un *cris-tiano*? ¿Se pueda mentir con tanto descaro y tan *gratui-tamente* á los que han buscado la verdad, como á un dios, en los luminosos templos de la Historia? ¿No vale para Pío X nada el honor y la virtud de los alemanes, los ingleses y norteamericanos, para que los sumerja en el estereolero de las más soeces mentiras é intolerancias? ¿Ha olvidado el papa de Roma la voz viril de Roque Barcia en su *Cartilla política* contra Mastai-Ferretti? ¿No ha oído nunca el «sumo pontífice» la palabra libertad explicada por Castelar al señor Manterola que, como fruto legítimo de su Iglesia, parecía estar sordo y no oír el dictado de la conciencia de los Evangelios?

Para la lógica papista, la «santa libertad» es madre de todos los vicios y destrucción de toda disciplina. Según esto, cuando Jesús dijo: «Conoceréis la verdad y ella os libertará», no estaba en razón, porque seguramente, para encontrar la libertad no se necesita indagar la verdad, no es preciso preguntar á la conciencia, ó lo que es peor todavía, fuera de la Iglesia de Roma no hay verdad; luego fuera de ella no hay libertad posible, sino licencia, indisciplina y vicio. Además, el desconocimiento, ignorancia y malicia que respecto de las personas de los reformadores demuestra el Papa en esa encíclica son de tal naturaleza, que en vez de mejorar la causa de Roma la empeora: es lo que se deduce del giro que van tomando los acontecimientos en la misma Alemania, á la que más directamente ofende la palabra del Vaticano, y contra la que, unánimemente, la prensa germánica protestante y aun católica ha respondido en tono bien alto y severo y con santa indignación, rechazando el espíritu diabólico y hostil que la inspira. Es refiriéndose á ella por lo que dice un catedrático de la Facultad de Teología Católica de Tuebingen, según el *Schwaebische Mercur*: «El ataque dirigido por el Papa

contra la Reforma ha despertado verdadera indignación. La verdad es que le duele á un católico tener que mencionar todo eso; pero cuando se falta tan gravemente á la verdad y se niega la justicia de un modo tan público como en la desdichada encíclica de Borromeo, ya no se puede callar.» El *Reichbote* al comentar la actitud papal así se expresa: «Estados y pueblos no deben ni pueden tolerar tal cosa de un hombre que para sus actos oficiales reclama infalibilidad divina». El *Deutsche Reichspost* sobre el mismo asunto «expresa la esperanza de que se retirará el embajador prusiano cerca del Vaticano, para hacerle comprender al Papa que con su encíclica ha insultado á todo hombre evangélico, desde el emperador hasta el último de sus súbditos». Y ahora agregó yo: ¿no es esta acaso la manera propia, peculiarísima que tiene Roma de hacerse oír siempre que habla? ¿No está en sus labios el terrible «anatema» contra todos los que buscan fuera de ella la paz de la conciencia? «Benedicid y no maldigáis», dijo Cristo; pero ¿cómo y cuándo es que bendice? «Amad y perdonad á vuestros enemigos», dice el Evangelio; pero ¿de qué modo Roma ama y perdona á sus enemigos? ¿Es acaso autorizando como lo hizo Inocencio III la carnicería de los albigenes, ó estimulando las crueles persecuciones de los valdenses en los Alpes y en el Piamonte, ó celebrando con un solemne *tedium* y las salvas del castillo de Sant-Angelo la noticia de la muerte de Coligny y los hugonotes de Francia, ó llenando las cárceles y galeras con herejes, ó llevándolos á la hoguera, ó colocando en el prohibitorio *Index* los libros de los pensadores y los sabios de todos los tiempos? Seguramente, Roma está muda y no sabrá responder.

Yo creo firmemente que no es con esta clase de falso cristianismo con el que el señor Nin Frías desea conciliarse; no es con esta manera de interpretar el Evangelio y la persona y el carácter de Jesús con la que aspira á redimir de la incredulidad, el ateísmo y el vicio á la raza latina á que pertenece; no es con este modo de manifestar el amor á los hombres con el que comulga en la mesa de sus nobles ideales cristianos: luego, pues, nos queda

la evidencia de saber que el dulce cristianismo que con tanto ardor Nin Frías propaga, no es el *seudocristianismo* del Papa; no es, no puede ser ni en la forma ni en el fondo, ni en lo íntimo y esencial, el ideal intolerante de egoísmo y mentira de las encíclicas, de las bulas y el *Syllabus*.

En lo que hace á la protesta del Vaticano contra la política liberal del señor Canalejas, no existe mejor comentario que las propias palabras del jefe del gabinete español: «¿Qué he hecho hasta ahora para merecer las cóleras que mi política desencadena? Pocas cosas, seguramente, pero cosas que nadie había hecho desde que el Estado español existe. Por lo mismo parecen enormes. He juzgado que los adeptos á cultos disidentes tienen derecho á colocar emblemas en los edificios donde se juntan para cumplir sus deberes religiosos... En adelante, pues, como todos los países civilizados, tendrá España templos protestantes y podrá tener sinagogas que lleven en sus muros los signos característicos de sus respectivas confesiones religiosas. Contra esto es contra lo que protestan los clericales en pleno siglo XX.» ¿No dice esto con bastante elocuencia que Roma es siempre la misma en sus dictámenes *ex-cátedra* y deseos? ¿No es todo esto la negación más completa de la «esencia íntima» del carácter y vida de la religión cristiana?

No; no puede aceptarse en modo alguno que «el catolicismo y el protestantismo son ramas de un mismo árbol»; porque la savia que las alimenta no es de idéntica naturaleza; no procede del mismo tronco; no encuentra la fuente de la vida en la misma agua y en la misma tierra; no dan idénticos frutos; no son las exterioridades y el rito de la una que la hace diferente de la otra: es la vida propia de cada cual que las hace enteramente distintas y entre sí inconciliables por aquello mismo que Jesús dijera: «El que no es conmigo, contra mí es.» O se es cristiano ó se es pagano; no cabe término medio; ó se obedece á la autoridad del Evangelio, ó á la del *Syllabus*; ó se sigue á Cristo ó al Papa. *To be or not to be, that is the question.*

X

Continuación de lo anterior.—Explicación de la sinonimia de las palabras *protestantismo* y *cristianismo evangélico*.—Lutero y la Reforma.—Antes de Lutero hubo *protestantes*, pero no hubo reformadores.—Las innovaciones del papismo y sus adversarios.—Los Padres de la Iglesia contra estas innovaciones.—Cuál fué la obra de los reformadores.—La bula del papa Pío IV.—¿Cómo ha de llamarse á los cristianos que no siguen al Papa?—Palabras de Merle D'Aubigné acerca del cristianismo y la reformation.—Fin de este asunto.

Pero alguien observará aquí que yo he hecho de los vocablos *protestantismo* y *cristianismo* una perfecta sinonimia tan sólo para mí, sin cuidarme para nada de la opinión de los sectarios de Roma que, muy de seguro, piensan de un modo bien diferente. La Iglesia del Papa cree y enseña que es derecho suyo inalienable el de salvar las almas y el de poseer la verdad, y por consecuencia, rechazará la sinonimia que he dado por sentada sin discutirla. No obstante, al hacerlo así, no he dejado de comprender que la palabra «protestantismo» nada dice por sí misma, nada explica, si no sea por la acepción vulgar que le ha concedido patente de entrada en el léxico, y cuyo verdadero sentido ya nadie desconoce.

Esta sinonimia es, á mi modo de ver, á más de lógica muy explicable, desde que por *protestantismo* debe entenderse esa igualdad, semejanza ó acercamiento de doctrinas y sectas religiosas, inspiradas todas ellas en la interpretación libre é individual de los Evangelios. Esto último fué lo que constituyó la característica esencial y saliente de la Reforma del siglo XVI. Aunque cupo á Lutero la gloria de «empollar el huevo», como dijera cierto historiador al hablar de la vida y el carácter de Erasmo—pues fué suyo más que de otro el honor de ponerse al frente de esa hermosa y fecunda revolu-

ción en favor de la verdad, la santidad y la libertad de la conciencia—, empero anteriormente á él hubo cristianos *protestantes*, si hemos de entender por este último vocablo un adjetivo derivado de toda *protesta*, toda rebelión ó negación hecha en el seno mismo de la Iglesia contra la interpretación teológica y *ex-cátedra*, ó la imposición de toda doctrina ó superstición autorizada por la voluntad de los concilios ó del Papa. En este sentido podríamos decir que la historia del protestantismo no es la historia de la reformatión, lo que daría por corolario lo siguiente: hubo antes que Lutero verdaderos *protestantes*, pero no hubo *reformadores*.

No hay innovación alguna del papismo á la que no se haya opuesto con menor ó mayor energía, más ó menos directa ó indirectamente, la protesta de varones ilustres, de cristianos no papistas, de eminentes doctores y Padres de esa misma Iglesia. ¿No trataron, en efecto, de restablecer la adoración de Dios «en espíritu y en verdad» el arzobispo Claudio de Turín en el siglo IX, Pedro de Bruys, su discípulo Enrique y Arnolfo de Brescia en el siglo XII? ¿No condenaron los «místicos» con la santidad de sus vidas y una espiritual é íntima comunión con Dios la podredumbre de la Iglesia papista? ¿No fueron, en el sentido más admisible y verdadero, devotos *protestantes* los perseguidos y piadosos discípulos de Pedro Valdo, que con todo denuedo y heroísmo, invocando la autoridad de las Escrituras, abominaron las supersticiones de Roma? ¿No lo fueron á su vez Wicleff en Inglaterra y Juan Huss en Bohemia?

Y en cuanto á los Padres de la Iglesia y sus «infalibles doctores», ¿no *protestaron* Gelasio II y Gregorio I contra el título de «obispo universal» que se arroga para sí el Papa? ¿No rechazaron Orígenes, Cipriano, Hilario, Gregorio Nacianceno, Epifanio, Jerónimo, Agustín de Hipona, Nicéforo, los libros «apócrifos» agregados al canon judío por el concilio de Nicea? ¿No se opuso el mismo San Agustín al gentilico dogma del Purgatorio, y á su vez no impugnó el de la «transubstanciación» juntamente con Gelasio, obispo de Roma, Ireneo, obispo de Lyón, Clemente de Alejandría, Ambrosio, obispo de Milán, y Teodo-

reto, obispo de Siria? ¿No negó Hilario, obispo de Poitiers, la necesidad de las misas y oraciones en favor de los difuntos, porque todo hombre en esta vida, según él, «debe necesariamente proveerse de aceite para su propia lámpara»? ¿No puso en duda Fisher, obispo de Róchester, la invención pagana del Purgatorio, y por consiguiente, la bondad de las indulgencias? ¿No negó el «doctor seráfico», Tomás de Aquino, el dogma de la Inmaculada Concepción? Y así podría continuar largamente invocando la autoridad misma de los Padres de esa Iglesia contra las innovaciones del romanismo, si me fuera oportuno y dable hacerlo en las reducidas páginas de este estudio sobre la personalidad literaria y moral de Nin Frías, y si con ello no temiera apartarme del plan general propuesto. Creo, no obstante, que Nin Frías tolerará de buen grado que, á fuer de ser yo sincero, me haya detenido acaso más de lo que debiese entre las leves mallas de la discusión de este asunto, que juzgo no despreciable, sino digno del alto interés que los dos tenemos de defender la tradición y el ideal cristianos.

Mas pienso que, llevado por mi deseo de explicar, aunque sea muy ligeramente, la verdadera acepción que para mí y los que proceden del cristianismo evangélico tiene la palabra *protestante*, no debo terminar aquí sin hacer ciertas observaciones y reservas. Al aceptar por cristianos á los protestantes, no lo he hecho tan implícitamente que niegue para los católicos tan honroso título. No es preciso llamarse luterano, anglicano, bautista, presbiteriano, metodista, wesleyano, cuáquero, ni aun católico, para ser cristiano. Para serlo, basta buscar la significación real y el profundo alcance que tiene esta palabra, en la fuente misma del Evangelio, que para los cristianos es la única autoridad de fe legítima, incontrovertible é indubitable. Fuera de Cristo y su doctrina, no cabe la admisión de ese hermoso vocablo, que es insustituible, y por lo mismo está de más, ó por lo menos, no es necesario ningún otro. Precisamente lo que encarece y glorifica la fecunda obra de los reformadores es que no vinieron á destruir el Evangelio, sino á reconquistarlo para el pueblo, rompiendo el férreo

yugo del papismo, al que estaba la verdad encadenada; no vinieron á predicar una *moral nueva distinta* de la que santificó con su sangre el divino Maestro, sino á dar á conocer ésta al mundo sin sujeción, con entera libertad, para que nadie se privara de recibir la dulce unción de la gracia evangélica; no vinieron á hacer apostasía de la verdadera fe, ni á traer «peste de errores y vicios», sino á «restablecer la doctrina de los apóstoles que la Iglesia de Roma había anulado prácticamente por sus tradiciones». Es que para ser cristiano es absolutamente necesario independizarse del Papa, y como el que en manera alguna se independiza por amor á Cristo recibe el «anatema» que lo inhabilita para salvarse, de ahí que no pueda llamarse «católico» sin ir contra los decretos y el espíritu de esa Iglesia, como lo testifica la bula del papa Pío IV, que «condena, rechaza y anatematiza á todas las herejías, cualesquiera que sean, condenadas, rechazadas y anatematizadas por la Iglesia», á todos los que se opongan contra «las cosas dadas, definidas y declaradas por los sagrados cánones, por los concilios generales, y especialmente, por el santo concilio de Trento».

Después de esto, cabe preguntar: «¿Cómo ha de llamárseles á los cristianos que se ponen fuera de estas condiciones, á los que rechazan en nombre del Evangelio y del dictado íntimo de su conciencia esta vergonzosa esclavitud moral? ¿Se llamarán evangélicos, católicos, liberales, librepensadores, reformistas, protestantes, cismáticos ó herejes? Es la Iglesia de Roma quien los llama «protestantes». El uso ha recogido el término y le ha dado fuerza de ley; pero en realidad, el protestantismo—no obstante la diversidad de sectas de que se le acusa—no es otra cosa en su íntimo carácter, esencia y doctrina, que el cristianismo evangélico, así como el catolicismo romano es, en substancia, la resurrección, con ligeras modificaciones de forma y fondo, del antiguo paganismo de Grecia y Roma. Aunque no tuviera otro dogma pagano más que el del Purgatorio, ¿no bastaría esto para confirmarlo?»

«El cristianismo y la reforma—ha dicho Merle

D'Aubigné—son las dos mayores revoluciones de la historia», y ha agregado aún más: «Son la misma revolución obrada en épocas y circunstancias diferentes. Son desemejantes en puntos secundarios, pero son una sola en los primeros y principales. La segunda es una repetición del primero; éste abolió la antigua alianza; con aquélla ha reaparecido la nueva, y entre ambas está la Edad Media. El cristianismo es el padre de la reforma, y si la hija, bajo algunos respectos, lleva señales de inferioridad, por otro lado tiene caracteres que le son propios.» Más adelante sigue diciendo, estudiando la acción del romanismo en la historia: «Establecer una casta medianera entre Dios y el hombre, y hacer comprar sus obras, con penitencia, y á precio de oro, la salvación que Dios da, he ahí el papismo. Facilitar á todos por Jesucristo, sin medianero humano, sin este poder que se llama la Iglesia, la entrada franca al sublime *don* de la vida eterna que Dios concede al hombre, he aquí el cristianismo y la reforma. El papismo es una barrera inmensa puesta por el trabajo de los siglos entre el hombre y Dios: si alguno quiere vencerla que pague ó que sufra, y con todo esto no la vencerá. La reforma es la fuerza que ha destruído esta barrera; que ha restituído Cristo al hombre, y que se ha abierto un sendero llano para acercarse á su Creador. El papismo interpone la Iglesia entre Dios y el hombre. El cristianismo y la reforma hacen encontrar á Dios y el hombre cara á cara. El papismo los separa; el Evangelio los une.» Parece que las palabras transcritas tienen una elocuencia y verdad innegables, y valen bien como respuesta, aunque breve, pero explícita, á la encíclica de Pío X en honor de Carlos Borromeo. Además, al transcribirlas por creerlas muy oportunas en este sitio, he querido cerrar con ellas el marco de esta breve discusión, hecha sólo con objeto de explicar el sentido y el fondo de la sinonimia moral existente entre el protestantismo y el cristianismo evangélico y negarle por entero toda participación en ella al sistema religioso llamado *catolicismo romano*.

XI

Una «inquietud» necesaria.—La receptividad de Nin Frías y la tendencia de su alma á modificarse incesantemente.—Algunas palabras de su «diario íntimo» y lo que ellas trasuntan.—El progreso ideal que ambiciona.—De cómo el artista se sobrepone al pensador al tratarse del catolicismo.—Su cristianismo, como artista, lo lleva á la interpretación social y psicológica.—Posible conciliación del culto de la forma con el culto cristiano.—No es necesario sacrificar en el altar del Evangelio el amor á las Gracias.—Amar al Arte y amar á Cristo; dualidad explicable.—El concepto literario de Nin Frías.—Opiniones de Unamuno y Ramón y Cajal respecto á este escritor.—*Un merle blanc* en la literatura americana.

Acabo de manifestar á Nin Frías mi manera de ver y juzgar la parte para mí débil é insostenible de sus *Estudios religiosos*. Como él, al expresar á Miguel de Unamuno que á veces es bueno «inquietarnos» un poco en materia de doctrina, así yo repito con la misma sinceridad que él emplea al dirigirse al ilustre rector de la Universidad de Salamanca: «Inquietémonos.» Pero esta hermosa inquietud tendrá para nosotros la ventaja de acercarnos más, de comprendernos mejor, de establecer entre ambos esa íntima comunión intelectual de dos almas que, aunque en algo diferentes, y aun caminando no siempre por la misma senda del análisis, de la investigación y del método, van, no obstante, hacia el mismo puerto, convergen sus miradas hacia el mismo foco de la Vida y de lo Ideal. Hay, empero, en nosotros una identidad insustituible que constituye en ambos el mismo amor inalienable hacia una causa alta, bella y armónica: Jesús. Nuestro concepto del arte en sus relaciones con el cristianismo es, si cabe, también idéntico, ó por lo menos, nuestra admiración é interpretación en este sentido es la misma.

Por otra parte, advierto en Nin Frías esa ansiosa movilidad de abeja que va de flor en flor recogiendo—ávido de nutrir su mente con todo lo substancial y hermoso—el polen nectífero de mil jardines extraños y diferentes, sin saciarse jamás, mariposeo intelectual de un alma cuya receptividad quiere atesorar para sí cuanto puede enamorarla, sin poner fronteras al entendimiento, ni límites á la inventiva creadora, ni vallas á la tortuosa y accidentada ruta de las altas exploraciones del análisis científico y metódico. Porque le veo arrojar en el surco ático de sus concepciones artísticas semillas de plantas de todos los climas y de todos los vergeles; porque su espíritu, eminentemente racional y evolutivo, gusta abreviar su sed en la fuente de la inspiración científica; porque observo en él esa tendencia á modificarse incesantemente dejando á un lado, ó por lo menos mirándolo con indiferencia, todo lo accesorio por ir en busca de lo esencial; porque el proteísmo de su alma adora á la armonía y vive de sus múltiples manifestaciones, sufre cambios de forma constantes; por ello quiero no dejar pasar en silencio algunas palabras de su «diario íntimo» que trasuntan de un modo claro y atrayente esta constitución mental de que está dotado, y esa inquietud de constante reforma que se denuncia en todas sus obras, y especialmente en las últimas, con perceptible relieve y evidencia. «Mi naturaleza—dice—es esencialmente artista, hecha para vibrar en contacto con cuanto halla á su paso. Sin cesar va de un extremo á otro. Cuanto he escrito expresa ese vaivén del cual ha surgido un poco de sabiduría, basada en la experiencia de la vida... *C'est un cœur trop plein, c'est un cerveau dont la lumière est trop vive...* Yo he amado siempre á Dios... Estar á su servicio es ahora y será siempre la pasión de mi vida... El cristianismo es la llave de todos los arcanos. No, mil veces no; no me equivoqué al aceptar á Cristo. Ha inspirado á los más grandes hombres. Para Miguel Angel era la palabra de orden de su vida. Es el mayor factor de la sociedad moderna, porque mide la grandeza del hombre en proporción al número de los que sirve. ¡Qué hubiera sido

del arte y del mundo sin él!» Hermosa manifestación de la vida interior del alma de un creyente en Cristo, que no se avergüenza en confesar su fe, aun á despecho de la hueste numerosa de escépticos é incrédulos que, con toda arrogancia, dicen predicar una virtud más alta y humana que la del Evangelio, y aseguran poseer el secreto de la regeneración del mundo por medio de una moral nueva, más al alcance de las necesidades y exigencias del espíritu moderno y más afín con la «verdad científica»; más fiel é interpretativa de los sentimientos de la humanidad actual y sus elevados intereses de orden y conservación; más cerca del concepto de la libertad y de la conquista de todos los derechos del hombre. ¿No son estos enemigos del cristianismo los que, muy á menudo, hacen de la virtud elástica, acomodaticia y convencional de las circunstancias la más excelsa de las doctrinas, la que mejor concuerda con ese *pasarlo bien* que el buen sentido, según ellos, aconseja poner en práctica en la corta jornada de la vida?

He descubierto siempre en Nin Frías, en su ardiente deseo de *vivir para Cristo*, ese irresistible afecto que siente por toda concepción original y verdadera; toda preocupación intelectual y científica; toda armonía, aun de las tierras más remotas y de los tiempos más lejanos; toda realización genial artística; toda orientación del espíritu hacia lo bueno y lo bello; todo cuanto tienda á nivelar—aunque esto sea imposible—el hombre con Dios, lo finito con lo infinito, lo pequeño con lo grande, el *micros* de la visión interior con el *macros* de la percepción externa. De donde resulta que, todo cuanto lo lleve al progreso ideal que ambiciona, arráigase á ello como planta vivaz en tierra fecunda, y de ahí también que eso que yo he calificado de excesiva tolerancia con el catolicismo de Roma, sea en él, más que otra cosa, una considerable afinidad de su espíritu conciliador con el espíritu que flota en el arte suntuoso del paganismo gentilicio y transportado á las bóvedas, nichos, pinturas y frontispicios de las magníficas catedrales del papismo puestas al servicio de la idolatría. En este sentir, el artista se ha sobrepuesto al pensador, al filósofo, en una

devota contemplación estática con todas las cosas que sugieren lo bello, aun dentro del marco lujoso y rico de colores—aunque irreverente á la línea sencilla y severa de la escuadra evangélica—del icono proteiforme de la corte eclesiástica de los santos y mártires del calendario católico. Esto y no otra cosa es lo que le hace tolerable *ciertas cosas* del papismo, aunque felizmente, sin aceptarlas como norma de conducta, ni sacrificar á ellas ninguna de sus íntimas convicciones de cristiano netamente evangélico; como si su alma y corazón de artista no tuvieran valor para rechazarlas, por lo que de interesante y bello en alto grado poseen: no así el protestantismo, cuya rigidez y disciplina en las costumbres, y el puritanismo grave y sencillo de su culto—que es más interno que externo—, exento de toda exterioridad llamativa, de todo decorado ostensible, de toda vanidosa orfebrería, no pueden ser para el arte á que tan hermosos tributos de amor dedica motivos auspiciosos de inspiraciones tan fecundas.

Creo por esto que el cristianismo de Nin Frías, que aparece en sus últimos libros, ha avanzado mucho en el sentido de apartarse del histórico, del protestantismo, é ir á la interpretación social y psicológica. Hay en ello, como se ve, en su noble afán de no sustituir lo bello por lo útil, una emigración de sus facultades intelectivas á comarcas á menudo más paganas que cristianas, no obstante su fervorosa adoración que, puede decirse, caracteriza lo substancial de casi todos sus escritos, á Jesús, el divino Maestro de las parábolas. «¿Por qué no hemos de admirar—diría él—junto al *Cenáculo* de Leonardo de Vinci, el dorso desnudo de una *Venus de Milo*; el abrazo afectuoso de *Amor y Psiquis*; las caderas voluptuosas de la *Ariadna* de Dannecker; la sonrisa picaresca del *Cupido* de Canova? ¿Por qué no hemos de respirar en el prado risueño del Arte las dulces auras de la inocencia de los primeros tiempos? ¿No es acaso conciliable el culto de la forma con el culto cristiano? ¿Ha de sacrificarse, en el altar del Evangelio, el amor á las Gracias? ¿Por qué hemos de cubrir con vestidos de malicia aquello que la inocencia descubre con toda li-

bertad y recato?» A esta pregunta, Nin Frías contestaría de una manera única é invariable: «Amo al Arte; amo á Cristo.» Y de esta hermosa dualidad que creo inexplicable—pues es también la mía—, cuanto ama al artista, el cristiano lo espiritualiza, lo mueve con un hálito de amor á lo ideal y á lo eterno, y el pensador y el filósofo, si no pueden amarlo, lo atraen hacia sí y lo toleran para no disgustar á la jubilosa deidad de la Belleza, dualidad que, aunque pudiera parecer imposible, goza, empero, de incuestionable evidencia, á semejanza de ciertos cuerpos dimorfos cuya facultad más característica y preciosa es la de cristalizar, según las circunstancias, en dos sistemas de ejes distintos y en dos figuras geométricas diferentes.

Al expresar lo que antecede respecto al dimorfismo intelectual de este artista y pensador cristiano, no he olvidado que él está en ese escaso número de «elegidos» á que se refiere en el siguiente pensamiento, que resume su concepto literario, de lo que ha de ser el escritor: «El escritor—dice—ha de ser un elegido ó no será. Todos los grandes y soberanos dones son comprados con inmensos sacrificios. Entre las cosas que sólo se alcanzan con dolor, sufrimiento y por una purificación espiritual, está el hacer nuestra vida obra de sabiduría y suprema armonía. La vanidad debe desaparecer por entero; el exterior y los juicios del mundo no deben contarse para nada, mientras amemos apasionadamente nuestra alma y sus progresos.» Y es este elegido, uno de los pocos que se desvive por ser «un hermoso pensamiento de Dios en esta América despiritualizada»; el mismo que en cierta ocasión me escribía: «Estoy muy contento, pues si no aumento mi caudal, por lo menos veo á mi alma crecer»; lo que en él significa también el deseo ardiente de ver crecer el alma de su patria, el alma del continente, y si fuera posible, el alma del mundo.

Y bien; yo saludo en Nin Frías un austero apóstol del cristianismo en América; un vidente del glorioso futuro de armonía, de amor, bienestar y grandeza para la raza; un espíritu fuerte y heroico que posee la ciencia de luchar para vencer; un sacerdote de lo Bello, cuya

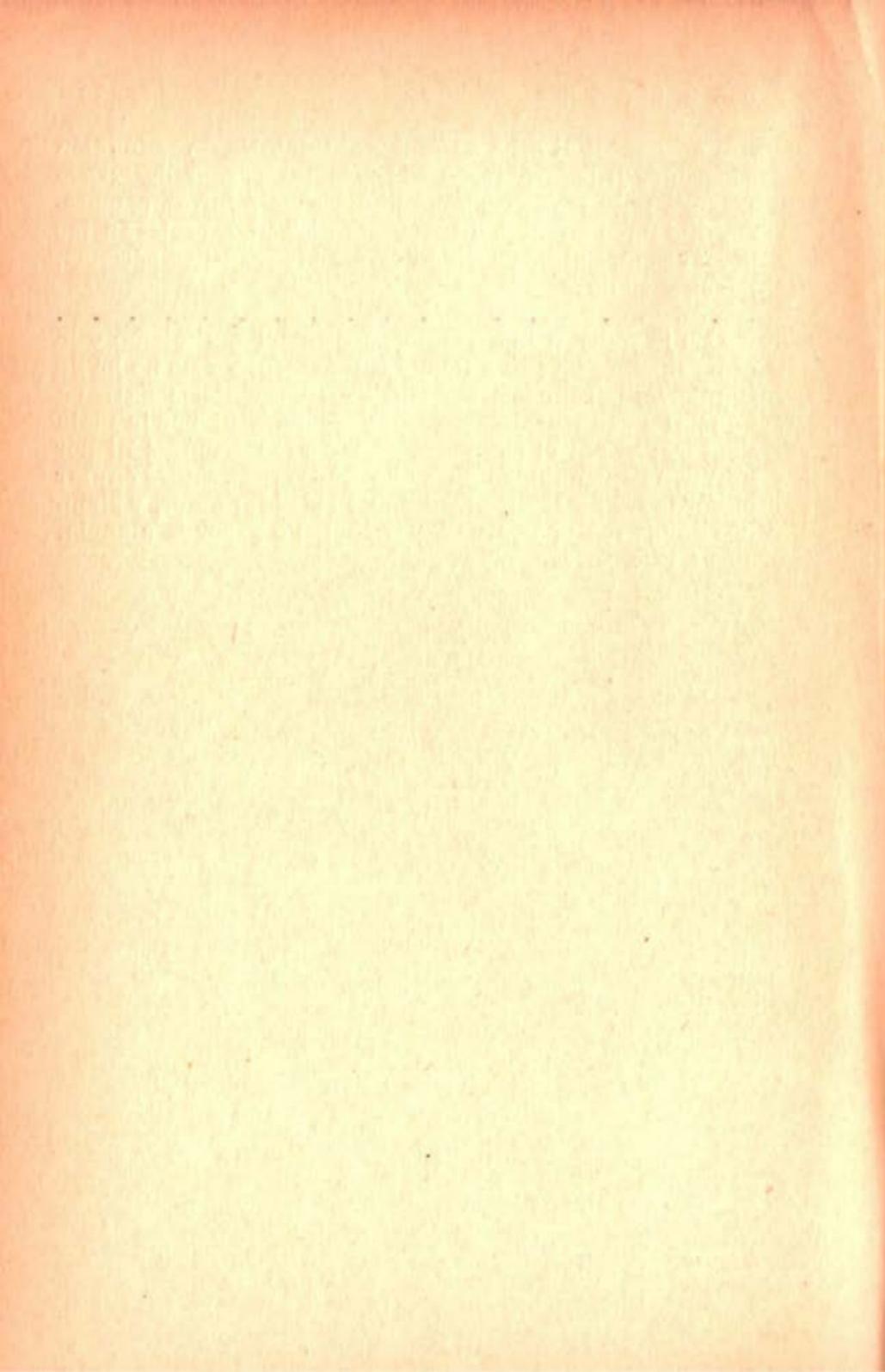
voz suave y persuasiva tendrá siempre para los cantadores del buen gusto clásico y para las mentes abiertas á los supremos goces estéticos algo de hermoso y sustraedor; yo saludo al cantor de los nobles triunfos del alma humana, de la virtud y de la ciencia, cuya palabra con sonoridades de música beatífica, mezcla de un modo algo extraño, pero armonioso, la unción profética del apóstol, la piedad evangélica y la imaginación pagana. Quien como él desea «el mejoramiento humano por lo bello para dilatar en el hombre el espíritu y el alma», bien merece que se le abra paso, que se le ame y se le bendiga.

¿Por qué habrá de ser de otro modo? Felizmente mi voz no es la única que le saluda afectuosamente y lo aplaude, la única que le bendice. Creo firmemente que estudiarle y comprenderle es llegar á amarle. Por ello no es de extrañarnos, que de él escriba Miguel de Unamuno: «Es uno de los escritores que más me conviene estudiar, porque me da pie como muy pocos para las reflexiones que más gusto»; y en otra ocasión dirigiéndose á él mismo: «Espero con ansiedad trabajos suyos, porque usted tiene para mí, en la literatura americana, el atractivo de *un merle blanc*; es usted un caso casi único por su sentido religioso y cierta orientación que ahí falta de ordinario.» El eminente histólogo español doctor Santiago Ramón y Cajal ha unido su voz á la del filósofo de Salamanca, para decirnos: «Este joven maneja muy bien el idioma. Posee una gran erudición literaria, rara entre nuestros escritores. En particular la literatura inglesa se ve que la conoce *á fondo*. El *Ensayo sobre la muerte* lo he leído con mucho interés.»

¿No habrá entre nosotros—pregunto yo ahora, con el vivo deseo de oír una respuesta favorable que no creo imposible—los americanos de cepa española, y muy especialmente, entre los uruguayos, muchos que expresen el mismo «interés» manifestado por Ramón y Cajal respecto á los escritos de Nin Frías? ¿Tendrá su palabra para muchos el atractivo de *un merle blanc*, como lo tiene para Unamuno? ¿Hablará en desierto la voz heroica del joven profeta? ¿Saludará la alondra de los divi-

nos ensueños, al alba anunciadora del día de redención esperado? ¿Llegará Jesús después del precursor? ¿Despertará para transformarse la dormida é informe materia que yace en el lodo del mundo? ¿Le brotarán las alas? ¿Emprenderá el vuelo hacia las regiones serenas, puras y azules?

· · · · ·
En la dulce é inagotable fuente del optimismo y la esperanza, él ha ido á llenar su cántaro, y éste no ha de romperse, porque está hecho de una materia extraña que no puede disociarse por la buena ni por la mala ventura; ni por el calor del gozo de los triunfos ni por el fuego consumidor de las horas adversas. Sabrá cantar el verdadero y triunfal salmo de la Vida: amor, y siempre amor: todo por Jesús, por lo bello y por la ciencia.
Laus Vitæ.



EL ÁRBOL

¿Qué es el árbol? de la tierra
lo más grato, lo más bello.
¡No bastan á ponderarlo
de la lira los acentos,
ni aun el ave lo dijera
en su más dulce gorjeo!

Del planeta sobre el dorso
el Creador lo alzó en secreto
antes de inculcar al barro,
hecho carne, el pensamiento.
Y lo alzó maravilloso,
infinito, de amor lleno,
para gloria de los hombres
y grandeza de los pueblos.

Aquí esparce dulce sombra,
vibra allá de frutos pleno,
y acullá cae bajo el hacha
para mil usos diversos.
A todas horas por grados
á las nubes va subiendo
con imperceptible arranque,
en el orden más perfecto,
desde el uno al otro polo
el planeta embelleciendo,
cerca el frío los más tristes,
los que mueren muy pequeños,
y á los pájaros no asilan
porque no pueden con ellos.

Más arriba los medianos,
amorosamente tiernos
á los hombres y á las aves
sus dulzuras ofreciendo.
Y en el asoleado punto
de amaneceres soberbios,
los altivos, con las frentes
sumergidas en el cielo,
derramando sombra á mares
en un ambiente de fuego.

Todos cantan al unísono,
en murmurio blando y quedo,
el mayor de los poemas,
¡el poema de lo eterno!...
¿Quiénes ¡ay! no los bendicen?
¿quién al útil árbol bello
en lo hondo de su alma
no le ha levantado un templo?
¡Oh, que tétrica la tierra
sin los árboles espléndidos!
¡qué Sahara sin oasis!
¡qué maldición de los cielos!
¡Al rodar por los espacios
diera horror al universo!
¡Como el bruto, se arrastrara
el humano por el cieno
sin osar en su martirio
levantar la frente al cielo!

De los pueblos, ¡ay! ¿qué fuera
sin la virtud de su leño?
¡Desconocidos estaran
los océanos inmensos
y las razas aun vivieran
en el más torpe aislamiento,
en la más crasa ignorancia,
lejos de todo progreso!
No tuviéramos historia...
y sería solo y fiero
cada continente un mundo
sumergido en el misterio.

¡En Egipto no se alzarán
colosales monumentos
ni esplendieran las sublimes
páginas de los hebreos!
¡No se irguiera cual ninguna
la grandeza de los griegos
ni se levantara en Roma
el mayor de los imperios!
¡Oh, qué grandes y gloriosos
serán siempre los tres leños
que encallaron en un virgen
y maravilloso suelo!
¡Y más grande aún... el pino
que colgara al Nazareno
sobre el Gólgota sublime,
la humanidad redimiendo!
¡Doblad, gentes, la rodilla
ante el árbol grato y bello,
y piadosos y arrobados
bendigamos al Eterno:
que lo alzó maravilloso,
infinito, de amor lleno,
para gloria de los hombres
y grandeza de los pueblos!

LEANDRO ARRARTE VICTORIA.

Los capítulos que van á leerse pertenecen á un libro de lectura que su autor, el inteligente y brillante escritor Alberto Nin Frías, prepara para la instrucción primaria.

Está destinado á inculcar en la niñez y juventud de América ese amor fecundo de la Naturaleza que poseen en tan alto grado los pueblos germanosajones. Campea en él un sano patriotismo, y un culto reverente por las ideas morales.

«¡Alto! leñador, reserva ese árbol — no toques una sola de sus ramas, — pues en la juventud, me dió refugio — y darle ahora protección deseo.» (Del inglés de G. Morris Versión castellana de Manuel Núñez Regueiro.)

De la misma manera que la lluvia no puede nutrir y hacer crecer á las plantas sino cuando ha penetrado profundamente en la tierra, y sólo llena su misión vivificadora volviendo á subir, por las raíces, al tronco y al ramaje, así la ciencia no podrá dar nunca duradera lozanía al árbol de la civilización sino cuando penetre en las profundidades de las masas humanas. Verdad es que este suelo es duro y compacto, y la penetración en él, lenta y difícil, no puede hacerse sin que mucho humor vital se desperdicie; pero como la lluvia sobre la tierra, la acción de la ciencia sobre la masa debe ser firme y perseverante.

GUGLIELMO FERRERO.

EL ÁRBOL

CAPÍTULO PRIMERO

Lo que es el árbol

El árbol: un habitante de la tierra.—Paseo por un prado.—Efecto del campo sobre el cuerpo y el alma.—Lo que es un árbol.—Su altura.—Los dos aparatos principales.—Sobre la raíz y el tallo.—Duración del árbol.—La corteza: su objeto.—Las hojas.—La respiración, la savia, las raíces.—Comparación entre el crecimiento de un árbol y el de un niño.—Exhortación final.

El árbol es, como el hombre, un habitante de la tierra, que nos parece tan grande, y es muy pequeña comparada con algunos otros mundos que giran alrededor del sol. Como todas las cosas del mundo, si las observamos de cerca, estudiándolas con noble curiosidad, encontraremos cuán maravillosos son los órganos que las animan.

Si el árbol tuviera un espíritu como el nuestro, nos podría contar algo de su vida íntima; mas vivimos en reinos distintos: nosotros en el humano, él en el vegetal. Estamos destinados á conocernos solamente por los rasgos visibles. Aunque conociéramos los árboles como Linneo ó Darwin, grandes

botánicos, siempre nos quedaría de ellos algo por conocer. Así, los hombres se ven, conversan, aman y son amados; pero los íntimos secretos, pensamientos y mentiras, nadie los conoce como ellos mismos.

Escojamos una mañana estival para penetrar en un jardín, ó mejor, en un prado, pues aquí los árboles viven más libres y soberanos; nos sentiremos invadidos por una sensación de jovial bienestar, respiraremos mejor, experimentando en los miembros una agilidad desconocida, breve; somos felices.

El niño, especialmente, se alegra; su organismo más delicado siente más la influencia de los rayos solares, las caricias del viento y las ondas de oxígeno que vienen de los árboles bellos. Como sucede á orillas del mar, el gas vital nos llega por oleadas incesantes, hallando en los pulmones una playa donde descansar y convertirse en calor y fuerza. Las maravillosas sensaciones que hemos descrito se experimentan en un recinto de árboles, pues ellos exhalan oxígeno é inhalan lo que nosotros rechazamos: ácido carbónico.

El árbol y nosotros nos ayudamos mutuamente.

La Naturaleza enseña que la justicia y la bondad han sido los principios sobre los cuales han sido establecidas las relaciones existentes entre los diversos objetos.

Nuestro amigo vegetal sale de la tierra y tiende á ocupar el espacio con sus hojas y ramas, mien-

tras el tronco se eleva en línea recta. Como él, nosotros vamos de la obscuridad á la luz, y vemos mayormente cuanto más elevados sean nuestros sentimientos y pensamientos.

Los árboles son llamados vegetales leñosos, y se dividen en árboles, arbustos, arbolillos y subarbolillos. Quizá debieran formar una familia aparte, que llamaríamos *arbórea*. Si recurrimos á una botánica, encontramos los grandes árboles reunidos en el mismo grupo con delicadas plantitas.

La altura de los árboles es extremadamente variable: existen algunos que sólo alcanzan tres ó cuatro veces la talla humana; otros, por el contrario, llegan á tener cien ó más metros de alto. El clima, la exposición á la luz, el modo de cultivarlos, puede variar el crecimiento.

Los árboles tropicales, como el helecho, el datilero, la palmera ó el cocotero, sólo llegan á muy insignificante desarrollo en un clima templado.

El espesor de la rama no es menos variable. En algunas especies, espigada y fina; en otras alcanza un diámetro de 12 metros. Existen, pues, entre la familia arbórea enanos y gigantes; el tímido y flexible rosal ó los arbolitos pigmeos que obtienen los japoneses á fuerza de pacientes cultivos, por un lado; el árbol mammut de California, por otro.

Estos últimos son indiscutiblemente los gigantes de su especie. Descubiertos en la Sierra Nevada (N. A.) por el naturalista Lobb, alcanzan la formidable altura de 130 metros.

Si con la hermosa intención de saber lo que es una pequeña planta, la arrancamos del suelo con cuidado, observaremos que está constituida por tres partes, fáciles de distinguir: las *raíces* con las que se sujeta á la tierra; el *tallo* que se levanta sobre el suelo y en el cual están apoyadas las *hojas*. En la época propicia hay además *flores* que luego se convierten en *frutos*.

Un árbol de los que vemos en las calles consta de las mismas partes, sólo que el tallo es más grueso y resistente, transformándose en *tronco*. Éste parece el soporte de todo el árbol y hace las veces de nuestra caja huesosa. Hacia la tierra, el vegetal se prolonga en una gruesa raíz que termina en los más en punta; en otros se extiende formando una malla. El tronco se ramifica y las ramas adquieren hojas. Entre estas últimas brotan las bellas flores que luego se transforman en los frutos.

El fruto forma un precioso órgano; en él se desarrollan las semillas, que sembrándose producen una nueva planta, como por ejemplo, las almendras en el melocotón; las pepitas en la manzana. Los diversos órganos y partes del árbol se unen formando dos importantes aparatos: el vegetativo, cuyo objeto es la conservación de la vida; el reproductor, mediante el cual se perpetúa en otro ser.

El primero, constituido por las raíces, tallo y hojas, sostiene á la planta, absorbe las substancias

nutritivas del aire y de la tierra, conservando año tras año el poder vital suficiente para que florezcan nuevas flores y fructifiquen nuevos frutos. El segundo está formado por la flor y sus derivados: la fruta y las semillas.

Vamos á estudiar la nutrición en el árbol: la operación es sencilla; sin embargo, ningún sabio en su laboratorio podría formar una planta y producir en ella los fenómenos que vamos á constatar.

Para afirmar nuestra idea sobre el vegetal, considerémosle como un eje dividido en dos partes muy diferentes: la parte descendente y subterránea constituye la raíz; la otra, ascendente y aérea forma el tallo.

La raíz es el órgano de nutrición por excelencia; su función capital consiste en la absorción, es decir, extraer de la tierra el agua y las demás sustancias químicas de que ha menester para alimentarse.

Este acto se efectúa por la superficie de las raíces y notablemente por las fibrillas en que terminan las raíces. Además son las vigorosas ligaduras que fijan el árbol á la tierra, como el ancla al buque. Estas partes descritas no pueden menos de recordarnos respectivamente al estómago, boca y pies de nuestro cuerpo.

Pasemos al tronco. Éste se compone de dos partes principales: la madera y la corteza; aquélla constituye el cuerpo interno; ésta el externo; se

asemeja á la envoltura de nuestros órganos, la piel; entre ambos existe una zona, formada de una substancia blanca, muy jugosa en las ramas jóvenes.

El centro del tronco está ocupado por una substancia esponjosa, medular, compuesta por células repletas de jugos que en ciertos árboles, como el saúco, se hallan muy desarrolladas. Esta materia nos trae á la memoria la parte gelatinosa de los huesos, que se durifican á medida que el individuo envejece. Así también la médula arbórea disminuye de volumen año por año. Con el andar del tiempo, estas células se disecan y aun pueden destruirse. Por este motivo vemos producirse cavidades en las ramas y troncos viejos.

El cuerpo leñoso ó madera está comprendido entre la médula y la corteza; aumenta con el tiempo y se compone de una serie de capas concéntricas cuyo número indica la edad del vegetal. Las capas están situadas unas encima de otras como las hojas de un libro; cada una de ellas se ha formado en un período de vegetación distinto y como á veces estos períodos suponen un año, ayudan á medir los años de vida por el número de las que muestra la madera.

× La duración de los árboles varía según las especies y condiciones en que viven. Algunos alcanzan una edad desconocida para el hombre.

Así, en tanto que el abedul, el sauce, el álamo ó los frutales no viven más de sesenta años, los

cedros, los robles, los ombúes pueden alcanzar á cientos de años.

Según Adanson, un boadad descubierto en África, tenía cinco ó seis mil años; el bo de Ceylán pertenece á esta categoría.

Gracias al descubrimiento de un árbol en Méjico, cuya edad no baja de seis mil doscientos años, las pirámides de Egipto, que eran considerados los monumentos más antiguos del mundo, han perdido su primer puesto en lo concerniente á longevidad. El árbol en cuestión es un ciprés que se halla en Chapultepec; mide cuarenta metros de circunferencia.

Si hacemos una incisión suficientemente profunda en la corteza de un árbol, saldrá un líquido lechoso, la savia; equivale á nuestra sangre; su circulación comprende dos movimientos en sentidos opuestos. En el primero, ella sube de las raíces á las partes más elevadas y se esparce por las hojas. La ascensión del fluido se efectúa al través de las capas leñosas del tallo; llegado á la corteza y á las hojas, se pone en contacto con el aire atmosférico que lo enriquece de nuevos minerales; así se conserva la vitalidad.

Este fenómeno tiene mucha semejanza con el que ocurre en nuestro organismo.

Las raíces son porosas y muy permeables; se hallan sumidas en la tierra húmeda en las mismas condiciones que un terrón de azúcar en nuestro té. El agua penetra en ellas produciendo una fuerte

presión y encontrando tubos angostos, sube. Si observamos en primavera la extremidad de una rama de vidia, la presión ejercida de abajo á arriba por la absorción de las raíces, continúa incesantemente, y como nada impide la salida del líquido en la extremidad de la rama, se desparrama afuera; esto se ha llamado en Francia las lágrimas de la vida.

La savia circula en algunos vegetales con una fuerza cinco ó seis veces mayor á la que anima á la sangre en las arterias de los grandes animales.

Á medida que atraviesa los tejidos, el fluido nutritivo disuelve ciertas cantidades de materias solubles y las transporta á los botones para nutrir las hojas y originar los gránulos de clorófila; éstos gozan de la propiedad de descomponer el ácido carbónico. Así, enriquecida la savia á expensas del aire y del agua, bajo la influencia de la luz, vuelve á las raíces por difusión.

¿Cómo se nutre el señor de las campiñas?

«Miriadas de raicecillas buscan en la tierra que las rodea los elementos necesarios para constituir la madera, la hoja, la flor y la semilla. Á menudo encuentran su nutrición en otras organizaciones compuestas y químicas.

»Mas con un poder extraordinario de selección química separan, como lo haría un sabio en su laboratorio, lo que necesitan para su majestuoso crecimiento. Pero ¿cómo conduce el arbolito todas estas sustancias alimenticias, de la raicecilla á la venita de las hojas, á una distancia de cientos de metros?

El gran árbol tiene más canales para comunicarse sus diversas partes, que Venecia ó Stokolmo. Estos canales están constituidos por una sucesión de células que hacen las veces de diques, destinados á hacer ascender la carga. Los botecitos que conducen los alimentos, andan día y noche; no les molesta ni la obscuridad de los conductos ni los miles de muelles por que atraviesan. Ninguna carga que vaya dirigida á una hoja es descargada en una rama ó fibra. Si la labor subterránea del árbol es sorprendente, la que efectúa en la atmósfera no lo es menos.

»El árbol forma su parte sólida del aire tenue y movible. Los árboles son, en último término, aire condensado. Mediante la mágica química del sol y de la vida vegetal, el árbol respira por sus millones de hojas y extrae el carbono que debe servirle de base para la fabricación de la madera. Si nuestros organismos tuvieran una facultad semejante de extraer combustibles del aire, no tendríamos necesidad de extraer carbón.

»Para efectuar todos estos trabajos, el árbol tiene que vencer muchos obstáculos. Entre ellos está la fuerza de cohesión; por ella las partes constitutivas de los objetos se tienen sujetas unas á otras; por ejemplo, las partículas de la piedra, del hierro ú otra substancia cualesquiera. ¿Acaso no sería posible vencer esa fuerza con un gran martillo?

»Pero la fuerza vital en el árbol y aun en el

pasto, tiene que vencer á la cohesión y extraer de la roca lo que ha menester. Tambien tiene que sobreponerse á la afinidad entre el aire y el agua y de otras muchas substancias. La gravitación es otra de las fuerzas de que triunfa; á pesar suyo, el árbol se levanta y se sostiene con sus miles de toneladas de peso. Es venciendo á esta última fuerza, como lo atrae al centro de la tierra, como el árbol crece más y más.

»Esto nos señala la magnífica lección: «Toda fuerza es débil si se la compara con el poder vital.» No hay sitio del árbol en el que no haya una docena de fuerzas en juego, todas ellas plásticas y prontas á dejarse dominar por otra fuerza superior.

»Así el árbol está en pie, no como un mero obstáculo del que nos podemos deshacer por el fuego, sino como representante de la vida durante miles de años. El viento alado, impulsando las hojas y ramas, produce extraños ruidos. El aroma que despiden sus tejidos, perfuma el ambiente y la vida animal se mantiene de la quinta esencia vital, contenida en sus semillas» (1).

¡Maravillosa es la manifestación de la vida en la hierba microscópica que aplastamos al pisar los céspedes hasta en los árboles gigantes, en los habitantes invisibles que pueblan una gota de agua

(1) Trozo adoptado por el autor de EL ÁRBOL para los niños, de un libro norteamericano: *Among the forces*, por H. W. Warren.

hasta en el hombre que es casi un Dios. Vemos reinar orden admirable en todos los seres, observamos que las fuerzas ceden unas á otras la dirección de las cosas; así también nosotros cuando niños debemos dejarnos dominar por nuestros mayores.

La disciplina del hogar, como la de la escuela, son otras tantas fuerzas superiores á nuestros instintos. Por más tenaz que sea nuestro deseo, cedamos ante el consejo sabio de un padre, la indicación afectuosa de una madre ó el mandato de nuestro preceptor.

Imitemos á la Naturaleza, sabia y previsora.

*
* *

Después de leer estos datos interesantes acerca de la estructura de los árboles, sólo podremos considerarlos como seres necesitados de los más delicados cuidados.

La Naturaleza es la madre de todos ellos, el hombre es su nodriza. Como el niño pequeñito, la semilla necesita reposo, sueño, mucho sueño dentro de la tierra que la madura á fuerza de su calor y las substancias que asimila con el mismo afán que los pequeños la leche blanca y nutritiva.

Después de algún tiempo aparece el pequeño tallo parecido al bebé que comienza á sonreír, á caminar en andador, á moverse desafortadamente.

El arbolillo, aunque de débil constitución, se da cuenta de que ve la luz, de que respira el oxígeno

durante la noche y el ácido carbónico en el día; ve la atmósfera iluminarse por el alegre sol; la contempla obscurecerse hasta semejar puntitos luminosos, las estrellas y los planetas, cual él, pequeños.

El diminuto tallo crece, se ensancha, hasta que alcanzando su estatura mediana, constituye su parte superior: las ramas y la copa, vale decir los brazos y el cerebro. Han pasado años, el arbolito ha festejado muchos cumpleaños; su infancia es ya un remoto y confuso recuerdo. Sigue su vida sonriendo en el verano al sol que ama, como nosotros á nuestro mejor bienhechor. Para alegrarse cambia el traje de su tronco, su piel, y brotan las hojas, que de un pálido amarillo se vuelven cada vez más verdes. Se calcula que un roble de 18 metros de altura, cuando está con todas sus hojas, tiene unos seis millones de hojas.

Sensible como nosotros y más aún al clima, varía de aspecto según las estaciones. En la primavera comienza á alegrarse; se entrega alegre, contento á su convalecencia, es decir, su lenta mejoría hasta alcanzar la salud completa, la perfección en el estío. Entónces aparece frondosa, como nosotros, cuando robustos y sanos cumpliendo con nuestra obligación, nos sentimos satisfechos de nosotros mismos.

El arbolito, como el niño, ha luchado para vivir contra sinnúmero de plagas.

Ahora, sabiendo lo que es un árbol, ¿podremos, con corazones tan generosos como los de un niño ó un joven, serles indiferentes? Siendo su vida tan interesante para el estudianté; tan provechosa para el campesino; tan útil para embellecer á la tierra en que vivimos, ignorando las bellezas nativas, los tesoros ocultos bajo nuestra pisada, la riqueza que brota del suelo en forma de cereales sin rival; la fortuna que se pasea con los ganados y la vida tan feliz que puede llevar en América un pueblo? No. Al pasar cerca de uno de esos vegetales amigos, veremos en sus rasgos familiares la imagen de un Dios bienhechor, que para repartir sus beneficios, se ha multiplicado en todas las cosas útiles y bellas del mundo. Ante el árbol, sentiremos el respeto que por un templo ó local donde los hombres se reunen para recordar los graves deberes que importa la vida.

Amemos al que nos da sombra en el rigor del estío; asilo cuando lluvia y viento azotan crueles; frutas agradables al devorarnos la sed; madera para fabricar objetos domésticos; combustible para el hogar y vigas para soportar la techumbre que protege contra la inclemencia de la atmósfera.

Cuando se ama mucho, uno reverencia sin temor, como el niño á sus padres, y reciprocamente.

CAPÍTULO II

La distribución de los árboles en la tierra

El reino vegetal consta de 400.000 especies.—Las plantas útiles.—Los árboles maderables.—Los jugos arbóreos.—Las zonas de vegetación.—La distribución de los árboles: 1.º, en el continente europeo; 2.º, en América; 3.º, en Australia; 4.º, en África; 5.º, en Asia.

Los vegetales, reino al que pertenecen los árboles, consta de 400.000 especies distintas. De ellos sólo nos interesan los arbustos, los árboles frutales y los demás que adornan la campiña, salubrificando suelo y clima. Entre ellos están la vid, para la fabricación del vino, que prospera en Europa, Asia, Australia y América; las palmas de las regiones intertropicales; la palma que da los dátiles en racimos; el cocotero; el sagú, cuya médula da una excelente fécula propia para hacer pan; el banano, que llega á dimensiones gigantescas y es peculio de América y Asia; el cafetero, cuya semilla es el delicado café; el cacao, almendra del arbusto de ese nombre, que entra en la composición del rico chocolate; el té, hojas secas de un arbusto de poca altura; la canela, corteza del canelo, especie de

laurel; el clavo, yema de un arbusto de las Molucas y de las Guyanas; la quina, corteza de muchos árboles de los Andes. Entre éstos se encuentra el mate ó té del Paraguay, producto de un gran árbol de ramas espesas.

Todo es utilizable en esta planta provechosa, desde las más gruesas ramas hasta los más débiles brotes; y aun en el primer año de explotación, todo se recoge talando el árbol hasta el suelo, lo que lo condena en el sucesivo á no tener más espesor que un retoño; de ahí que se le considere un arbusto. Este producto, tan genuinamente americano como lo es el té en la China, se explota principalmente en el Brasil (provincias de Santa Catalina y Río Grande), y constituye una de sus grandes riquezas.

También es objeto de activo comercio en el centro del Paraguay y en el Nordeste de la República Argentina. Crece particularmente en los valles pantanosos y húmedos, constituyendo bosques llamados hierbales.

Un célebre profesor italiano que ha estudiado sus propiedades bajo todas las fases, encuentra que actúa sobre el sistema nervioso y el cerebro, siendo en este caso, como la nuez de cola, un reparador nervioso de primer orden.

El único defecto de la preciosa bebida nacional, es el modo poco higiénico de tomarla y el tiempo que en ello pierden nuestros paisanos.

Todos estos árboles producen sustancias ali-

menticias y medicinales. Otros, como el roble, haya, pino, abeto, boadad, laurel, teck y otros, sirven como maderas de construcción. Otros, aun nos procuran jugos utilísimos como el caucho; la guttapercha, la goma y el barniz copal; la goma arábica y el incienso, especie de resina.

Luego vienen los árboles frutales, que nos brindan el más sano de los alimentos.

Los geógrafos han trazado sobre el globo zonas de vegetación, vale decir fajas de tierra comprendidas entre diversas latitudes, en las cuales crecen determinadas plantas arborescentes.

Empezando por la zona polar, encontramos las plantas alpinas, los sauces, helechos, los pinos en la subártica; los árboles de hojas caducas, robles, acacias en la templada fría; la región de los árboles de hoja perenne; las viñas en la templada cálida; el mirto, el laurel, el naranjo, el castaño en el subtropical; las palmeras, helechos y bananos en la ecuatorial.

Cada país se subdivide á su vez en zonas; así de lo general se va á lo particular. El árbol es uno de los seres más extendidos en la tierra. Se le encuentra en la Escandinavia fría y selvática como en el inmenso Canadá, agrupados en bosques gigantes; más al Sur, el árbol se hace menos altivo y bello, en otras comarcas vuélvese exuberante de verdor y follaje, como en las selvas vírgenes del Brasil y del África Central. En el Ecuador lo vemos convertido en objeto alimenticio é indus-

trial, como sucede con el cafetero, el cacao, canela, hierba mate y tabaco.

Viajando más y más al Sur vuélvese más raquí-tico, como acontece en el Uruguay, país donde debido á la poca profundidad de la tierra vegetal, no florecen tan hermosos ni son tan frecuentes como en el más bello de los continentes, Europa. Allí abundan al Norte los abedules, pinos y abetos; las encinas y hayas, al centro; el castaño, nogales, olivos y naranjas, al Sur.

Europa ha sido un continuo bosque. Ningún paraje merece el apelativo de boscoso como la Selva Negra, al Sudoeste de la alta Alemania Central. Toma su poético nombre esta comarca, de los espesos y lúgubres bosques que cubren las faldas de la montaña.

Narra un inteligente viajero que las más elevadas cimas están húmedas y durante ocho meses del año cubiertas de nieve. Mas en verano ofrecen el más bello aspecto. Cuando se ha trepado trabajosamente á las mesetas superiores, se asombra uno al encontrarse con verdes praderas y campos cultivados, en medio de los cuales se levantan casitas en forma de chalets, de madera, y donde pacen en libertad los rebaños de cabras y vacas con sonoras campanillas.

Los habitantes bajan pocas veces al valle, y su industria consiste en fabricar relojes de madera, llamados por el vulgo de *cucú*.

¿No es verdad que al leer esta descripción nos

parece ver esas oleografías suizas que tanto abundan en los bazares?

«Pero la gran riqueza del país, y en particular del valle de Mirg, está en las vastas selvas de encinas, pinos y abetos que cubren la falda de las montañas con su negra verdura y encierran el valle del Rhin por la derecha, frente á los valles llenos de árboles de los Vosgos.»

¡Qué hermoso país ha de ser este! Hacen mal en llamarle selva oscura; mejor le convendría bosque de luz, á cuyo amparo viven centenares de familias, felices y libres.

«En el valle de Mirg hay una sociedad, fundada hace siglos, que explota estos bosques, de que es propietaria. Posee numerosos talleres de aserrar á orillas de los cursos de agua; dispone de leñadores y taladores, y no pudiendo transportar las maderas dejándolas rodar por aquellas pendientes cortadas á pico y llenas de precipicios, se utiliza el sistema de embalsarlas en los torrentes, donde hay preparados depósitos de agua, que se mantienen del deshielo y las grandes lluvias, establecidos en la parte superior de los torrentes. Cuando hay que bajar los leños y troncos, se abren las compuertas y la masa de agua se precipita y los arrastra.»

Esta bajada rápida de los nobles gigantes, que pierden su vida, y con ella la libertad incomparable, debe ser imponente y atrae multitud de curiosos.

En la admirable Suiza, país tan pequeño como

grande es el ingenio é inteligencia de sus habitantes, los bosques son abundantes.

Los bosques ocupan una sexta parte de la superficie de Francia, mas no bastan al consumo, debiendo importarse maderas extranjeras por valor de 200.000.000 de francos, cifra más elevada que la del Uruguay. En su mayor parte, la madera es exportada de Suecia y Noruega.

En Rusia y Suecia ocupan las selvas la tercera parte del territorio; en Austria, Hungría y Noruega, cubren el cuarto de la superficie total.

En España la vegetación europea crece al lado de la de los trópicos. Palmas, dátiles, de cuya especie hay un bosque de 50.000 árboles cerca de Murcia, moreras, cañas de azúcar, arroz, café, algodónero, prosperan en la madre patria. También existen inmensas plantaciones de encinas. Valencia es una gran huerta y Andalucía un rico vergel. Los árabes, hábiles agricultores, hicieron conocer á los europeos los jardines. Los que rodeaban el Alcázar de Sevilla eran famosos. Alrededor de la feérica Alhambra plantaron bosques de naranjos, cipreses, cerezos y acacias, por entre los cuales el agua de los canales y de las fuentes se deslizaba fresca y tranquila. Á cada lado de uno de sus más importantes canales se elevaban cipreses melancólicos y naranjos; uno de aquéllos, enormemente grande, se llamaba el *Ciprés de la Sultana*. Cada casa, en las ciudades moriscas, tenía su ancho patio con una fuente siempre mur-

murante, escondida á menudo entre naranjos y enredaderas.

El continente americano, tan vasto, es, en su mayor extensión, una llanura; sin embargo, la vegetación arbórea ocupa en él un sitio sin rival. Tenemos la llanura del Amazonas, la más bella y fértil del mundo, caracterizada poderosamente por sus enormes selvas ó bosques pantanosos. Hay en el rico Brasil un árbol, especie de palmera, que los indígenas llaman de la vida, pues de él sacan material para embarcaciones, cuerda, tejidos, frutos dulces y nutritivos, en tanto que las hojas se utilizan para cubrir en vez de tejas las habitaciones, hechas con ramas de la misma planta; además, este maravilloso vegetal produce una especie de cera, con la que se hacen velas para alumbrarse.

Este árbol es una verdadera enciclopedia viviente, una tienda de las más surtidas. Crecen también allí el árbol del papel, del pan, el de la seda, el de la leche, cuyas hojas, fibras, fruto y jugo, tienen las propiedades del líquido nutritivo por excelencia; el cafeto, cuya cosecha anual origina un comercio extraordinario; el oropé, planta luminosa que emite rayos suficientes para leer un diario de noche.

Al Sur y al Este presenta el Brasil vastas regiones arboladas y montuosas, cortadas por valles fértiles. Sus selvas vírgenes cubren un territorio diez veces más extenso que el de Francia, es decir, treinta veces nuestra República. El suelo produce

todos los géneros de vegetales, las mejores maderas de construcción, de tintorería, en especial el brasilote; todos los árboles frutales de los trópicos, limoneros, naranjos, guayaberos, cocoteros, higueras, mangala, del cual se extrae una especie de vino, el del caucho, del cebo, de la quina, de la ipecacuana y otros.

Los Andes también presentan numerosas selvas vírgenes; Chile, por la extrema longitud de su extensión, ofrece la más variada vegetación arborescente. En la zona central vemos florecer toda la arboricultura exótica de Europa, en los llanos y orillas del mar los árboles de la región tropical; más al Sur, especialmente entre los grados 39 y 42, ocupan todo el ancho de Chile espesos bosques. Desde que se pasa el grado 32 no se hallan ya sino algunos árboles aislados, y en fin, más allá la vegetación se halla confinada en la vertiente Oeste de la cordillera marítima y en las partes más elevadas de la cordillera.

En las provincias de Valdivia y Llanquihue es donde los bosques llegan á su mayor esplendor (1).

Al hablar de la longevidad de los árboles hemos hecho mención de los abetos gigantescos de California.

Los áloes y cactus son famosos en Méjico, como también los árboles de quina, coco y las maderas de tintura.

(1) Pissis G., física de Chile.

El Canadá, casi tan vasto y tan estéril como Siberia, y como ella al Norte de un gran continente, contiene grandes bosques. Poblados por los dos pueblos que mejor expresan los ideales de la humanidad, el inglés y el francés, los colonos primitivos tuvieron dificultad de establecerse por el continuo desmonte que había de practicarse.

Las regiones occidentales y las mesetas occidentales del Sur y Sureste están cubiertas de vastos bosques.

Ellos alimentan los astilleros de Quebec y las serrerías de madera, que son muy numerosas; también le sirven para exportar maderas, troncos y tablas. «Detrás de Santana—dice un viajero intrépido, Alcides D'Orbigny—se extiende una de esas tupidas selvas, bosques primitivos que no tienen su igual en Europa. Ofrece un aspecto, en verdad, sublime y grandioso. La profundidad de estos bosques sombríos es impenetrable á la vista; son, hablando literalmente, inmensas cavernas de verdura.»

Una obscuridad color verdoso limita la isla á poca distancia, exceptuando los sitios en que los rayos quebrados del sol dejan percibir la cinta sinuosa de un arroyuelo ó el descubrimiento encantador de un prado.]

Los árboles del más nuevo de los continentes—Australia—tienen un carácter particular: pertenecen generalmente á los coníferos, de agudas hojas, y crecen en impenetrables matorrales. Entre

ellos están el eucaliptus, araucarios, higueras y hayas arborescentes.

El continente africano se distingue por la vegetación lujuriosa en la región subecuatorial que recuerda al valle del Amazonas. Entre los árboles pueden citarse: el gigantesco boabad, la higuera india, el bananero, las palmeras datileras, el cocotero y los inmensos bosques vírgenes del Congo, donde viven los hombres más pequeños del mundo.

El café, el algodón, el sen, la caña de azúcar y otras plantas son cultivadas en el Norte, y en el Sur los frutos de Europa.

Asia, en cuyas antiplanicies se constituyeron las primeras sociedades, no presenta en su vasto conjunto riquezas forestales de importancia. De allí proceden nuestros árboles frutales y las plantas alimenticias. Habiendo sido Asia el primer hogar humano, se pobló rápidamente, circunstancia que ocasionó el desmonte. También la estructura física del Asia no es apta para el desarrollo de bosques, pues el inmenso continente, ora se eleva á altitudes en que no es posible la vegetación, como en las majestuosas Himalayas, ya se extiende en estériles llanuras, azotadas por el helado viento hipérboreo.

Los árboles se extendieron en los continentes más tranquilos para crecer en belleza y tamaño, pero el linaje humano, multiplicándose sin cesar, necesitó nuevos campos de trabajo y ha ido invadiendo el imperio arbóreo.

Los simpáticos vegetales han disminuído al punto de limitarse á contados sitios del globo. Los más, viven en pequeños grupos, cuando no solitarios; sólo se desarrollan libres donde la humanidad no los necesita para su indussria.

El árbol está en vías de hacerse doméstico como ciertas especies animales, cuyos caracteres salvajes han desaparecido; en ese nuevo estado, á la par de nuestros cariñosos perros, sólo pueden exigir de nosotros más amor y cuidado, porque en cierto modo se han identificado con el hombre y su vida.

CAPITULO III

Paseos por bosques

Lo bello del pasado.—Una ascensión en Saboya.—Las bellezas del bosque.—Suiza: una nación modelo en todo sentido.—Una excursión por una selva virgen del departamento de Tacuarembó.—Un paseo por el bosque con el geógrafo Eliseo Reclús.—Descripción de una montaña y sus árboles.—La Naturaleza tranquila y risueña.—Reflexión moral.

¡Cómo en semejante sitio se olvidan presto las cosas del mundo!
¡Cómo el alma vuelve fácilmente á su patria primitiva, á la asamblea silenciosa de las grandes formas, al pueblo apacible de los seres que no piensan.

TAINÉ.

Enfrente estaba el bosque con sus troncos renegridos, inmóvil, quieto, sin que una ráfaga leve le estremeciese, indiferente al paso del peregrino, al deslizamiento de los años.

Mirad el bosque. Miradle. ¡Pobres de nosotros que nos estremecemos, que temblamos al paso de los años! Mirad el bosque: sólo se estremece al paso de los siglos.

FRANCISCO ACEBAL.

Cuando miro hacia el pasado, nada recuerdo de tan grato como los paseos. De éstos, han sido para mí los más hermosos aquellos que efectué en los bosques, caminando por debajo de las bóvedas de

follaje, frente á los panoramas que más deleitan la visión del hombre.

Los paseos campestres desarrollan y conservan muchas bellezas en nuestra alma y en nuestro cuerpo.

En materia de placeres puros, nada iguala á las caminatas por las mañanitas, grandemente bellas.

El caminar es sencillamente hermoso; se consigue sin esfuerzo, se anda lejos sin sentir, se observa alrededor de sí el paisaje que varía sin cesar y se respira naturalmente. ¡Oh, qué bellos son los paseos á pie!

Cuando, como vosotros, me sentaba en los bancos del colegio, que acaso entonces no amaba como hoy que puedo reflexionar, recuerdo la subida de un monte en Saboya (Francia).

Á las ocho de la noche comenzamos á escalar la montaña, cubierta de un espeso bosque de soberbios pinos y abetos. Se caminaba por entre árboles iluminados espléndidamente por la luna. Á medida que subíamos, se descubría al través de los tallos erguidos y las ramas un valle fértil, salpicado de pequeñas aldeas, donde vivían felices familias sanas. Llegamos á la meta á la una y cuarto; la luna se había puesto. Pasamos la noche en un chaletito alpino. Al día siguiente pudimos contemplar el más divino de los panoramas: valles y un mar de picos, verdes algunos, otros cubiertos de nieve, envueltos la base de los más en vegetación

arborescente. El árbol ama á la montaña, cuyo flanco embellece; sobre ella encuentra un asilo solitario, pero seguro. Los bosques situados así protegen á los pueblecitos de los valles de las avalanchas de nieve.

Hacia la tarde bajamos por nuevos senderos, flanqueando un lado interminable del monte con prados tranquilos, limitados por arboledas. Á nuestro paso hallamos cascadas pequeñas, origen de algunos arroyos. En la aldea, nuestro punto de partida, nos aguardaba un succulento almuerzo. Llevábamos en el alma un recuerdo tan bello de la excursión, que el tiempo sólo puede intensificarlo.

¡Oh suprema belleza del bosque! Todo en él encanta á los sentidos y habla al alma de una dicha sin fin.

¡Oh, las selvas bellas! Al penetrarlas, el sol se hace más cariñoso, los ruidos nos llegan más suaves y nuestro corazón late al unísono con el gran corazón de la Naturaleza.

Ciertos entonces nos suenan los versos de un delicado poeta:

Ven conmigo á vagar bajo las selvas,
donde las hadas templan mi laúd.

En Suiza, son legión los sitios pintorescos. La pequeña república es un modelo en todo sentido: no posee minas de fierro ni carbón, ni puertos de mar, y sin embargo su comercio exterior alcanza á

650 francos por habitante. Todos los inconvenientes que resultan de su pequeñez territorial y naturaleza montuosa han sido salvados con ingenio. Después de su trabajo, el suizo se recrea contemplando los más hermosos espectáculos de la Naturaleza y es ella tan maravillosa, que doscientos mil viajeros visitan á Suiza anualmente. He ahí cómo la belleza natural de un país puede ser causa de prosperidad para sus habitantes.

Muchos son los bosques que he atravesado en la patria de Guillermo Tell, patriota que antes de doblegarse á la tiranía soez, prefirió pasar por la terrible prueba de apuntar con su flecha á una manzana colocada sobre la cabeza de su hijo. Salió vencedor, y su noble ejemplo estremece hasta hoy el alma suiza. En los alrededores de Berna, capital de la confederación Helvética, hay bosques preciosísimos.

Uno de los recuerdos más frescos que llevo de esta clase de excursiones es de los montes vírgenes de Tacuarembó. Aun conservo la sorpresa que me causaron. Paseé por un monte muy bello que costea el río Tacuarembó Grande, en carreta de bueyes. Sentí un grandísimo placer. El pesado vehículo andaba lentamente por entre los espesos pajonales, que cedían ante su peso para luego reaparecer tan tiesos como antes las ramas secas y los viejos troncos que crujían de continuo. Íbamos por entre un ejército desorganizado de laureles robustos, blancillos y coquetos espinillos. Durante esta involvi-

dable excursión pensé á menudo en los exploradores de África; ellos debieron tener que atravesar bosques parecidos de una extensión infinitamente más considerable. También recordé á la dinastía indolente de los merovingios, que fueron reyes de Francia y paseaban su regia persona por entre los magníficos bosques que constituían sus dominios.

De trecho en trecho había un prado, en la selva, semejante á un islote, en medio de un mar de árboles. Hallamos dos lagunas. Ofrecían un aspecto preciosísimo; se encontraban sumidas en lo más profundo del bosque. Las riberas estaban cubiertas de tupida arboleda, impenetrables en muchos puntos. Un cinturón de plantas acuáticas formaba una especie de marco al lago, que reflejaba como un espejo el paisaje de las riberas y el cielo.

Supongamos por un momento que poseemos la dicha rara de tener por guía y maestro á un geógrafo venerable, Eliseo Reclús, y que asiéndonos de la mano cariñosamente, nos lleva consigo á pasear por una selva.

«En la primavera, cuando todo renace, da gusto ver el verdor de hierbas y follaje aminorar la llanura de las nieves... Pronto toman parte los árboles en la fiesta. Abajo, en las primeras pendientes, los árboles frutales, después de haberse librado de la nieve del invierno, se cubren con la nieve de las flores. Más arriba castaños, hayas y diversos arbustos, se cubren de hojas de verde claro; de un día para otro, parece que la montaña se ha reves-

tido con un tejido maravilloso de terciopelo y seda. Poco á poco sube hacia las cimas el nuevo verdor de bosques y de malezas, escala por cañadas y barrancas para conquistar las quebraduras superiores junto al ventisquero...

»En las pendientes de la montaña, los bosques alternan con las manchas de césped, pero nunca al azar. La presencia de árboles indica siempre en la vertiente que los produce tierra vegetal de bastante espesor y abundante agua de riego: de modo que, gracias á la distribución de bosques y praderas, pueden leerse de lejos algunos secretos de la montaña, siempre que el hombre no haya intervenido brutalmente derribando los árboles y modificando el aspecto del monte. Regiones enteras hay en que el hombre, ávido de riquezas, ha talado todos los árboles: no ha quedado ni un tronco, porque las nieves, á las cuales no detiene ya la barrera viva, resbalan libremente en la temporada de los aludes. Descarnan el suelo, lo raspan hasta la roca, llevándose consigo todos los residuos de las raíces...» «La belleza de los bosques que aun queda en las pendientes de la montaña hace echemos de menos, con mayor pena, los que nos han robado violentos especuladores. Abajo, junto á la llanura, han sido respetados los bosques de castaños, gracias á las hojas recogidas por los aldeanos para la cuadra, y á los frutos que éstos mismos comen en las noches de invierno. Pocas selvas, ni aun en las regiones tropicales, donde alternan los grupos de

más diferentes especies, presentan más pintoresca variedad que los bosques de castaños... De modo que el bosque ofrece diversidad grandísima. Al lado de árboles bien crecidos, de aspecto soberbio y porte majestuoso, hay grupos cuyas extrañas formas evocan en la imaginación, los monstruos del sueño ó de la fábula. Las más semejantes unas á otras son las hayas, que también gustan asociarse y formar bosques como los castaños. Casi todas son rectas como columnas y la extensión abierta entre los fustes, permite á la vista alcanzar largas distancias. Las hayas son lisas, de brillante corteza cubierta por el liquen, y de verde musgo en la base; mazorquillas de hojas adornan la parte baja del tronco, pero los ramajes se extienden á quince metros de altura y se unen de árbol en árbol en continua bóveda, perforada por rayas paralelas que forman dibujos en la hierba. El aspecto de la selva es severo y hospitalario á la vez.»

La claridad «hace ver bien cuanto vive al pie de los grandes árboles; los insectos que se arrastran, las florecillas que se balancean, los hongos y musgos que alfombran tierra y raíces, y sobre los mismos árboles, líquenes blancos y dorados que se mezclan y confunden con los rayos de luz. Según las estaciones, cambia incesantemente de apariencia el bosque de hayas. En otoño el follaje adquiere diversos tonos, dominando los matices oscuros y rojizos; marchitase después y cae á tierra y la cubre con espesa capa de hojarasca que zumba al menor

soplo del aire. Penetra libremente la luz solar en el bosque por entre las desnudas ramas, pero penetran también nieves y brumas. Permanece triste y sombrío el bosque hasta la primavera, cuando las primeras flores se abren junto á los charcos de nieve derretida, cuando las sonrosadas yemas irradian sobre todo el ramaje como una vaga luz auro-ral...» (1).

Un gran escritor de Francia, que nació en la comarca más boscosa de ese país, se ha deleitado singularmente en describir la naturaleza arborescente. En un libro suyo tiene páginas palpitantes sobre la impresión que le produce la selva; leedlo, recordando escenas é imágenes de montes: «Ayer, á la caída de la noche, al pie de la montaña, la campaña estaba sumida por entero en una lechosa blancura, tan serena y blanda era ella, que uno se hallaba allí tan cómodo como en casa de un amigo. Ni siquiera había un soplo de viento; de tiempo en tiempo se oía el paso de un paisano retardado; por todas partes subía el murmullo lejano casi imperceptible del correr del agua. Los álamos surgían negruzcos de la claridad nocturna; también ellos descansaban envueltos en la bondad universal del aire muelle, aspirando la frescura que se elevaba en velos blancos de todo el llano. La palidez luminosa del cielo podía entreverse por entre las ramas

(1) Elíseo Reclús, *La montaña*, pags. 117 á 126, obra publicada por esta Casa Editorial.

y sobre los arroyuelos, rayados por sus sombras, la luna sacudía su ropaje de plata.

Á la salida del sol se sube á la montaña, atravesando un bosque de pinos. La vista no se cansa de mirar sus cuerpos erguidos y sus talles finos. En un arranque soberbio suben desnudos, por centenares, hasta la cúpula obscura que limita el cielo; su rigidez es heroica. Á veces, sobre una vertiente, hay dos ó tres árboles solitarios, semejantes á un puesto avanzado de centinelas inmóviles y de pie con una altivez y hermosura de adolescentes bárbaros. Otros, por el contrario, bajan hasta el fondo de una garganta, como un regimiento en marcha... La selva se entreabre y se llega á un camino abierto. Enfrente, escalonando sobre la vertiente, suben filas de pinos rojos. Uno tras otro, afirmados á las rocas, elevan alto hacia el azur su penacho verde claro. La savia primaveral revienta su corteza y la sangre vegetal transpira por entre las escamas de su tronco. La plena luz del sol los envuelve y la fuerza solar hace salir de sus viejos miembros un perfume aromático. Esos candelabros recientes se quedan así todo el día bajo la lluvia de los rayos y en la gloria del cielo esplendoroso, exhalando un vago perfume...

*...Menester es subir hasta el convento para abarcar de un golpe todo el paisaje, á fin de sentir la inmensidad y libertad de esa vida pululante. Vense árboles hasta perderse de vista, nada más que árboles, siempre árboles, robles y pinos heri-

zados como una franja sombría contra el cielo; no existe allí intervalo, salvo de trecho en trecho algún pedazo de pradera que brilla. Sería imposible imaginarse un conjunto semejante. Un pueblo infinito ocupa el espacio y cuyo dominio no ha abordado aún el hombre. Los árboles escalan las pendientes, se amontonan en los valles y trepan hasta las crestas agudas. Toda esta multitud avanza, ondulando de sierra en sierra como una invasión salvaje, empujando un batallón al otro: los que dominan las alturas doradas por el sol, aquellos que están encajados en las gargantas, cubiertos de una bruma luminosa, los de la lontananza sumergidos en el aire azulino; tras de éstos se adivinan otros y así sucesivamente hasta el confín de los Vosgos, donde el enorme ejército vegetal parece marchar hacia la campiña abierta, en dirección á la llanura del Rin, hacia la morada del hombre, para invadirla y ocuparla como en los días pasados.

»Y á pesar de todo, la selva es una población reciente, pueden muy bien los árboles cubrirlo todo, mas se percibe al través de ellos á otros habitantes; hubo una época en que ellos no existían... En ese entonces sólo las montañas ocupaban toda la extensión. El sol iluminaba la asamblea de las cumbres descubiertas, sobre el barranco devastado por algún ventisquero... Á medida que este último se retiraba, los árboles han ido invadiendo su sitio y hoy parecen ocupar todo el espacio... Son ellos

los dioses, los dioses inmóviles de la tierra; sumergido el resto de su cuerpo en profundidades desconocidas, sólo su cuello y cabeza llegan á la luz; así, ellos esperan cada día la sonrisa de su hermano celestial, que les penetra de su calor y los viste con su claridad, á medida que avanza en el expedito camino del aire...»

Hipólito Taine es el autor de esta página deliciosa. No lo creáis demasiado lejos de vuestro cerebro ni de las generosas palpitaciones del corazón vuestro. Él aprendió á amar la Naturaleza cuando era un tierno niño; su padre le llevaba por los caminos campestres, cerca de los arroyuelos y en la vecindad de los bosques gloriosos del departamento de Ardennes (Norte de Francia). Á la edad de catorce años se marchó á Paris, donde el cielo límpido y sereno es visto rara vez. Después de sus años juveniles poco vió de cerca á la Naturaleza, y sin embargo, hecho hombre, nadie la ha descrito tan bien como él. La razón de ello es obvia. Lo que se aprende bien en la infancia y juventud, nunca se borra. La Naturaleza había impuesto á su alma de niño el sello inmortal de su belleza.

Aprended á amarla con toda energía; su espectáculo tranquilo consuela, ya lo experimentaréis, de las miserias humanas y el fracaso de las ideas nobles.

¡Qué extraño debe ser un paseo por los bosques tropicales, donde los árboles crecen tan juntos unos á otros, que impiden ver el cielo amado! Alrededor

de los inmensos troncos y ramas trepan las lianas y otras enradaderas; algunas veces éstas enlazan unos árboles con otros á manera de guirnaldas. Para penetrar semejante sitio es menester el hacha ó el fuego. Toda clase de peligros acechan al que se anima á penetrarlos. «El ligero y sutil indio no se aventura sin sus flechas envenenadas, ni el hombre blanco sin el trueno y relámpago de su escopeta. La venenosa víbora puede ocultarse bajo el pasto y pueden seguirse las impresiones digitales del fiero tigre. Pájaros, animales é insectos viven aquí sin ser molestados. Es su hogar y por doquier ellos están trabajando, cazando su presa ó escapándose del peligro...»

Si hay estos cuadros terribles, también allí existen los poéticos y artísticos. Así «en lo más denso de la obscuridad, allí donde los árboles no dan paso á la luz, miriadas de luciérnagas vuelan y guiñan como estrellitas. Al verlas aquí y allá es fácil imaginarse un ejército de hadas con antorchas en sus manos».

Verdaderas tropillas de monos saltan de árbol en árbol, gritando y jugueteando como unos niños. Cuando obscurece, encogen su cuerpo como una pelota y recostados cariñosamente unos contra otros, para conservarse en calor, duermen.

Innumerables pájaros atraviesan el aire alegremente; bandadas de loros, de color escarlata, amarillo ó verde, cruzan por todas partes. El divino colibrí, con su coraza de piedras preciosas,

reflejando los colores del arco iris, vuela en busca de miel é insectos.

Pero á pesar de toda su belleza granciosa, prefiero los bosques risueños, cerca de la tierra civilizada, por caminitos por entre filas de álamos ó eucaliptus, cercados de madreSelva ó rosas salvajes. Cuando los senderos boscosos conducen á un puentecito que atraviesa un débil arroyo, sereno reflector del cielo benigno y del verde bello, entonces el paisaje es encantador.

El más noble de los poetas de Albión, Tennyson, ha descrito en sus versos imágenes parecidas de la Naturaleza. En un poema suyo, que desearía ser poeta para traducirlo, hace hablar á un arroyito que, como muchos del Uruguay y de España, cruza el seno suave de una selva:

Cuchicheo, cuchicheo al deslizarme
para reunirme al ruidoso río;
porque los hombres pueden venir é irse,
pero yo ando para siempre.

En otro poema, nos cuenta de «un bosque de avellanos, frecuentado en otoño por las gentes que van á recoger el sabroso fruto y florece en una hondonada que se halla en el centro de la meseta, hondonada semejante á un tarro de flores».

Cervantes habla en su *Quijote* de una alta montaña, por cuya falda corría un manso arroyuelo y donde había por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que

le miraban: había por allí muchos árboles silvestres y algunas plantas y flores que hacían el lugar apacible.

¿No es verdad, noble joven de la América, que al pasearos alegres y á la luz del sol por los campos de la patria, edificado el corazón por su belleza tranquila, aprenderéis á amarla? En contacto con la Naturaleza, al aire libre, curados los nervios y más sencillos en nuestros gustos, despertará en vuestra alma, por más joven que sea, el amor á la belleza de la vida en el continente que nacimos, para engrandecer y ser felices.

CAPÍTULO IV

Cuando el árbol era rey

Trescientos años ha, las naciones que hoy más admiramos, Inglaterra, Francia y Alemania, estaban cubiertas, en su mayor parte, de vastos bosques. Los árboles que poblaban estos países no eran tan grandes como los de las alturas del Líbano; aun tenemos reminiscencias de ellos en los grandes robles. Entre todos los árboles, este último era el más interesante, por su resistencia á las violencias de la tempestad y al apolillamiento.

Nuestros antepasados, como lo habréis leído en la historia, eran rudos guerreros, cuya ocupación primordial era la guerra y las artes que la alimentan, pero también para sus instintos guerreros llegó el día venturoso de trocar las lanzas y los sables en hachas para abatir los árboles, en busca de madera. Con ella construyeron los hogares donde habitar y gozar de los incomparables frutos de la paz.

Todas las sociedades de la tierra pasan por estas fases y la nuestra donde aún el espíritu marcial

vibra tanto, está por entrar en una franca evolución hacia el amor de la estabilidad. Como á nuestros ascendientes, va invadiéndonos el deseo del reposo en hogares embellecidos por el arte, cada día más al alcance de los más modestos é iluminados por el florecimiento de un hondo espíritu de familia.

Esos hombres, hasta poco tiempo atrás bárbaros y violentos, se volvieron artistas, y aun las obras salidas de sus manos nos pasman de admiración. Hoy día no amamos el arte y la belleza como ellos los amaron. No limitaban sus viviendas á refugios donde pernoctar. Trabajaban la madera traída de los bosques seculares, convirtiéndola, á fuerza de ingenio y de profundo sentido de lo bello, en hermosísimas casas.

La humanidad ha ido, sin duda, más lejos en la aplicación de las leyes de la mecánica, mas en la materia artística está estacionaria, si no ha retrogradado.

Este es el sentir de las personas pensadoras, á quienes atrae el arte sugestivo de los antiguos.

En estas ciudades y villas había seguridad, relativa por lo menos al fuego, pues no se usaba tanto como en nuestros días. Era de práctica retirarse á descansar cuando la noche sobrevenia. La casa se tornaba entonces un sitio de descanso. Estas gentes sencillas no poseían la fiebre moderna de leer novelas sensacionales á la luz de la lámpara ni tampoco se inquietaban porque la casa no

estaba alumbrada á *giorno* para alguna festividad nocturna. Sólo ardía una lumbre en la casa, el hogar, en cuyo derredor toda la familia se congregaba. Los miembros de una misma familia gustaban referirse los hechos del día. Los constructores de estas viviendas eran hombres pensativos. Tenían del hogar un concepto más elevado del que tenemos en esta época febril: él era casi un templo, una mansión serena y bella, donde el corazón podía entregarse en verdad, á los puros goces de la familia y la vista recrearse con objetos de arte.

La visión de lo hermoso produce en nosotros modalidades más suaves, actitudes más estéticas y un modo de ser contemplativo y elevado que nos acerca á la vida superior.

Un paseo por Gasler en el Norte de Alemania ó por el Sur de esa populosa confederación donde está situado el viejo Nuremberg, ó atravesando el Canal de la Mancha y penetrando en la ciudad arzobispal de Canterbury, en Chéster ó Ipswich, nos convencerá plenamente de que los antiguos eran muy reflexivos.

Construían los techos de sus casas muy altos, dándoles la forma de picos, parecidos á las cimas de las montañas. Sobre éstos colocaban cuartitos comodísimos con amplias ventanas. Estos constructores gustaban del aire y de la luz alegradora. No les bastaba horadar un agujero en la pared y convertirlo en ventana; construían balcones sa-

lientes con tres costados, por donde entraba la luz, y con ella la alegría del vivir. La arquitectura modernísima ha vuelto á poner de moda esos balcones colgantes.

En muchas casas *art-nouveau* de nuestra capital podemos observarlos. De tarde se sentarían allí para ver el movimiento diurno de las calles hasta la caída del día, cuando es más bello observar los cielos con sus millones de estrellas.

Los habitantes de estos hogares eran compañeros de la Naturaleza.

Hallaban infinitos é interesantes placeres en todo lo hermoso que ella posee en sus vastísimos dominios. Ellos se esforzaron en esculpir guirnaldas de flores, tal cual las habían visto florecer en el flanco de las colinas y en los valles de su país. Más en contacto con ella que nosotros, trasladaban á los objetos de arte sus formas caprichosas é ingeniosas. Así, fué sugerido á los bellos griegos el más perfecto de los capiteles por la vista de las hojas de acanto, graciosamente agrupadas. Por vías parecidas llegaron á concebir los medioevales el arco gótico. Tomad una hoja de fresno y cortadla por la mitad: tendréis una forma que es el símil de la ojiva, forma siempre seductora cuando la vemos en las majestuosas catedrales ó en las portadas de las mansiones palaciegas.

Un estudioso, muy amante de esta forma, la encuentra la más hermosa, no porque sea la más fuerte, sino por ser su forma una de las que más

hallamos en los trabajos de la Naturaleza, y porque la Deidad la ha señalado como una fuente de placer para la mente humana.

Si estos hombres hermo­seaban sus *homes*, amando á la Naturaleza y revelando ese amor por las bellas flores que tallaban en los frentes de sus construcciones, no amaban menos las Sagradas Escrituras, de las cuales no son lectores los pueblos latinos. Acostumbraban grabar sobre las paredes, en hermosísimos caracteres, algún proverbio que llevaba en sí la sabiduría de muchas generaciones, ó algún versículo de salmo que había sido leído durante siglos en las iglesias.

Al crecer el niño hallaba en las paredes de su hogar un libro abierto, de lectura provechosa, de esa lectura que algunos suelen llamar alimento del alma.

La ciudad de Ipswich, en Inglaterra, es muy interesante por una casa de madera construida cuando este elemento primaba. Sobre sus paredes pueden verse figuras representando á los cuatro continentes conocidos en la época de su construcción. También se encuentran allí escenas del inmortal poema de Virgilio, el Homero de los romanos. No contentos con perpetuar tan sólo en sus esculturas lo que veían en la fisonomía sugestiva de la Naturaleza y cuanto tenían por fehaciente en la palabra divina, tal como la concebía su espíritu limitado, además de lo que apreciaban de la literatura clásica, grababan sátiras que revelan la agudez de su crítica

para los males de aquellos días sombríos. Una de ellas representa á un monje vestido de zorro, predicando á una congregación de gansos. El espíritu de penetrante observación de la Reforma estaba por hacer eclosión en aquella sociedad, cuyo único solaz legítimo era el arte y sus esplendōres.

El encanto sencillo y plácido de esta arquitectura de madera, consiste principalmente en sus relaciones íntimas con la inventiva humana que, echando mano del más común de los materiales, construyó con él sus viviendas, adornándolas con un esmero sin más pretensión que el ser originalísimo y personal.

Los habitantes de estas casas pensaban seriamente en las cosas que los rodeaban y por quienes sentían tanto amor, buscaban imprimir en la madera formas semejantes. Cultivaban superlativamente el sentimiento de lo bello, manifestando su profundo sentir en estas moradas que el tiempo ha preservado de la decadencia. Son hoy tan hermosas como en los antiguos días de gloriosa juventud. Á medida que el arte se aleja de su cuna se torna más mecánico é impersonal. La obra artística es tanto más bella cuanto más manifiesta una manera personal de ser breve un alma que ha sondeado hasta lo más hondo de sí para dar una novel interpretación de la sublime belleza.

Hacer arte es acercarse á aquel que al formar las hojas de los árboles quieridos dióles hermosura y poder para sugerir al hombre las combinaciones

más armónicas de las líneas y curvas. Nos alejamos de Dios por las acciones feas; los actos hermosos son también los buenos, y con ellos parecemos que, cual sucede en una leyenda, el espíritu del mal, subimos por un momento á la región de la eterna vida.

CAPITULO V

Los árboles en Montevideo y sus alrededores

La cuchilla; la plaza Libertad; el Paso del Molino.—El Prado; Buschental.—Las quintas.—Los paseos en domingo.—El camino Castro.—Una reminiscencia.—Oxford.—El cementerio de Montevideo.—Colón.—El departamento de Canelones.—Cerrillos.—Don Joaquín Suárez.—Observaciones finales.—Las causas de la falta de árboles.—Un cuento sugestivo.

«Montevideo puede ostentar con orgullo todas las galas de una generosa naturaleza. Tiene una luz y un cielo que parecen ser los de Italia; el aire es suave y liviano, el mar quieto ó salvaje, siempre hermoso. Blanca y sonriente, parece incorporarse sobre su lecho de granito para saludar de lejos al viajero que llega á sus playas. Todo es suave, todo es bello; ni el calor agota ni el frío estremece, todo está hecho para hacer sentir la dicha de vivir para la comunión armónica del corazón y el espíritu, de la idea y de la acción. Bastante fantasía para ver hermosa la vida y observar á veces flotar flores de los eriales; bastante severidad para abordar sin desfallecimiento los más arduos

problemas de la ciencia. ¿Qué país recibió jamás de la Naturaleza cuidados más solícitos?

»Sin embargo, falta algo al ritmo de esta belleza incomparable; falta la obra del hombre, acicalamiento filial y divino que impone la cultura y el gusto delicado de las sociedades civilizadas; carece, como lo he dicho hace un instante, de palacios, monumentos, bellas estatuas, toda esa estética social complicada y sutil que es acaso el secreto de la maravillosa grandeza helénica...» (De un discurso del doctor Soca.)

* * *

La ciudad de Montevideo y sus alrededores son un verdadero vergel de Andalucía. Subid la cuchilla, lomo del promontorio en que está situada nuestra capital, y al llegar á la estatua de la libertad sagrada, deteneos un poco por el lado del Norte: la soberbia Avenida Rondeau, entre una fila no interrumpida de plátanos, se extiende hasta perderse de vista entre las tupidas arboledas del Paso del Molino, con sus quintas encantadoras. Allí hallamos un maravilloso oasis de verde con prados esmaltados de las más bellas flores. Los árboles de todas las zonas, climas y aspecto imaginables, caben en las quintas, de cuyo medio, como una flor escondida entre sus hojas, surgen las casas. Aquí es un palacio gótico ó morisco, allá un templete griego, acullá un chalet—todas nos parecen her-

mosísimas en su marco de árboles, flores y el cielo del Uruguay, comparable al de Nápoles y de Grecia. En el Prado, edén de nuestro país, fueron plantados por vez primera las principales plantas y árboles exóticos que vemos crecer por todas partes del territorio uruguayo.

Vivió aquí un hombre laborioso é inteligente, y amante como ninguno de los jardines y parques. Personas que alcanzaron á conocerle y su obra magnífica, el Prado, conceden que ningún jardín existente, ni el actual parque, pueden comparársele. Una dirección sabia, aunada á una solicitud amorosa por los árboles, las plantas y las flores, hizo surgir en un terreno acaso malsano, pantanoso, y en una colina suave, el establecimiento más perfecto de Sud América, para su época. Había un cerezo gigante, encerrado en una especie de jaula para preservarle de la picadura de insectos y pájaros. Las frutas de la huerta eran exquisitas. El ejemplo de Buschental, pues así se llama el padre de la horticultura en el Uruguay, cundió rápidamente, y otras personas levantaron jardines y quintas en las afueras de Montevideo. De esa época datan las quintas de Estévez, que aun transformadas en un parque inglés, es bellísima; de Piñeyrúa, recientemente dividida, cuyos espléndidos árboles, junto al pintoresco arreglo de los prados, recordaba los parques europeos; la de los hermanos Castro, dominando parte de la bahía y el arroyo Miguelete. Visitad un día esas quintas; en una risueña ma-

ñana de domingo, después de haber agradecido á Dios sus bondades, os hallaréis felices. Id, si os lo permite vuestra salud, á pie; así observaréis con más detención las bellezas que se suceden desde lo ciudad hasta nuestra Petrópolis: el Paso del Molino, Atahualpa y Colón. Primero contemplaremos en nuestra pequeña ascensión, pues estamos subiendo el flanco de una colina, la bahía de Montevideo y la multitud de casas, torres y cúpulas que la rodean. Pasado el Mirador de Suárez, comienza la vegetación á ser más y más arborescente, hasta culminar en las avenidas de eucaliptus del Prado y sus agrestes contornos. De lo alto de la terraza contemplamos un panorama en extremo pintoresco: el lago artificial con su gruta respectiva y flores acuáticas tan bellas; en el fondo, los eucaliptus agrupados muy cerca unos de otros como en una selva.

Si salimos del Prado por el extremo opuesto al que hemos entrado, nos encontramos con el camino Castro, que tengo por el más lindo. En su mitad existe un gran ombú con un tronco hercúleo, frente á un extenso descampado; se ve de allí una de las vistas más bonitas.

Á lo lejos, por entre multitudes de árboles, se elevan las torres y techumbres de las quintas; abajo, en las praderas, pastan mansas vacas y terneros. Mirando á la luz de un día estival, recuerda este paisaje la ciudad universitaria de Oxford, en Inglaterra. Esta villa, cuyos 30.000 habi-

tantes están vinculados más ó menos directamente con la enseñanza y el saber, está situada á los bordes del río Támesis. La Universidad está constituida por unos veinte colegios, cada cual con su edificio propio, rodeado de jardines y parques, de cuya belleza incomparable darán cuenta las personas que, como yo, los hayan visto. El culto á los árboles, á los verdes prados, á las flores, está llevado á su más perfecto desarrollo. Por los muros de los colegios trepan como en su casa la hiedra y la glicina; en los paseos al borde del río y arroyuelos, que son muy numerosos en esta comarca, crecen los árboles con una magnificencia tal, que sobrepasan á los puentes y edificios. Desde más de seis siglos, este sitio sin rival por la hermosura de su flora arborescente, ha sido el refugio predilecto de los estudiosos. Aquí pasaron su juventud vigorosa los hombres que luego se hicieron célebres por su elocuencia en las Cámaras y su amor á la libertad sin violentar el derecho ajeno; los poetas y los literatos que han versado en sus poesías el amor más vivo por la Naturaleza; los hombres de ciencia que han revolucionado el conocimiento.

En estos colegios campestres se hacen hombres, no libros, porque el estudio, lo más hermoso de la vida, se alterna con los ejercicios físicos, que embellecen el cuerpo y reflejan salud. Sin ella, la inteligencia no puede funcionar con claridad y energía.

Cuando visitó Oxford era un pequeñuelo; á

pesar de ello no he podido olvidar lo bella que allí era la Naturaleza. Después he pensado que si los habitantes de Oxford eran inteligentes y sabios, se debía, en primer término, á su culto entusiasta por la vida de campo, sana, sencilla y tranquila.

Recordad, lector, no estudiar nunca los domingos; dejadlos cuán largos son para pasear por los suburbios, si vivís en una ciudad; en el monte, cerca del río refrescante ó de la laguna solitaria, si moráis en el campo. Los árboles queridos, el verde saludable de los prados, los colores múltiples de las flores, la fisonomía clara del cielo, el reflejo seductor de las aguas regeneran todas vuestras células vitales, depositando nuevos elementos de una vida novel, que á medida que adquirió más salud, más vigor y más conocimientos, os parecerá vale la pena vivirla feliz y en paz con nosotros mismos y nuestros conciudadanos, por más humildes y pequeños que ellos sean.

La necrópolis, es decir, en la armoniosa lengua de los griegos, ciudad de los muertos ó cementerio de Montevideo, ostenta los más bellos cipreses, el árbol favorito de las tumbas.

Este sitio tan triste que los montevideanos han querido embellecer singularmente con pinos, cipreses, álamos, casuarinas, palmas, rosales, jazmines, y las más pequeñas plantitas, como las violetas, las siemprevivas, las plantas trepadoras, cual la madreselva, la hiedra, la glicina, Leandro Gómez y coqueta, es un perfecto jardín. Los árboles espiga-

dos y altivos parecen vigilar los lechos marmóreos do descansan muchos seres amados.

No hace mucho que estuve allí por una circunstancia tristísima: el entierro de un joven con el corazón tierno como el de un niño. Murió en una de las más sangrientas batallas de la última guerra civil, que azotó casi por un año entero nuestro país. ¡Pobre joven! Expiró víctima del más funesto de los males, la guerra. Murió, como otros hermanos suyos en el valor y en la abnegación, por dar paz y tranquilidad eterna á la patria. Multitud de jóvenes, niños y hombres asistieron. Le llevaron de tarde á la última morada, al son de música bella. Mientras sus amigos lo despedían en sentidos discursos, el sol declinaba. Era precioso ver por entre las ramas de los árboles la diversa coloración que iba adquiriendo la atmósfera sucesivamente bajo la influencia del sol. ¡Cuándo vendrá el crepúsculo del espíritu guerrero entre los hombres!...

Á 15 kilómetros de la capital encontramos otro edén: Colón. Recuerdo haber ido allí á pie. Era de noche cuando nos pusimos en marcha. Atravesamos á obscuras la ciudad durmiente. Por la Aguada comenzó el amanecer. Llegados á la carretera, la luz era suficiente para percibir las bellezas del paisaje: colinas suaves, grupos de árboles cerca de filetes de agua, chacras, casas, quintas; en fin, todas esas cosas que aparecen en la campiña cuando se la cultiva con esmero. ¿Habéis leído *El Quijote*, la obra maestra de nuestra lengua materna?

Hay una edición especial para los jóvenes; procuráosla y leedla. Os instruiréis en los giros más puros y bellos del castellano; conoceréis aventuras de las más chistosas, y en fin, podréis sentir lo que yo experimentaba caminando hacia Colón. Gozando de la matutina brisa, me vino en mente toda la poesía del *Quijote*. Recordé la salida del buen hidalgo á recorrer, en busca de aventuras, las soledades de Castilla la Vieja.

También á nosotros, jóvenes que soñábamos en tantas cosas grandes ó bellas, nos alumbraba «el rubicundo Apolo apenas tendidas las hebras de su dorada cabellera» y «los pintados pajarillos» gorjeaban. Entretanto, la mañana iba ejerciendo su plácido imperio; el rocío en evaporación envolvía como entre tules al paisaje. El silencio encantador era interrumpido sólo de vez en cuando por un jinete ó un peatón. Mientras se sucedían, á cual más bello, valles, colinas, risueños prados, los eucaliptus, los ombúes, las acacias, los álamos y los pinos, algunos de ellos vegetando solitarios, descuidados al borde del camino.

La mañana es lo más bello del día, como la juventud lo más hermoso de la vida. El aura fresca y pura del campo rejuvenece, da bríos, fomenta la esperanza, y en presencia de los árboles—tan silenciosos, tranquilos é inconscientes, y sin embargo, tan útiles para la vida del mundo—nos sentimos, como ellos, vastos laboratorios en que trabajan las energías libres, como el aire, la luz, la gravi-

tación, el agua, mas con una diferencia: no tan sólo para producir efectos físicos y visibles, sino también manifestaciones intelectuales.

Llegamos á Colón, donde se honra á los árboles, y cruzando la interminable avenida de eucaliptus, que parece la nave de una majestuosa catedral, nos sentimos llenos de alegría. El eucaliptus es rey aquí; sus hojas aceitosas despiden siempre, á manera de incensario, un aroma que, ayudando á respirar, también parece olor de vida. La atmósfera está embalsamada de este perfume. Oriundo de Australia, donde crece salvaje como nuestro espinillo, ó el ñandubay en Entre Ríos, el eucaliptus tiene un aspecto imponente, purifica la atmósfera y su contigüidad á las casas es saludable.

Estas ventajas le señalan un sitio superior entre los árboles exóticos, pero tiene también sus grandes desventajas: necesita tanta humedad para crecer, que cerca de él poco prosperan otras plantas; además, sus raíces poderosas remueven la tierra. El parque Giot es otro sitio predilecto de los arbófilos. No lo es menos las márgenes de un arroyo que por allí serpentea y las avenidas adyacentes al gran camino. Muchas familias, atraídas sin duda por la rústica belleza de Colón, han construído allí casas de recreo.

¡Felices los que pueden retirarse al campo en verano y más aún dichosos cuando gozan de ese privilegio en las vacaciones! ¡Qué bien se lee ten-

dido sobre el césped de gramíneas á la sombra de un árbol que parece velar el reposo de su infante! La tupida enramada oculta la faz reverberante del sol. ¡Con qué claridad inusitada pensamos entonces! La quietud de la Naturaleza, elaboradora paciente de todas las maravillas, nos contagia y reflexionamos con calma.

Si continuamos hasta terminar el camino de los eucaliptus, hallaremos el de las tropas. Si seguimos, insensiblemente entraremos en el Departamento de Canelones, tan rústico y pintoresco, con sus colinas ondulantes, cubiertas de dorados trigales. La propiedad está dividida en pequeñas chacras, donde viven prósperos agricultores. Una línea negra apunta los montes célebres del río Santa Lucía; de trecho en trecho, reducidos bosques artificiales, algunos de frutas, hermocean la campiña. En el punto llamado Cerrillos, existe la chacra donde Joaquín Suárez pasó muchas horas de su honrada vida. El rico propietario, presidente, modelo por la sencillez arcaica de sus hábitos y la severidad de sus principios, hizo plantar un soberbio monte de eucaliptus, hoy quizá uno de los más hermosos. La mayoría de estos árboles cuentan más de medio siglo. Robustos, impertérritos á los vientos más violentos, elevan su tronco, en muchos casos enorme. Joaquín Suárez amaba la vida de campo. En los Estados Unidos, cuando se presenta un candidato á la presidencia, la primera investigación hecha á su respecto es si ama á la Naturale-

za, si tiene afición por la vida, labores y ejercicios de campo.

El noble anciano que plantara la arboleda de Cerrillos dió con ello alto ejemplo.

Cincinato, uno de los primeros cónsules de la poderosa Roma, alternaba las difíciles tareas del gobernar con la labranza de sus propiedades.

Si un observador pudiese ver nuestro país á vuelo de pájaro, llamaríale la atención como al ilustre naturalista inglés Carlos Darwin, la falta de árboles. Nuestro primer botánico, el profesor Arrechavaleta, atribuye ese infeliz fenómeno á la acción deletérea, mortífera, que ejercen sobre la vegetación los vientos del Sur. Esta observación está comprobada por lo que ocurre con los árboles expuestos á los vientos, que presentan del lado de ellos sus ramas empobrecidas, en tanto que las del lado opuesto están cubiertas de verdes hojas.

Los árboles nativos se distinguen á primera vista de los importados por su aspecto menos consistente.

Á excepción de algunos, como el sauce, el ceibo, el sarandí, la mayor parte son de hojas diminutas, duras, secas, lustrosas y persistentes. Su crecimiento es lento, debido á la acción desecante de los vientos. Por eso sus maderas son generalmente duras y compactas.

Hasta aquí, las causas físicas de un mal reparable. Mas existe otra, que depende del hombre, y es el estado intranquilo en que han vivido los

orientales desde sus comienzos institucionales. La guerra civil ha absorbido las energías, que hubiesen sido de otra manera empleadas en cosas útiles é indispensables como la formación de bosques artificiales.

Sólo en los valles atravesados por arroyos se ha mostrado pródiga en vegetación la Naturaleza. Por las márgenes de los más pequeños hilos de agua se extienden los sarandíes, ávidos de humedad, las murtas elegantes, los olorosos arrayanes, el mata-ojo amarillento, el lozano laurel blanco, robusto, el vigoroso canelón, el copudo coronilla y el toco; estos últimos se caracterizan por su color obscuro.

En los bañados grandísimos se detiene la vegetación arborescente, mas en cambio pululan los pajonales; las lagunas están medio escondidas entre los penachos de la paja brava, los floríferos caraguatás y los tallos en forma de penachos de la totora; sobre las aguas serenas reposan los camalotes.

Si nos dirigimos á la costa del Océano la vemos salpicada aquí y acullá de bosques de regias palmeras, quebrachos, tarumanes y ceibos, con sus hojas de color púrpura. Todo ello es obra de la madre Naturaleza. Hace siglos que ella ha retirado sus geniales trabajadores de nuestro suelo; paso, pues, al luchador humano con la lámpara de la ciencia en una mano y el carcaj de semillas en la otra.

En un libro muy bello (1) leí un cuento que nunca olvidaré. Os lo contaré: Había una vez un hombre que poseía miles de hectáreas de potentes y lozanos montes en lejanas montañas. En donde estaban no tenían valor, pero otra cosa sería si se los pudiese transportar á las ciudades. Buscó con afán, impulsado por la avaricia, alguna pareja de potentes caballos para que le ayudaran á transportar departamentos enteros del bosque.

Observó que el bueno del sol arrastraba las cargas más pesadas, y le pidió su auxilio. Éste, generoso como todas las fuerzas naturales, le contestó que para ello estaba, y además, que sólo existía para ayudar al hombre. Mas como un amigo leal y fiel cuando se le pide un servicio, se ofreció por más de lo que le correspondía. Dijo al especulador que él había sido el arquitecto de todas esas selvas, haciéndolas crecer durante mil años, para estar listas cuando las precisara el hombre, y agregó que ahora se hallaba dispuesto á transportarlas adonde le fueran necesarias.

No contento con esto, explicó al individuo su benéfico poder. Dijole que existía una fuerza llamada por la ciencia gravitación, la cual, al parecer, residía en el centro de nuestro mundo y de los demás mundos. Debido á ella, las piedras eran retenidas al suelo, la lluvia caía y el agua descendía de la colina, y añadió que si el hombre pudiera

(1) Henry White Warren, *Among the forces*.

arreglar un camino para que la gravitación y él pudiesen obrar juntos, las selvas se transportarían fácilmente de la montaña al mar. Construyó el amigo de la fuerza solar un camino de muchos kilómetros entre dos palizadas, cuyos lados se juntaban en forma de V. Luego el sol trajo agua del mar y conservó lleno el canal año tras año. Nuestro hombre colocó dentro los troncos y las maderas; la gravitación las empujó hacia el borde del mar; después cruzaron los mares...

El sol nunca cesó de proveer agua y la gravitación jamás dejó de tirar. Más fieles que ningún ser humano á sus promesas, continuaron prestando su maravilloso auxilio. El cuento se llama «Los grandes caballos del sol».

Nosotros no poseemos esa riqueza arbórea, mas queremos obtenerla en la brevedad posible, porque el ser pobre es un gran mal.

El sol, aquel que adoraban los Incas del Perú, aquel que los griegos, en su tierno afecto, llamaban Apolo, Helios ó Febo, nos ayudará á tener bosques, árboles, muchos árboles, como auxilio al ávido especulador á desembarazarse de ellos.

Los bosques son la gloria de la vegetación; debemos respetarlos, pues se cuentan entre los seres más ancianos de la creación.

La amistad con el sol puede valernos muchas fortunas.

CAPÍTULO VI

El aprovechamiento comercial del árbol y la producción de madera

Países exportadores de madera.—Zona forestal.—Beneficio de los bosques.—Ejemplos.—La teoría de Darwin rebatida por Estanislao Meunier.—El Uruguay con bosques.—Influencia sobre el clima: ejemplos.—La República Argentina.—Importancia del árbol.—División de las maderas.—Árboles de madera dura.—Árboles de madera blanda.—La familia de los coníferos.—Los árboles frutales.—El árbol es riqueza.

Las países exportadores de madera son: en Europa, Noruega, Finlandia y Rumania; en Asia, la India Británica y Siberia; en el África ecuatorial, las inmensas selvas vírgenes, y en el continente americano, Estados Unidos y Canadá, que constituyen hoy los grandes centros de esta producción.

La madera consiste en la parte dura del tronco de los vegetales leñosos; se encuentra entre la médula y la corteza. En cuanto á su estructura química, es un compuesto de carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno. La madera se utiliza ya como combustible, ora para la carpintería. Su valor varía según el uso que tenga. La madera combustible se aprecia según su potencia calorífica, es decir,

de acuerdo con la cantidad de calor que desprende. Respecto á la madera de usos industriales, sus calidades son la elasticidad, el calor, el grado de resistencia, el espesor, el largo y rectitud de las ramas.

La zona forestal europea asciende á 7.279.316 kilómetros cuadrados y se extiende del mar Adriático á los montes Urales. Noruega y Suecia son las naciones que más exportan madera en Europa; sus mayores recursos son los bosques, que en su mayoría pertenecen al Estado. Existe en Stokolmo un instituto forestal para formar buenos inspectores y guardabosques. La exportación total deja un provecho que asciende á muchos millones de pesos. En estos dos países los bosques ocupan, como en Austria, la cuarta parte del territorio. Rusia está singularmente favorecida en este sentido; allí hay 200.000.000 de hectáreas de bosques.

Las selvas son extremadamente útiles, como hemos podido observar por los capítulos anteriores. Aparte del lucrativo comercio á que pueden dar lugar, ellas afirman el suelo de las montañas é impiden las avalanchas de nieve; retienen además las aguas pluviales como una esponja, y por esto mismo contribuyen á hacer menos temibles las inundaciones; también ejercen sobre el clima la mejor influencia, regulando las lluvias.

Un célebre geógrafo observa que en los países donde se han ejecutado grandes talas de árboles, las aguas corrientes por la superficie del terreno

han disminuido. «Los bosques—dice—obran conservando el volumen de las aguas destinadas á los molinos y canales, porque impiden que las aguas de lluvia se reúnan y corran demasiado pronto, y finalmente, porque sirven de obstáculo á la evaporación.»

En la selva, la humedad es perpetua.

¿Puede uno imaginarse algo más útil que el agua? Ella es el elemento primordial de la tierra y entra por mucho en la constitución del cuerpo. Sin agua, sólo vivimos unos días. Lo mismo acontece con el divino cuerpo de la madre tierra; de sus entrañas maravillosas salimos por transformaciones sucesivas. Las acciones fisiológicas se ligan las unas á las otras como los anillos de una cadena. Á ella vuelve nuestro cuerpo cuando morimos.

La tierra necesita de la lluvia que la refresca, fecundándola.

¡Qué bien nos sentimos después de un baño frío! El suave contacto con el agua vivificante ha regularizado las corrientes nerviosas, y tranquilos los centros de la vida superior, la sangre circula mejor.

¿Habéis observado un suelo seco, un prado en que la hierba amarillea por falta de agua? El suelo parece la piel seca y estirada, blanca, sin asomo del bello color carmesí de la sangre humana.

Son, pues, los bosques los maravillosos regularizadores del agua.

Cuenta un naturalista que en la isla de la As-

censión existía hermoso manantial en la parte baja de una montaña. Éste perdió su abundancia, y por último se secó, después de cortados los árboles que cubrían aquella altura. Atribúyese la pérdida de la fuente al desmonte. Haciendo nuevos plantíos años después, apareció de nuevo la fuente, que creció al mismo tiempo que el bosque, y al fin recobró su primitiva abundancia.

El ilustre hombre de ciencia, que con sus preciosas observaciones nos ha hecho comprender estos fenómenos, cita los siguientes ejemplos: Del Panamá al Sur se encuentra la bahía de Cupica, las provincias de Chocó, Buenaventura, Borbacoas y Esmeralda. En estos países, cubiertos de selvas densas, regadas por infinidad de ríos, las lluvias son casi continuas. En el interior no transcurre tiempo sin llover. Del otro lado de Tumbes, hacia Pada, comienza un orden de cosas diferentes: los bosques desaparecen y también el cultivo de la tierra. Aquí no se sabe lo que es llover... Esta falta de agua es general en todo el país que toca con el desierto de Sechura y se extiende hasta Lima: en esta región la lluvia es tan escasa como los árboles.

Los grandes desmontes ó la ausencia de ellos disminuye ó mantiene la cantidad anual de lluvia que cae en una comarca.

En el Cairo, donde era cosa rara algunas gotas de agua, llueve anualmente veinte ó treinta días, y es de suponer que esta modificación del clima

obedezca á los inmensos plantíos de árboles que allí se han hecho. Se han sembrado cerca de 20.000.000 de árboles más allá del Cairo.

En el alto Egipto llovía suficientemente hace cien años. Las montañas de Silvia y Arabia, que forman la cuenca del gran río, tenían pasto y árboles.

Después de la destrucción de estos últimos, cesaron las lluvias y se secaron las hierbas. La lluvia, por otra parte, es el agente más eficaz de la corrosión ó destrucción parcial de los elementos minerales. Por acción lenta, pero pertinaz, se esculpe la superficie de los países.

Aquí encontramos un hermoso ejemplo de la eficacia de ciertos agentes que de tan frágiles, nos parecen insignificantes. Este fenómeno ha dado lugar para que Estanislao Meunier, sabio geólogo de Francia, reflexione hondamente sobre la exactitud de la doctrina de Darwin.

Este célebre naturalista inglés, uno de los hombres que más influyeron en dar nueva dirección á la ciencia, visitó las costas meridionales del Uruguay. Pasó toda su vida estudiando á fin de comprobar la proposición siguiente: en la lucha por la vida, la victoria es del más fuerte, ó en otros términos: sólo tienen derecho á vivir las especies más robustas y voluminosas. Si luchan entre sí un joven débil y otro fuerte, este último quedará vencedor; lo mismo sucedé entre un inteligente y otro que lo es menos. Esta idea, en cuyo favor pueden

abonarse tantos ejemplos, nos choca por el modo indiferente y hasta cruel de conceptuar la vida.

He aquí las refutaciones de Meunier: «La Naturaleza, por los vestigios fósiles que se conservan de todas las épocas geológicas, nos enseña que en realidad, los hechos han pasado á la inversa de lo que ha supuesto el gran filósofo naturalista y de lo que todos han pensado con él:

En efecto, son las especies pequeñas, delicadas y sin importancia aparente, las que han atravesado sin pérdidas el famoso combate por la vida, y mientras los gigantescos batracios de las épocas primaria y triásica han aparecido y desaparecido, los reptiles colosales de los terrenos jurásico y terciario han durado lo que duran las rosas. Existe tal ó cual forma de los moluscos que ha cambiado apenas durante toda la duración de los tiempos sedimentarios (los nautiláceos por ejemplo) y los foraminíferos ó los radiolarios microscópicos que han permanecido idénticos desde la primera aparición de la vida en la tierra. Lo mismo sucede, aunque en un orden de ideas distinto, con las causas aparentemente tan tranquilas que pasan en un principio desapercibidas y que no obstante realizan la gran labor geológica, mientras que las acciones violentas sólo determinan efectos de dimensión mediocre» (1).

(1) *La Nature: les ravins de Rosières*, por E. Meunier, número 1.646.

De la misma manera pasa con el árbol: á primera vista no sospechamos siquiera un poco de su trascendencia en la economía del planeta.

¡Qué distinto sería el Uruguay si tuviese bosques!

Colbert ha profetizado que Francia perecerá por falta de árboles. Debido á los desmontes practicados en el alto Sena, la soberbia ciudad de París se ha visto inundada y al punto de perder toda la riqueza inmensa que diez siglos han acumulado. Las pérdidas se calculan en cien millones de francos.

La balanza comercial contaría con un recurso más y nuestro clima con un regularizador indispensable. Ni un pequeñuelo ignora hoy la influencia que ejerce el estado atmosférico sobre nuestro organismo. Ciertos vientos causan abatimiento, cansancio físico y mental: otros estimulan la actividad. Lo mismo puede aplicarse al grado de calor ó de frío. Un frío seco y moderado es la mejor temperatura para nuestra actividad. El calor excesivo enerva y nos vuelve perezosos.

El clima del Uruguay es muy variable. En general es benigno y agradable, pero los extremados cambios de temperatura tienen en tensión á nuestro cuerpo y el espíritu sufre por ello. Se dice que los uruguayos son inconstantes. El clima inestable los ha vuelto así.

La Naturaleza, lo exterior, tienen más influencia sobre nosotros que lo que podemos imaginarnos.

La hermosa posición en que se halla Montevideo, el sugestivo horizonte del mar en que terminan casi todas las calles de la ciudad, las magníficas puestas de sol, el suelo ondulado, todo ello ha contribuido á formar una sociedad en que no son raros los intelectuales, los poetas y los artistas. El glorioso anciano Carlos Guido Spano acepta la superioridad de los literatos uruguayos sobre los de la Argentina, nación más comercial que intelectual, más industrial que artística, donde el ideal de ser rico se sobrepone á todos los otros, como en Estados Unidos. La grandeza de un país no sólo se mide por un gran número de espíritus cultos que en él moran, sino principalmente hoy día por su adelanto general.

Las sociedades, como el hombre cuando niño, empiezan su vida ocupándose de las necesidades más apremiantes, como el dormir, el alimentarse, el moverse. El Uruguay está aún en su faz pastoril: la Argentina ha ingresado ya en su adolescencia. El cultivo intenso en la próspera Santa Fe, nuevo granero del mundo, el azúcar de Tucumán, la industria de la manteca, leche, crema y caseína en la provincia de Buenos Aires; los viñedos de Mendoza y de San Juan; los ganados de la Pampa, todas esas actividades mil veces más fecundas que el estudio de las rivalidades humanas y el uso de la astucia en la política, han tonificado el alma argentina.

Los árboles podrían hacer para nosotros lo que

nuestros padres en el hogar ó los maestros en la escuela, educarnos. Ahora que hemos podido cerciorarnos de la influencia bondadosa de los tranquilos árboles, no nos parecerá extraña esta ocurrencia. Al comunicarnos sus sabrosos frutos ó su sombra agradable, parecen transmitirnos su serena y útil constitución.

Dependemos del clima como el niño de la leche de que se amamanta. El aspecto de la Naturaleza nos hace amables ó sombríos; la presencia ó ausencia del vegetal leñoso aumenta ó disminuye la humedad del suelo y, podemos agregar, contribuye á embellecer ó afeár la campiña.

¡Qué bellas las casitas escondidas entre la frondosa arboleda, rodeadas sus paredes de un manto verde, salpicado de glicina ó madreSelva!

El mero hecho de acercarse á tales hogares alegría, y si á sus habitantes no les ha tocado en suerte la mayor felicidad, por lo menos gozan de salud, uno de los más poderosos motivos del contento. No menos hermosos son los pueblitos en las faldas de un bosque. Por sobre todos los techos, se levanta el campanario de la iglesia parroquial, en la cual el pueblo se congrega para reflexionar en el objeto más grave de la vida moral: el colocar nuestras acciones á la altura de los mandatos de la conciencia.

Esto en cuanto á la faz climatológica, moral y poética del asunto; pasemos brevemente á la parte comercial. Si bien el hierro fundido emplea-

do en la construcción y el uso de la hulla para la calefacción han aminorado el valor comercial de los bosques, éstos aun lo tienen y seguirán teniendo más aún cuando el hierro y la hulla sean más escasos.

CAPÍTULO VII

El árbol y su influencia sobre el espíritu humano

Culto del árbol; dónde se le venera: India-Ceylán; entre los guaraníes; Patagonia.—La mitología griega y los árboles.—Los germanos.—Los bretones.—Los cuentos de hadas.—Shakespeare y los bosques.—Una poesía de Goethe.—El rey de los alisos.—Apólogo de La Fontaine.

Los filósofos consideran que el culto por los árboles, combinado con el de la serpiente, como sucede en el relato de la creación según Moisés, fué el primero á que se dedicara el hombre en lo que podemos llamar la infancia de la humanidad. El hombre primitivo veía en el árbol la imagen de un poder que lo gobernaba ó quizá pensara en su infantil ingenuidad que Dios se manifestaba bajo forma arboréa. Ese culto existió en Asiria, Grecia, Polonia y Francia. Actualmente reina en el África central, al Sur del Egipto y del desierto de Sahara. Los negros del Congo adornaban un árbol llamado *Mirrone*. Lo plantaban cerca de sus viviendas, como un ángel tutelar.

En la India, tan llena de misterios, y en la isla de Ceylán, se adora un árbol, *El Bo*. Una rama del

precioso árbol plantado por Buda, fué transportada á Ceylán y puesta en el sitio más céntrico de la isla. Allí se le venera desde hace mil años. Acaso el mismo árbol no exista, mas uno de su prole inmortal vive y mantiene en las almas creyentes el sentimiento de la felicidad y de la dicha. Siempre verde, con un aspecto de perpetua juventud, se revela como una manifestación de energía perenne. Ante él se prosternan los peregrinos en busca de salud y dicha. Es acaso el ídolo de más antigüedad. Según los indígenas filipinos, la especie humana salió de un enorme bambú de dos nudos.

Los primitivos habitantes de nuestro continente profesaron también esta fe extraña, que hoy, mejor ilustrados, podemos explicarnos. El hombre ignorante, pero lleno su pecho de un tierno agradecimiento por la utilidad de las plantas leñosas, no supo hacer cosa mejor que venerarlas.

Los indios guaraníes, viviendo en torno de una Naturaleza muchas veces exuberante, no pudieron sustraerse al culto del árbol. Reverenciaban uno que llamaban el árbol para trepar al cielo; acudían á él para curarse y solicitar protección en sus asuntos. Cuenta la tradición que una anciana pidió limosna, y como no la obtuviera, maldijo á la planta. Durante la noche bandadas de carpinchos se enseñoreaban del árbol, royéndole hasta que se desplomó estrepitosamente. Su caída consternó á toda la comarca. Desde entonces los

guaraníes no tienen cómo escalar las alturas supremas, en donde se goza de paz y armonía: el eslabón entre ellos y el cielo está roto. En efecto, el peor de los pecados es la falta de compasión: carecer de bondad con un corazón que está afligido y un cuerpo que pide nutrición.

Entre los arbustos, el guavirá tiene una fruta cuyo zumo encierra el veneno específico del olvido á los lares lejanos. Por ese poder el fruto era muy temido. Hoy que la ciencia, de cenicienta ha pasado á ser reina en las sociedades, se explica perfectamente la acción del guavirá sobre los centros nerviosos de la memoria: así como ciertas sustancias la exaltan, ese fruto la disminuye al punto de anularla casi por completo. En un hermoso libro de leyendas guaraníes (1), la del guavirá está descrita con sencillez y encanto.

En Méjico existía un anciano ciprés del que pendían plaquitas y objetos, con los cuales se quería testimoniar las curas realizadas á su vista y por su influencia.

Los nicaragüenses reverenciaban no tan sólo á los árboles, sino también al maíz. Darwin, el gran viajante observador, vió en Patagonia un árbol que se levantaba sobre una altura en medio de la llanura. Los indios, al advertirlo en lontananza, expresaban su veneración por él á grandes gritos y exclamaciones. Como en Méjico, le propi-

(1) Doctor Solé y Rodríguez, *Leyendas guaraníes*.

ciaban objetos, y ¡oh crueldad! le sacrificaban caballos. El naturalista Plinio afirma que los árboles fueron los primeros templos.

De acuerdo con la tradición hebrea, la primera pareja humana habría sido puesta en un jardín ó bosque, titulado Edén. En verdad, debió ser una preciosa vivienda aquella: árboles vigorosos, frutales deliciosos y vegetación lujuriosa. Pero prefiriendo el hombre la lucha á la armonía tranquila y silenciosa, optó luego por guarecerse en las cavernas, más tarde en las construcciones lacustres, y finalmente, en chozas, cuyo conjunto constituyó el villorrio y éstos la ciudad.

De estos hermosos lugares umbríos donde el hombre niño había sentido las primeras revelaciones del sentimiento religioso, se fué á otras habitaciones artificiales que le obligaron á perder muchos buenos hábitos, entre otros el de nutrirse de refrescantes frutos y de vegetales. La arboleda fué, pues, el primitivo techo, y los troncos fuertes, los primeros pilares de la casa, tal cual la vemos hoy maravillosamente transformada. Mas los viejos árboles tutelares siguen prestándonos el mismo servicio que entonces, pues la mitad por lo menos del material empleado en las construcciones es la madera. En Norte América, donde no abunda la piedra y el mármol augusto como en nuestra tierra, las construcciones son casi exclusivamente de madera, explicándose así cómo pueden levantarse los edificios gigantes de 30 y 40 pisos, y cómo, ade-

más, debido á ingeniosos medios, son allí transportables las casas. Por eso mismo los incendios pavorosos son tan comunes allí.

Los griegos, que fueron quienes mejor supieron interpretar la belleza de la Naturaleza, dedicaban los bosques á sus divinidades. Ellos eran los asilos sagrados, donde construían templos marmóreos á los dioses. En Dodona existía el bosque profético de encinas. La diosa de la caza, Diana, tenía muchos bosques consagrados. En Roma, sobre el Capitolio, colina en que se hallaba el edificio del cuerpo legislativo, existía, cerca del Templo de Jove, una encina, cerca de la cual depositaban los romanos los primeros despojos ópimos. Los árboles estaban dedicados á cada uno de los dioses: la encina, á Jove; el laurel, á Apolo; el olivo, á Minerva; el mirto, á Venus; el pino, a Cibeles; el álamo, á Hércules, y así sucesivamente. En la Acrópolis de Atenas, elevación de la gloriosa ciudad en donde se encontraban los templos y museos, había un olivo sagrado. De él se sacaban ramas y coronas, significando éstas simbolos de paz, triunfo, clemencia y bendición. Ante él se depositaban las cunas de los recién nacidos, con la idea probablemente de ofrecerlos á los bellos trabajos que efectúa el ciudadano en los periodos tranquilos de la vida nacional.

El laurel, dedicado á Apolo, era considerado el árbol de la salud. El primer templo que tuvo el más hermoso de los dioses helenos, fué una cabaña

de ramas de laurel. Se atribuía á sus hojas el poder de purificación. Con ese objeto los vencedores eran coronados de laureles. Mucho precio daban á esas coronas los sencillos griegos. Los jóvenes que las ganaban en los juegos olímpicos comparaban su dicha á la de los dioses, y muchos de sus padres, al recibir la noticia de tan señalado triunfo, morían de emoción. No era esto ciertamente por las hojas más ó menos bellas del laurel, sino á causa de lo que representaban: una juventud noblemente empleada en los ejercicios gimnásticos, en los paseos saludables á pie, y en fin, en todas las actividades que dan al cuerpo belleza y salud al alma.

En la historia de los dioses de Grecia, la mitología, encontramos bellamente descrito el origen de esta dedicación.

Parece que Apolo, orgulloso de sus hazañas contra la serpiente Pythón, y como sucede en esos casos, despreciando á los pequeños, burlóse del divino jovencito Eros. Éste le asestó una de sus flechas que inducían al amor.

Encontrando el bello dios una ninfa llamada Dafne, que vivía grácilmente en los bosques, quiso enamorarla. La joven, imagen de las gracias, de la inocencia tímida y esquiva, huyó de él. En un momento de extrema perplejidad dirigió á su padre, en el Olimpo, una plegaria. Pronto fué contestada. Dafne sintió la transformación de sus gráciles miembros, cubrió su tierno pecho una joven

corteza, sus brazos se convirtieron en ramas, sus cabellos en follaje y sus pies, hundiéndose en la tierra, volviéronse raíces.

Apolo, burlado, exclamó: «Ya que no quieres ser mi esposa, serás mi árbol. Serás el ornamento de los guerreros, y así como mi larga cabellera, símbolo de juventud, será siempre respetada por el hierro y por los años, quiero adornar tu follaje con una eterna primavera.»

Esta bonita fábula nos revela muchas enseñanzas. Por más insignificante que sea un ser, tiene protección si la justicia está de su parte. Ni los más fuertes pueden violentar los sentimientos puros que animan á la juventud cuando ella vive la vida sana y natural.

El mirto, dedicado á la diosa de la hermosura, Venus, era otro árbol predilecto de los helenos. Las coronas de mirtos simbolizaban belleza, juventud risueña y unión fraternal.

Ante el templo de Quirino, en Roma, se elevaban dos mirtos, emblema de la unión entre los patricios, aristocracia, y los plebeyos, el bajo pueblo. Algún día en las plazas de las aldeas de América se plantaron dos árboles parecidos para testimonio viviente de la concordia cívica.

Cibeles, la simpática diosa de la fecundidad, que presidía los trabajos agrícolas, protegía al roble, cuyas bellotas habrían sido el primer alimento de los hombres.

Minerva, protectora de las artes é industrias,

patrona de Atenas, donde tenía en el Partenón su templo más bello, tomó bajo su protección al olivo, cuyo esmerado cultivo fué, en todo tiempo, una fuente de gran riqueza para el Ática.

Los germanos reverenciaban al roble, al pino y al tilo. Sus sacerdotes iban con gran ceremonia á cortar el *gui*, planta trepadora y parásita, que crece sobre el tronco del roble. Esta fiesta era un memorable acontecimiento en esas sociedades primitivas. Con el establecimiento de la religión cristiana estas ideas se fueron modificando lentamente, mas sus rastros pueden observarse aún en muchas leyendas, costumbres y tradiciones.

«En Bretaña—dice Reclús—cuando un hombre estaba en peligro de muerte y no se hallaba cerca ningún sacerdote, podía confesarse al pie de un árbol; las ramas le oían y su rumor llevaba al cielo la última oración del moribundo.»

Las selvas encantadas, los bosques sembrados de peligros, tuvieron para los cuentistas fantásticos como Perrault, Grimm ó Anderson un atractivo singular. Todos conocéis el cuento de «La caperucita encarnada» ó el de «La bella del bosque durmiente». Se llegó á creer de los árboles toda clase de falsedades: ellos hablaban, como sucedía con la encina sagrada de Dodona; en ellos se asilaban espíritus malignos y cosas por el estilo.

Ni la inteligencia clara como la luz meridiana de un poeta cuya alma serena alcanzó la madurez, Shakespeare, escapó á las habladurías que

corrían sobre nuestros muy queridos amigos los árboles.

En una de sus comedias, en que la fantasía corre cual los arroyuelos rumorosos por entre la espesura del monte, *El sueño de una noche de verano*, la acción pasa en un bosque. En ella recuerda Shakespeare sus sensaciones cuando niño y se paseaba por los bosques que rodeaban su villorrio nativo. Allí crecían grandes arboledas paralelas al plácido Avon, cruzado incesantemente por regios cisnes; más adentro del monte vivían los ciervos, que galopaban alegres por entre los viejos y jóvenes troncos, conmoviéndolos profundamente. Cuando el sol amanece lentamente, disipando el tul fresco y vaporoso que envuelve á la selva, ella parece encantada; sólo falta á su belleza la vida tal como nosotros la sentimos.

El poeta, siguiendo á sus antepasados, la puebla de seres, algunos microscópicos, como ese Puck, travieso y ágil; otras diminutas hadas personifican los hongos, las campánulas, las margaritas, violetas y otras florecillas silvestres.

Tienen éstas en Oberón y en Titania á sus reyes. En las noches de luna bailan y ríen con los enanos y gnomos de las leyendas.

Llega el día con su cortejo de magníficas luces, y cual esas telas de araña, maravillosamente tejidas en un rincón solitario, que el viento deshace, ellos desaparecen, dejando sólo en el bosque el ruido de las hojas, el piar de las aves, el gorjeo

melodioso de los pajarillos, las rápidas corridas de los conejos, comadreja y lagartijas.

El gran Goethe refiere en un poemita que todo niño alemán sabe de memoria «El rey de los alisos», la impresión producida por esos árboles deshojados, á la pálida lumbre de la luna, en un pequeñuelo con fiebre. Un pobre niño está enfermo; su padre lo lleva á caballo de la aldea en que vive á la ciudad más próxima, para hacerlo asistir por un especialista. Cruzan un camino, donde al borde de lagunas crecen alisos grandes, impulsados por el viento y que, alumbrados por la luna, parecen seres fantásticos bailando extrañas danzas. Así los ve el pobre niño, que delira, se asusta y cree que los inocentes árboles están animados del propósito de robarle. El padre lo tranquiliza, arrullándolo en sus cariñosos brazos, mas en vano: llegados á la ciudad, el infante ha muerto.

Antes, cuando la voluntad y el capricho de un solo hombre mandaba en la vida de los pueblos, á semejanza de ese sistema de gobierno, se supuso que los humildes árboles tenían el suyo. Su rey era el noble roble, como Saúl, más alto que sus otros conciudadanos. ¡Qué altivo es el roble! Nos recuerda su talle el cuerpo de un gigante, y su inmensa copa de artísticos contornos da la más agradable de las sombras.

Inglaterra se enorgullece de sus robles. En su pasado primitivo, en la época parecida á la de nuestros charrúas, era allí sagrado el roble. Á su

sombra tenían lugar las ceremonias religiosas con que los sacerdotes druidas y el pueblo saludaban la vuelta de la luna. También bajo sus frondosas ramas se reunían los jefes á discutir la paz y la guerra y todo lo concerniente á su vida colectiva.

En una fábula de La Fontaine se refiere de un modesto rosal que sufre con éxito el paso del vendaval, mientras el roble se desploma con estruendo. Así cayó el gobierno despótico, quedando de pie la mayoría, el pueblo. Hoy todos, árboles y arbolitos, son hermanos. Los bosques casi han desaparecido y los jardines les han sucedido; en ellos alternan todas las plantas, grandes y pequeñas; viven fraternalmente, con el elevado fin de embellecer la tierra habitable.

CAPÍTULO VIII

La capillita en el bosque

Al doctor Mac Laugelin.

En Estados Unidos, Alemania é Inglaterra, los jefes de Estado no temen tener convicciones religiosas y vivirlas.

El emperador de Alemania es un soberano que, junto con la augusta misión de intervenir en los más altos intereses de su imperio, presenta á su pueblo el modelo de un cristiano de verdad en todos sus actos públicos y privados. El rey Eduardo, si bien no manifiesta esta íntima convicción, atiende reverentemente todos los cultos y respeta el cristianismo, porque le considera el motor de esa vida equilibrada, sabia, seria y próspera, propia del pueblo cuyos destinos rige. El presidente Roosevelt, á quien cabe llamar el presidente apóstol, no sólo es creyente, sino también practicante de esas ideas elaboradas por la humanidad pacientemente durante siglos, que han resistido el combate de los ataques de la supuesta ciencia y de cuya vitalidad depende directamente la vida civilizada de los pueblos. Las naciones latinas, en su

conjunto, trabajan en contra de esa fe cristiana, obrera de nuestra actual civilización, y el resultado ha sido de los más desastrosos: disueltos los vínculos morales, estas sociedades han caído en el más abyecto materialismo.

De Francia, campo de experimentación de los pueblos, se sabe á ciertas que el esfuerzo por enseñar moral sin religión no ha tenido ningún éxito. «El sentimiento religioso es inseparable de la moralidad.»

He leído mucho; he sido creyente á ciegas; he dudado; pero puedo declarar por las vías de la ciencia como por las del sentimiento íntimo que tan sólo las ideas religiosas, tal como las sienta el Evangelio, pueden detener al hombre en las pendientes del mal y del vicio. Muchos han sido los grandes hombres que me han ayudado á reconstruir en mi espíritu este juicio.

Así he pensado al leer un episodio de la vida del presidente de Estados Unidos, Teodoro Roosevelt. Él y su buena esposa habían ido á pasar unos días con amigos suyos, cerca de una localidad donde existe un espeso monte secular, habitado por numerosas familias de leñadores. El bosque constituye para ellas casi un mundo y tienen allí su capillita para adorar á Dios, el Espíritu Universal.

Al día siguiente de la llegada del presidente era domingo, y este día ocupa en las sabias costumbres norteamericanas un sitio sin igual. Es el día en que el cuerpo reposa y el alma es activa.

Enterado de la existencia de la capillita, comunicó á sus amigos la alegría que experimentaría asistiendo al servicio religioso.

Era un domingo caluroso, y á causa de ello pocos eran los asistentes á la clase bíblica. El superintendente, al ver entrar al primer magistrado, le saludó, diciéndole cuán gran honor era para todos su asistencia. Éste contestóle que consideraba un placer y un privilegio el poder asistir y hacer cuanto pudiese en beneficio de una causa tan buena. La esposa también manifestó su hondo interés en el trabajo de los niños, que consideran á un presidente como á una especie de dios, lejos, muy lejos de ellos.

Pues aquí le tenían con ellos, conversándoles familiarmente acerca de los hechos de la Biblia, cantando los himnos de alabanza y orando como cualquier ciudadano honesto y amante de Dios.

La capillita, medio oculta tras los árboles gigantes que la sobrepasaban en todo sentido, estaba construída de madera aun fresca, con olor á pino. Sus paredes eran acaso débiles, desprovistas de objetos de arte encantador, su piso tosco, pero al resonar allí el armónium sencillo, acompañando á las voces de los niños, unidas á las de los grandes personajes allí presentes, adquiría el aspecto de una catedral; tan sugestiva es la belleza que los objetos toman junto á las almas elevadas.

Acaso al llegar el momento de orar el pastor habría podido expresarse así: «Poderoso Dios, junto

á esta maravillosa obra salida de Tus manos, que es este bosque, do la vida te alza con sus manifestaciones un himno perenne, te saludamos con el corazón, quizá más lleno de fervores que el domingo pasado. Tú has querido, Señor, acercarnos á Ti mediante la visita del hombre que hoy día, en nuestra patria amada, representa Tu autoridad. Á menudo nos sentimos solos en este mar de árboles, mas desde hoy no será así; nuestro grande hombre estará aquí en espíritu como Tú lo estás siempre. El recordar su presencia será para nosotros una lección de humildad, de alto civismo, y los niños que aquí acuden en busca de Tu Luz, se sentirán estimulados á ser, como Tú lo serías, un digno ciudadano. Bendecid á los niños, bendecid á sus padres, bendecid á la familia humana, á la tierra que nos brindaste para hacer un trono de Tu reino celestial, que debe y puede empezar aquí en este mundo, no exento de dolor y trabajo, mas tan lleno de placeres y beneficios, que olvidamos, como hoy, gustosos todo lo malo y penoso.»

El primer magistrado y su señora se alejaron de la capilla en coche, dejando en el corazón de aquellos niños y población un recuerdo inolvidable.

Con actos de esta especie, la autoridad, emanada del pueblo, se dignifica y se enaltece hasta merecer se la llame, como en las antiguas y modernas monarquias, de origen divino.

CAPÍTULO IX

El árbol de Navidad

Era la hora en que la humanidad
recuerda el nacimiento de Jesús, el
más digno y amante de los hombres.

Duerme, dulce niño.

Es bueno dormir.

Así se olvida la ingratitud hu-
mana.

(De la *Poesía de una estancia*, por
A. N. F.)

Los hábitos, las costumbres, buenas ó malas, hacen felices ó desgraciadas á las personas. Un niño prefiere jugar toda la tarde, al volver de la escuela; viene la noche y se halla fatigado físicamente; por reflexión, su espíritu lo estará también, y el sueño será la inmerecida recompensa. Pasan los días y el niño reincide en su ocupación. Cuando menos lo piensa es un acto mecánico, un hábito, que efectúa á pesar suyo. Lo que acontece al individuo ocurre á las colectividades; algunos pueblos han perdido sus buenos hábitos, otros los han adquirido malos y aun otros conservan sus tradiciones como cualquiera de nosotros un regalo de nuestros padres.

Los pueblos del Norte aman más el hogar que los del Sur; los diversos miembros que constituyen la familia son muy unidos entre sí, y por eso me animo á creer que últimamente ellos han tenido más éxitos en la vida nacional.

Así también sucede al niño que venera á sus padres y halla en la casa una hermosa mansión de paz y ventura. El buen hijo es más tarde el mejor ciudadano.

Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, particularmente, festejan un día del año con la más elevada alegría las venturas y los placeres de la familia y casa paterna. Ese día se llama Navidad ó Nochebuena; en inglés lleva el nombre de Época de Cristo.

En ese día se recuerda el nacimiento de un genio de nuestra civilización, á Jesús. Sus ideas de bondad y libertad, los actos de su vida, inspirados en una moral que aun hoy es la mejor, transformaron á la sociedad. Por eso los hombres le tributan su gratitud. Jesús fué tierno y clemente con los niños, amó el hogar é hizo santo el matrimonio, presenciando una fiesta nupcial.

Á fin de amarle, la gente sigue sus pasos, y al conmemorar el día en que vino al mundo, los pueblos se regocijan en sus casas, levantando el árbol de Navidad, cargado de juguetes y luces.

El árbol iluminado representa la luz que arrojó el cristianismo sobre el mundo; al verle los niños desean las cosas hermosas que penden de sus ra-

mas; así anhelamos apropiarnos las virtudes señaladas por la conciencia moral.

Navidad tiene lugar en invierno en Europa, donde un frío intenso, llevado en alas de un soplo cortante, cruza las calles y la campiña; las casas están cubiertas de nieve; los árboles y las flores duermen. ¡Qué bien se está entonces adentro, cerca del fuego, leyendo ó estudiando! El mundo nos parece reducido á la casita en que vivimos abrigados; sentimos la felicidad y anhelamos festejarla. No sabría expresar cómo se alegra el inglés en esta época; él, cuyo estado habitual es serio y reservado, se vuelve expansivo y hasta cariñoso.

La noche del 24, á las doce, se despiertan los niños, y alborozados corren al salón donde está el árbol; antes de descolgar los objetos se canta un himno:

Escucha, escucha, ¡oh alma mía! el coro angelical...
Canta de la nueva vida, libre del pecado,
sobre los verdes campos del mundo
y sobre la playa batida por violento mar.
¡Cuán dulcemente hablan esos trozos sagrados
de la nueva vida! ¡Cuándo el pecado no nos dominará más!
Ángeles de Jesús, ángeles de luz,
¡cantad para dar la bienvenida á los peregrinos de la noche!

Cuando se es feliz, el sueño cierra para nosotros toda la noche la puerta de la realidad objetiva. Esa noche venturosa los niños duermen placidamente. La primera preocupación de la mañana siguiente es engalanarse para ir á la iglesia, que

los pueblos anglosajones adornan con guirnaldas de plantas trepadoras. Á la luz pálida de la mañana invernal, la vista del verde alegra como la cercanía de una chimenea en esa época de frío intenso. Todos los pilares del sagrado edificio, sus arcadas, el púlpito, la balaustrada en que se da la comunión, todo está oculto bajo el follaje leve y costosísimas flores.

Los altos campanarios, cubiertos del sudario nevado, parecen temblar al son de las campanas que entonan alegre y bellamente un llamado de paz, de recogimiento, de meditación á los ciudadanos. Las gentes acuden pronto, envueltas en sus ricas pieles. Familias enteras llenan los asientos. El órgano suena con majestuosa melodía: primero se oyen notas suaves como voces lejanas, luego se van acercando y finalmente prorrumpe el coro de ángeles que imagina el compositor.

¡Cómo tiembla el corazón, ahogado de emociones elevadas al oír este preludio, sobre todo si el que lo toca tiene alma y la revela en el teclado! Las notas suaves del principio invaden nuevamente el tema musical, y un gran acorde sonoro cierra la introducción. El culto religioso empieza. Versos sentidos y espléndidos son cantados por centenares de voces. Al canto sigue la oración, enunciada por el sacerdote que deja invadir su alma por el Espíritu Santo.

Bondadoso padre, hoy es para nosotros el más bello día del año: recordamos la época en que na-

ciste. Fuera de esta casa tuya, en que hoy nos hemos reunido, hace frío, y si extendemos la vista sobre los campos, parece que en ellos se ha extinguido todo germen de vida. Así estaba el corazón de la humanidad, aislada del sol de su ser; antes de Tu venida reinaba en ella un largo invierno.

Los hombres te han vuelto á olvidar: al veneno del alcohol y los alicientes de la lujuria han creado nuevos altares. Mas no en todos ha muerto la fe; millares de congregaciones como esta se prosternan ante Tu nombre. Vuelve á nacer en el alma nuestra, iluminanos para que llevemos al seno del hogar la influencia benéfica de esta reunión.

La dulce emoción sentida entonces, nunca se olvida. Como un arroyo, se deslizan nuestros días: los risueños recuerdos de la ribera nos hacen olvidar el término del camino.

Aprendamos á santificar ciertos días del año. La vida sólo adquiere valor y belleza cuando se desarrolla en el sentido de una elevada espiritualidad. Fiestas como las de Navidad tienden á eso; por ello Alemania, Inglaterra, Estados Unidos y todos los países evangelizados, se empeñan en solemnizarla con tanta magnificencia.

«¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!»

CAPÍTULO X

¿Cómo se planta un árbol?

Hemos llegado al antepenúltimo capítulo y hemos aquí semejantes á alguien que habiendo escalado una montaña, alcanza la meta. Ahora podemos recapitular el valor y significado que tiene para el hombre el árbol.

Ninguno que haya seguido estas páginas con amor, perderá la oportunidad de poner en práctica muchas valiosas indicaciones.

El plantar un árbol manifiesta una aspiración generosa y benéfica. Muchos motivos tenemos para considerarlo benéfico y generoso, porque al plantar no sólo pensamos en nosotros mismos, sino también en los que vendrán; tan lento es el crecimiento de muchos árboles, que el plantador no alcanza á gozar de su agradable sombra. No sólo debemos mirar por nosotros, sino también por una multitud de seres, en cuyas vidas nuestros actos van á repercutir tarde ó temprano.

Al plantar árboles en torno de nuestras casas de campo, al cultivar almácigos primero y formar bosques después, nos beneficiamos á nosotros y á

muchas otras generaciones. Con miles y miles de esos actos concurrimos á cambiar el clima de nuestro país y acaso por ese medio hasta el mismo carácter nacional. Luego ese acto tan baladí aparentemente, es trascendental como las grandes y solemnes acciones.

En ese sentido, hombres como Antonio Lussich, Piria, los Vidiella, Giot, Margat, Basso, Buschental, los hermanos Racine, Thomson y otros grandes agricultores tienen títulos á la más elevada consideración pública.

Aquí, como en muchas otras partes, los políticos y los hombres intelectuales ocupan preferentemente la atención pública, ésta debe extenderse también á aquellos que se ocupan en tareas ingratas; á aquellos que en humilde esfera trabajan silenciosos y pacientes en bien de la patria física.



Se da el nombre de «Selvicultura» al arte de los viveros ó plantíos para formar, conservar y repoblar los bosques.

La siembra es una operación, mediante la cual se colocan en la tierra convenientemente preparadas las semillas de las plantas ó árboles que se desean cultivar.

La plantación, que es el tema del cual nos ocuparemos ligeramente, consiste en entregar á la tierra una planta tierna, transplantada de otro sitio y

para que prospere allí á sus anchas, confiriéndole la parcela de suelo que requiere para su perfecto crecimiento.

Cuando se trata de plantas necesitadas de menos cuidados, se hace uso de la siembra por estaca.

Se planta en los sitios en que haya muchos claros en el monte ó para formar abrigos para otras plantas que necesitan reparos de los vientos.

También conviene hacer uso de ese procedimiento en las casas que haya que sustituir cepas viejas con plantas nuevas.

«La elección de las especies leñosas para su propagación en un rodal ó para la formación de un bosque debe obedecer á las siguientes condiciones: 1.^a, la calidad de la madera y su demanda, pues no basta que sea buena, sino que es preciso que tenga consumo; 2.^a, el tiempo que tarda en llegar al estado de explotación; 3.^a, las dificultades del cultivo; 4.^a, los gastos de cultivo y conservación; 5.^a, las dificultades de la explotación; 6.^a, la calidad de transporte por las condiciones del terreno y su distancia á los centros de consumo ó depósito» (1).

En la labor de plantar es menester metodizar cada una de las operaciones á efectuarse, pues el éxito surge del empleo exacto y preciso del método.

El buen deseo y la rutina no son suficientes en

(1) Díaz de León, *La selva y el prado*, pág. 154.

esta materia delicada. Las operaciones á que da lugar la plantación, pueden reducirse á cinco: «el arranque, el apartado, la preparación de las raíces y las ramas»; la forma que se debe dar al plantío y la «plantación» propiamente dicho.

Antes de proceder á esta operación, según la manera más común de propagar los árboles, conviene saber que la mayor parte de los naturalistas consideran mejor que el transplante la creación del árbol por semilla en el sitio que debe ocupar definitivamente.

Las plantaciones artificiales deben efectuarse por transplante, guardando entre cada planta distancias convenientes y regulares. Durante los primeros años de crecimiento es necesario extraer cuidadosamente todos los yuyos de su alrededor para que se meteorice.

Así que aparezcan las primeras ramas, nos limitaremos á limpiar el suelo de las hierbas más grandes solamente. Esta clase de cultura arbórea exige una superficie plana en toda su extensión y que la composición del terreno sea homogénea.

La mayor parte de los cultivos efectuados con fines utilitarios se hacen sobre superficies quebradas. Se empieza por el drenaje ó canalización del sitio de la plantación para evitar los pantanos y que la tierra no pueda ser removida por las grandes lluvias.

En estas circunstancias cada árbol debe plantarse en su hoyo.

Esto permite la plantación de diversas especies en el mismo terreno, lo que produce efectos más pintorescos en el paisaje y un mejor rendimiento de madera.

Las especies coníferas debieran transplantarse antes de tener ocho años; los árboles de hojas anchas pueden serlo á la edad de cuatro, seis, ocho y diez años, según los casos. Cuando se plantan árboles fuertes de esta última clase, vencen muy pronto al herbaje circundante, y si han sido plantados con cuidado y en buen terreno, todos prosperarán.

En suelos secos, las plantas con muchas raíces no subsisten el primer año, para esos casos son mejores las plantas pequeñas.

Hay dos cuestiones capitales, relacionadas con la formación de las plantaciones, y son las siguientes: las distancias que deben guardar entre sí los árboles y el empleo de tutores.

Dependiendo el vigor de una planta del número de sus hojas y su completa exposición á la luz, se sigue lógicamente que los árboles jóvenes más fuertes serán aquellos que estén provistos de ramas y hojas desde el suelo hasta las partes elevadas: así se desarrolla el tronco en los primeros años.

La distancia á que deben colocarse los árboles en una plantación depende del tamaño, particularidad de las plantas del suelo y de la situación escogida. Si se quieren obtener árboles derechos y

altos, la distancia debe ser pequeña, uno ó dos metros. Á estos árboles deben cortárseles las ramas inferiores cuando se estorban mutuamente.

Para comprender bien todo esto, nada puede suplir á la práctica; el ver hacer esta operación por personas hábiles nos valdrá más que muchas lecciones teóricas.

¡Á observar, pues, toda vez que se plante en nuestros jardines, chacras ó establecimientos de campo!



CAPÍTULO XI

La fiesta del árbol

¡Tellus, alma mater!

En la Edad Media, que espíritus poco observadores han juzgado tan sólo como una época triste y sombría, la vuelta de la primavera era saludada con la más franca alegría en los suburbios de las grandes ciudades y en las aldeas. Alrededor de un copudo roble, se congregaban los aldeanos para esos festejos. El más interesante de éstos era el baile de los niños y jóvenes de ambos sexos, coronados de flores, en torno á un poste, del cual colgaban guirnaldas de cintas y flores entrelazadas. El baile era acompañado de canciones alegres; después á la niña más hermosa se la nombraba «reina de Mayo». Grandes banquetes y torneos al tiro al blanco con flechas y pintorescas procesiones se sucedían por esta época del renacer de la Naturaleza. Mucho significaba la vuelta de la Primavera para esas pobres gentes, y lo demostraban alegremente. En sus placeres sociales no se olvidaban del Poder Supremo, y para honrarle á su modo, casi

infantil, dedicaron el mes de las flores á la madre de un célebre filántropo y filósofo hebreo, Jesús. Esta dedicación tan delicada como ingenua, recordaba muchas ideas de pureza y honestidad en la conducta, ideas y sentimientos que el hombre se inclina fácilmente á olvidar.

Algunos estudiosos que han buscado la relación existente entre todas las ideas religiosas, han visto en el culto á María una reminiscencia del culto que profesaban los antiguos, bajo distintos nombres, á Cibeles, diosa de la tierra y de sus frutos.

Todo ser debe respetar el pasado y venerarlo, porque sin él, nada se explica bien, y por eso me he detenido en esta pequeña introducción histórica á la fiesta del árbol, que tomó su origen en esas festividades y que aun hoy se realiza en Inglaterra, rodeada de todo su poético esplendor. Aun en tiempos más remotos á los que he hecho referencia, el día del comienzo de la estación primaveral se asociaba con el culto al sol. Aunque de una manera primitiva é imperfecta, el hombre buscaba revelar su gratitud al Ser Supremo que hacía brillar el sol y producía la caída de la lluvia. No podían pensar de él como lo hacemos nosotros, mejor instruidos, pero manifestaban como más bien les cuadraba su agradecimiento por el madurar de las semillas de los frutos y por la belleza de toda la tierra.

La fiesta del árbol, tal como la combinamos hoy día en su carácter laico, ha nacido del *peligro nacional* que envuelve la destrucción de los árboles.

«Con el último árbol desaparecerá el último hombre», ha dicho Michelet—un mentado historiador francés—con sobrada razón.

En Francia, país que todos los latinos tanto amamos, el ministerio de Instrucción Pública ha hecho circular la siguiente orden por todos sus dominios:

«El gobierno desea que en el porvenir los institutores é institutrices tengan nociones de selvicultura y de mejoras de los pastos para comunicarlas á sus discípulos. Cree además que convendría suscitar la creación de sociedades escolares forestales, que de seguro prestarán grandes servicios á la agricultura. El ministro de Agricultura ha dado instrucciones á los agentes y empleados de aguas y bosques para la organización de la enseñanza de que se trata.»

Un progresista, hombre público de nuestro país, el doctor Gregorio Rodríguez, señaló su paso firme por el ministerio de Fomento con la indicación de ideas semejantes y la celebración de la fiesta del árbol por primera vez en la República en 18 de Septiembre de 1900.

Fué una fiesta muy simpática y ha tenido eco en todas las ciudades de campaña.

La institución de esta fiesta ha tenido en Estados Unidos, nuestra poderosa nación hermana del Norte, una trascendencia incomparable. De la escuela ha partido allí la valiosa enseñanza de la propagación de los árboles.

Nuestras autoridades escolares han copiado el ejemplo en buen hora. Esta fiesta es de carácter eminentemente práctico y su cumplimiento no exige aparatosidades de ninguna especie; por el contrario, las excluye.

La escuela pública, fuerza de una virtualidad incomparable, no debe asociarse á esta fiesta tan sólo con carácter de espectador, sino de obrero eficiente. El plantar un árbol es un acto casi religioso, apunta una enseñanza de las más serias y empapa el alma joven de sentimientos de ternura y respeto por las plantas, su conservación y su propagación.

Realmente, una fiesta en honor á la Naturaleza, efectuada con el concurso de millares de niños, cuya intervención la vuelve juguetona y bulliciosa, es algo inolvidable.

Figuraos, lectores míos, un jardín presentando como en los más bellos días, sus mejores encantos y alumbrado por la luz acariciadora del sol de Septiembre. Enjambres de niños ingresan en él, desbordantes del placer que produce el aire libre y la visión dilatada del panorama campestre. En buen terreno están ya preparados los hoyos y á su lado esperan los árboles la cariñosa mano del niño que los incorpore.

Los niños se dirigen alegres al sitio donde se efectúa la útil operación; allí les aguardan los obreros municipales para colocar las plantas, á las que en seguida ellos echan paladas de tierra. Luego

colocan sobre el pequeño tronco una plaquita con un nombre querido para reconocer al arbolito, del cual se han vuelto desde ese preciso instante los protectores. En seguida se dedican á cantar ya el himno á la patria, ora el del árbol, ya el canto á José Pedro Varela. Más tarde practican algunos juegos y ejercicios gimnásticos; luego se les reparte alguna merienda y conmemorativo de tan grato pasatiempo. El buen y bello del sol acaso ya en ese entonces está por marchar al ocaso, y los niños, guiados por sus queridos y abnegados maestros, emprenden el desfile de regreso al hogar.

Alguna vez fiesta tan simpática es amenizada con discursos en honor al árbol y su importancia en el continente de Promisión que habitamos. He ahí, en síntesis, la imagen general de la fiesta arbórea.

Hemos llegado, amiguitos míos, al término de nuestra excursión por el país de los árboles. Durante dos deliciosos años anduve cuanto pude entre ellos y leí, observé y estudié con profundo amor toda su historia y toda su belleza.

Al escribir estos capítulos he sentido los más gratos sentimientos al pensar en vosotros, que sois mi primer amor; en vuestros maestros, á quienes venero, porque comprendo en todo su alcance su inmenso sacrificio y la nobleza de su carrera; en vuestras autoridades sabias, que se desvelan por arrancar á la ciencia y á la madre Naturaleza los tesoros de felicidad, de bienestar y progreso que

harán de vosotros ciudadanos más vigorosos de la humanidad del mañana.

Se acerca lánguido el instante de la despedida: mi alma no se aviene á esperarse de vosotros, ella parece crecer como la flor del capullo cual el fraterno árbol de la semilla... Quiero terminar, pero no puedo, vuelven en bandadas los ensueños, los paisajes, las visiones de la dorada primavera de la infancia y de toda mirada retrospectiva surge, como un límpido hilo de agua de la fuente, la soberana voz de la experiencia. Ella me dice algo que es precisamente lo que yo he deseado, lo que yo deseo fuera nuestra patria americana.

El pueblo inglés es celebrado por su afición al campo. La Inglaterra rural, especialmente, atrae y encanta. Los caminos son excelentes, llanos como el piso de un cuarto. Cada aldea posee su escuela, su iglesia, su club ó sala de lectura.

Muchas de las casas más humildes, y no pocas de las casas de estancias tienen techos de bálago, mientras que el resto de los edificios están cubiertos de ladrillos rojos. Las flores abundan por todas partes: en los canteros, en las mesetas, en los balcones.

La flor favorita parece ser el malvón; hace un contraste hermosísimo con el intenso verdor de los prados. Al observar todo esto, el viajero supone que nunca puede faltarle la humedad al pasto. En muchas de mis excursiones he pasado cerca de las admirables secciones de campo cultivado. Allí se

ve el labrador trabajando con el arado para dar vuelta á la rica tierra negra. En las comarcas bascosas no se conoce la broza; en toda la fértil campiña se levantan las cabañas más renombradas del mundo, los nobles hogares de los señores poderosos por entre las arboledas más cuidadas de la tierra.

¡Tierra bendita, alma madre de todos nosotros, tus hijos te saludan!

CAPÍTULO XII

El árbol

(Poema en prosa)

Febo dora el terruño que el azadón ha cavado;
se entreabre la tierra; agita Telous su seno; una
mano piadosa deja caer el grano.

Fecundidad de sombra, de tiempos tranquilos,
de vistas hermosas.

Un niño es: ciñe su cuerpecito alba túnica, irra-
dia esperanza su labor juguetona.

Fecundidad venidera de prudencia, de previ-
sión, de miras lejanas.

Crece la idea con la ayuda continua de la ac-
ción.

Aunque niño, acumula prácticas buenas, ense-
ñanzas altas.

Fecundidad de propósitos, de deseos, más aún
de actos.

Bajo tu sombra, árbol bello, viva la tierra repu-
blicana, feliz y próspera.

Fecundidad de amor, de paz y de afanes.

Cerca de tus hojas plante su hogar 'el estanciero, el peón, el ciudadano que ame lo bello y lo útil.
Fecundidad de vida cómoda y holgada.

Aumente el aprecio por tu ser, figura potente de la tierra bendita, en el corazón del niño que, hombre mañana, aspira á una existencia mejor.

Fecundidad del porvenir risueño.

Deseo de una patria desierta, puebla las soledades verdosas de esos genios simpáticos y benignos.

Fecundidad, fecundidad de una tierra más hermosa, no mejor.

Ángel del campo, el viento mece tu cuerpo; ondulan ramas y hojas; atrae el agua vital; morada del aéreo cantor; bajorrelieve del inmenso horizonte, presta tus galas á nuestra campaña.

Fecundidad de árboles, de bellos árboles, de muchos árboles.

FIN DE «EL ÁRBOL»

TRABAJOS VARIOS

El carácter americano

A José E. Rodó y Carlos Vaz Ferreira.

I

De la manera más extraña he sido conducido á escribir este artículo. Escuchaba las explicaciones sensatas y claras del profesor Giddings sobre la sociología. Se trataba del origen del orden social: exponía las ideas de Hobbes, que dieron tanta razón á la revolución americana. Este filósofo supone que los hombres, hartos de desorden y anarquía, entregan sus libertades á un jefe. Ahora bien; si dicho jefe es impotente para mantener el orden, la sociedad vuelve á su condición primitiva, y entonces tiene ante sí una nueva oportunidad de darse otra forma de gobierno. Consecuente con estas ideas, formuló el principio de que toda revolución victoriosa es legítima, mas la vencida no merece otro nombre que el de rebelión, y debe sofocarse con la mayor severidad. «Hasta hoy día—concluyó el orador—así opinan los norteamericanos.» Pueblo

sabio, pensé yo, y torné mis ojos hacia la historia política de nuestro país. El partido en cuyo nombre se gobierna hoy al Uruguay no tiene mayor justificación que ese espléndido juicio.

Esta fe en la unidad nacional costó cientos de miles de vidas y billones al Tesoro cuando el Sur quiso separarse de la Unión; el Norte triunfó porque su causa era justa, según el principio anterior. Este singular criterio, á base de buen sentido y cierto instinto científico, fué uno de los caminos que me condujo á meditar sobre el carácter norteamericano. Estaba frente á un hecho típico y enunciado por un hombre representativo. Este solo juicio basta para desenvolver todas las cualidades de este nuevo Prometeo. El culto del éxito, y por ende del dinero, es lo primero que se nos ocurre como impulso primordial de esta sociedad. Considerad por un momento: 51 ciudadanos poseen la treinta y cinco avas partes de la fortuna total de Estados Unidos, es decir, 4.000.000.000 de pesos y 4.000 el 65 por 100, y los 89.000.000 restantes poseen menos de 500 pesos en propiedades.

La idiosincrasia de los tiempos es el comercio y las celebridades aquí son los capitanes de industria y los políticos profesionales, más bien que los artistas ó los escritores. Si vamos á un museo de arte—penetramos en una gran institución del saber, como Columbia University ó Stanford—, leemos una guía ó conversamos sobre cualquier tópico, por elevado que sea, siempre han de entrar las

cifras. Se piensa en términos numéricos; todo se reduce á la expresión matemática, que da cierto matiz utilitario á todos los pensamientos y acciones.

II

Existe, indudablemente, algo en esta atmósfera ora natural, ya artificial, que estimula enérgicamente los órganos de expresión. Esto se manifiesta en el prurito de aparecer original, humorista, expansivo y chocotón hasta el exceso.

La atmósfera cargada de electricidad vigoriza de tal modo, que dudo haya un ser más nervioso que el norteamericano. Pero con su espíritu práctico y sagacidad, esta nerviosidad toma las formas superiores de la invectiva, hiperactividad comercial y las demás manifestaciones que tanto nos maravillan.

Un simpático viajero, Ian Maclaren, hombre de observación y altruismo, ha descrito casi científicamente estos hechos:

«Mientras que el clima inglés es pesado y calmante, prestándose á la meditación y á la quietud, el clima norteamericano excita y tonifica, impulsando al cuerpo y á la mente á la más alta actividad.

»El clima es eléctrico, y esta electricidad ha pasado á los habitantes, quienes son simples acumuladores cargados de muchos volts. Estos recipientes, en tanto que son fuentes de fuerza motriz, pueden agregarse á púlpitos, oficinas, talleres, ó á la política. Seguramente que llega el día en que se descargan sin dar aviso. Confusión en el cerebro, falta de agilidad en los miembros, y el ciudadano tiene que pasarse un año en Colorado Springs ó en Los Angeles. Acaso tiene la suerte de poder ser vuelto á cargar y funcionar así por espacio de 10 ó 12 años más; luego la Naturaleza no advierte sus planes, el corazón se detiene, la mente se nubla y es forzoso recurrir á otro hombre.»

Estas impresiones son exactas. En ninguno de los numerosos países por que he viajado me he encontrado con tantos seres exhaustos por la sobreexcitación nerviosa. Comienza bajo nuestra vista cierta degeneración del tipo hermoso, viril, casi ático, del norteamericano, debilitado por la opresión mental que produce y sostiene la rivalidad, la competencia, la carestía de la vida, la ambición y las ciudades congestionadas. La ley del trabajo incluye á ricos y pobres, viejos y jóvenes, la mujer y hasta el niño de tierna edad, como sucede en ciertos Estados del Sur. Preguntada una mujer muy vivaracha por qué no se descansaba en Estados Unidos, contestó: «Estamos demasiado cansadas.»

El norteamericano es la primer víctima de su

energía. La vida no la envuelve el sueño eterno, como canta el bardo latino, sino la vida potente é inmortal.

La guerra con España fué el periodo inicial de una nueva era. El destino de la nación cambió con la colocación de la bandera en Extremo Oriente, á 7.000 millas de Estados Unidos. El americano, como el inglés del tiempo de Luis XV, salió de su aislamiento é insularidad; se volvió, bajo el paternal gobierno de Mac Kinley, un ciudadano del mundo. La conquista comercial de la China es uno de sus sueños dorados. Como el Océano Pacifico está destinado á suceder al Mediterráneo y al Atlántico como teatro de la historia futura, la importancia de la conquista de las Filipinas y de Hawai es obvia.

El norteamericano es ávido de ideas nuevas que, como ondas rítmicas, cruzan la atmósfera mental del país. Le apasionan mil novelerías. Entre estas manías inocentes entra el *cherving gum*, goma para mascar indefinidamente, que engaña el estómago y disipa la energía nerviosa. Este *fad* ó manía reporta 30.000.000 de renta anual á los fabricantes. En los ferrocarriles, en los tranvías, en los teatros y en la calle pueden observarse cientos de personas mascando goma, como si su vida dependiera de ello. Este hábito se extiende al tabaco y á los caramelos, é influye en los órganos de expresión, llenando la cara de arrugas. Cada tanto tiempo aparece así un objeto, como los osos de Roosevelt

ó la mulita de Taft, que todo el mundo compra de un lado á otro de esta inmensidad.

La existencia de tanta secta religiosa y social obedece á este mismo fenómeno. Respecto á esto existe en la atmósfera un optimismo místico que ha desenvuelto á religiones como la *Ciencia cristiana*, el *Nuevo pensamiento*, la *Cura mental* y otras organizaciones semejantes. Estas filosofías religiosas proceden de Oriente en algunos casos; de la psicología experimental en otros. El profesor James de Harward se ha pronunciado así acerca de este movimiento:

«Estamos presenciando un copioso desarrollo de energías en los convertidos al *Nuevo pensamiento*, á la *Ciencia cristiana*, á la terapéutica metafísica ú otras formas de la filosofía espiritual tan en boga hoy.»

Estas ideas son sanas y optimistas; es evidente que atraviesa por el mundo norteamericano una onda de actividad religiosa, análoga en muchos respectos á la difusión del cristianismo primitivo, del budismo y del mahometanismo. El carácter común de todas estas sectas optimistas es la supresión de lo que Horacio Fletcher llama «la idea del temor»... Puede decirse que todos estos sistemas operan «por la sugestión del poder». Éste, grande ó pequeño, se manifiesta bajo varias formas en el individuo: poder, se os dirá para no prestar atención á las cosas que otróra os mortificaban; poder para concentrarse; esperanzamiento; buen humor;

breve para definirlo parcamente, el criterio moral es «más elástico»...

El cristianismo aun no escapa al criterio utilitario dominante. Está evolucionando en estos sistemas hacia formas nuevas donde la caridad desaparece y el egoísmo es inevitable. En vez del óbolo material se da el pensamiento vigorizador y una actitud de calma frente á las vicisitudes de la vida.

He estudiado el *christian science* y ciertos de sus aspectos se me ocurren la utilización de la espiritualidad para fines de éxito personal. Nadie puede dudar de la enorme influencia que ejerce nuestro modo de pensar en los actos de nuestra vida. Si fuéramos á encontrar el origen de muchas de nuestras enfermedades, lo hallaríamos en las pasiones que empiezan por la mente. Por este lado el cuidar y velar nuestros pensamientos significa salud y prosperidad. Ciertas ó no, en el mundo del pensar, en el mundo físico las cosas afines ó semejantes se atraen; ¿por qué lo propio no ocurriría allí? El triste busca al triste, el jovial al jovial, y así de los pensamientos. Una actitud defensiva contra el mal en todas sus formas nos libra de él. La serenidad, confiada en una fe inquebrantable en el amor de Dios, sostiene al *christian science* y le defiende contra todo lo que no tiende á su progreso espiritual y material. Junto con el mormonismo, es el culto que progresa más en este país. Uno de los representantes más caracterizados de este optimismo se expresa de esta suerte:

«Todas las formas y atributos característicos de las creencias de la América Nueva evidencian una cosa fundamental, *el sentimiento religioso*. No fué religiosa en un sentido limitado y ruin ni tampoco en dogma, secta ó credo, pero en la creencia amplia y esencial; es decir, la fe del hombre en sí mismo y en su destino, la creencia en el hombre como esencialmente bueno y buscando paso á paso realizar el bien positivo.»

Analicemos la opinión de personas absolutamente ajenas á las organizaciones religiosas. El profesor Giddings, de cuyo liberalismo nadie dudará, deriva la religión del proceso motor. Su génesis estaría en la fe ciega en esto ú otro; nace del éxito en la lucha por la existencia. La religión fuera para él la organizadora de la fe en las posibilidades de la vida. Esta actitud típica del norteamericano ve en este elemento el factor principal de la religión. Así la religión adquiere un verdadero valor en la evolución social: ella se vuelve una actitud positiva y una de las realidades imperecederas de la vida.

El éxito en todo y por todo, sea él por las vías de la fe, la ciencia, la política ó el comercio, es el galardón á que se aspira.

La mirada del norteamericano revela ansia de posesión; sus facciones bien cortadas señalan determinación. Los jóvenes presentan uno de los mejores tipos del hombre; son el primor de la humanidad. El ideal griego: la voluntad tranquila y

fuerte, la serenidad observada en sus estatuas, se realiza en sus cuerpos, fuertes y sanos. Sus atletas hacen soñar en una resurrección de Olimpia.

El año pasado, Yale, la universidad de donde es abogado el señor Taft, gastó 107.397 pesos en los cuatro grandes *sports*. Los que más rindieron fueron el *foót-ball* y el *base-ball*. Hasta los *sports* tienden á transformar á quienes los cultivan en jugadores profesionales y á los juegos se les aplica todo el mecanismo comercial. El comercialismo, cuyas redes se extienden por las iglesias como por los clubs, ha sido llevado al grado de un arte consumado. Si se aplicaran con tanta constancia á hermostrar sus vidas, ningún pueblo sería más dichoso.

Dejo al pensamiento viril del rector de Princeton University, doctor Woodrow Wilson, el juicio de esta situación:

«El éxito tiene corazón y debiéramos buscarlo. Á menudo es de plomo, otras de hiel, otras veces de carbón en polvo; las menos de las veces lo hallamos una fuente de goces vitales.

»La mera ganancia de un objeto material nunca trajo felicidad consigo. Hombre alguno vive de sus posesiones. Vive con sus ideas, con sus impulsos, con sus recuerdos, con su satisfacción y con su esperanza.

»Los desastres del mundo comercial fueron ocasionados por hombres que tan sólo ven el trabajo inmediato; que no consintieron en estudiar la situa-

ción á su alrededor, que no se dejaron interesar por las ideas y deseos de sus conciudadanos; ellos abandonaron la ciencia del Estado á los políticos y los intereses públicos á los censores de la moral pública. La vida, aparte del negocio, es más importante de lo que se supone.»

Persisto en considerar superior la noción inglesa de la vida. Si queremos gozarla es una obra de arte. Debiéramos buscar pacientemente el volverla algo hermoso y noble, progresista, amable y culta. De otra manera, el vivirla es sacrificio y dolor. Cada uno de nosotros lleva en sí un medio de redención. Cualquier vocación, el arte, la política, el comercio, la industria, la filosofía, la moral pueden conducirnos á una vida superior y á una visión más ordenada del mundo.

En la vieja Biblia, libro que, aparte de su carácter religioso, contiene una mina insospechada de sabiduría práctica, hay un pasaje que siempre leo con amor:

«Dios no nos ha dado el espíritu de temor, sino de poderío, de amor y el de una mente equilibrada.»

Las diversas situaciones de nuestra vida semejan llaves que nos abren las puertas de la sabiduría lenta, pero seguramente. Cuando gozamos plácidamente de la existencia experimentamos por turno todos los placeres. Nos cansamos de unos y reposamos en otros, alcanzando así una felicidad infinita.

«En vez de empezar una vez por todas á hacernos felices en una condición mediana, nos extendemos más y más tan sólo para rodearnos de incomodidades.» Así dijera un sabio que poseía un conocimiento exacto de la naturaleza humana, libre de toda tendencia simbólica. En este pensamiento tenemos el mejor comentario de lo que aquí ocurre.

Washington, Noviembre de 1909.

En los alrededores de Wáshington

Desde el jardín Zoológico y desde el Rock Creeck

A Blasco Ibáñez.

Hay momentos, sitios, situaciones, que nos mueven á la adoración de Dios. Nuestro espíritu semeja un maravilloso fonógrafo y el interior, discos que ajustados á nuestra mente producen melodías encantadoras. Así lo he sentido intensamente un glorioso domingo de otoño. El cielo estaba sereno, la atmósfera en calma. De los prados y de los árboles se desprendía una deliciosa humedad. Caminaba por una anchurosa calle, limitada por frondosa arboleda y al atravesar un puente que salva la pintoresca de Rock Creeck se divisaba, hasta perderse de vista, la regia selva por entre cuyas ramas aquí y acullá levanta suntuoso su torre algún palacio. Es la estación más bella; las hojas van á caer y antes afectan todos los colores imaginables. ¡Cuán imponente es esta sinfonía de colores!

El fresco vigoriza, la limpidez del cielo encanta y la nitidez del paisaje eleva el ánimo á las cosas serenas. Se piensa en Dios involuntariamente;

sobrecogido por la grandeza del universo y la majestad del mundo, se participa de esa eterna energía que es á la vez amor y arte. ¡Oh, lo que he sentido frente á esta belleza risueña y pintoresca de Rock Creeck, el suburbio de esta capital incomparable! Por mí ha corrido la sensación de la más honda gratitud. La vida, como un mercader de Oriente, como un buhonero generoso, ha extendido á mis pies todos sus dones excelsos; he vivido por un instante la vida eterna, la superexistencia de un Dios joven en el seno de su creación.

El hombre que ama Natura no puede, no debe ser malo. Ella habla y su lenguaje terso se transforma para nosotros en serenidad, fuerza y nobleza.

Ella posee remedios para todos los males.

Natura, tu bella paz me encanta y exalta al bien vivir. ¡Tú eres lo que es la vista de Dios!

*
* *

En una hondonada sembrada de pequeñas colinas está situado el jardín Zoológico, hermoso entre los hermosos. Lo pintoresco del sitio atrae singularmente.

Al visitar la jaula de los monos, me llamó particularmente la atención uno llamado *Diana*, cuyas facciones coinciden de un modo sorprendente con los animales fantásticos que se observan en las balaustradas de Notre Dame de Paris. Otro de los monos en cuestión era el prototipo de Mefistófeles tal

cual la leyenda nos lo transmite: mitad hombre y mitad animal, con ojos penetrantes y agilidad pasmosa. En el departamento de los leones noté una pantera negra, que reproducía con exactitud á la esfinge egipcia en su actitud de ensueño y absoluta impasibilidad. Su color era azabache y sonreía siniestramente á los visitantes.

En una colina do el pasto incitaba á acostarse, descansé mirando con singular admiración el cielo encantador; el sol enviaba tibios sus áureos rayos y la sangre, corriendo generosa por mis venas, dióme la sensación de vida intensa. Experimenté el placer que debieron sentir los hombres primitivos ante la fuente de la vida y de la dicha. Sentí á mi espíritu amar entrañablemente su angélica libertad.

Este parque es un sitio en verdad divinal y paradisiaco. Dudo haya otro más bello y que tan bien evoque ese espíritu previsor de este pueblo. Washington está rodeada de una naturaleza risueña y en alto grado pintoresca, de donde se le percibe con el perfil sereno de su Capitolio y los demás caracteres notables de sus edificios.

Nunca como en esta época otoñal ha realizado toda su belleza moderna. Para hacerla perfecta fuérale necesaria la tradición de esa urbe sin rival, que es Florencia, la luminosa y artística.

Desde Arlington, el cementerio Nacional para los militares y marinos, la vista también despierta la más pura sensación de belleza. Sobre una colina

cuyos flancos corren suaves al Potomac, sembrada de árboles sin fin en el seno de prados siempre verdes, descansan los ciudadanos que amaron la «unidad nacional» por sobre todas las cosas.

Otro punto de vista espléndido es el puente Rock Creeck. Se extiende sobre una garganta profunda sembrada de árboles. Más allá existe otro puente. El todo forma un conjunto panorámico precioso. De ambos lados de la hondonada se levantan casas hermosas. ¡Qué bello es contemplar este sitio cuando el sol se pone! Hoy, esta tarde, de un suave otoño, la época más deliciosa del año, he admirado el descenso lento del astro rey. Los árboles se me han aparecido en toda su moribunda hermosura. Había algunos cuyas hojas eran perfectamente áureas y el sol, al iluminarlos por detrás, los transformaba en objetos del arte más delicado. Parecían árboles labrados con oro macizo. Por doquier hieren la vista las coloraciones más imprevistas, variando del rojo al amarillo claro. El espectáculo no podía pedirse más imponente. El espíritu que está en nosotros parecía asociarse á toda esa belleza natural y se sentía feliz. Por un momento se hermanaba con todo ese proceso cósmico, que es el deleite de la ciencia, era uno con el gran todo y experimentaba las delicias de una infinita libertad.

Del Soldiers home, hotel de pensionados militares y navales, construído sobre una altura considerable, también se divisa la ciudad envuelta en ar-

boledas espesas y reflejada en las aguas tranquilas del río Potomac. No se concibe un sitio más sereno para pasar en él los últimos días de la vida. En el centro hay edificios de mármol, de estilo florentino. El Estado que provee todas estas cosas refleja alto amor por la humanidad, cuyo bienestar depende muy directamente del buen aire, del árbol, de la luz, todos ellos agentes constructores de pueblos que conquistan y organizan el mundo.

La misión de Francia en la historia del mundo

La historia de Francia es la más histórica de todas las historias. Es la más humana, hermosa y universal. Por su complejidad es un epitome de la vida del planeta al través de los tiempos.

Uno de los rasgos sobresalientes del espíritu francés es su universalidad. El mundo lo sabe; por ello su influencia moral ha sido siempre tan considerable. En este sentido es como desde siglos atrás Francia viene desempeñando en la historia moderna el rol de Grecia. París puede considerarse el heredero de Atenas. Francia posee de su madre espiritual la fertilidad del suelo; el cielo límpido y sereno; la claridad y el giro artístico de su genio; un idioma sabio y flexible á todos los matices de la idea y del sentimiento; el amor á lo bello en todas las circunstancias de la vida; la aspiración á un imperio universal sobre las almas; un arte noble y perfecto; el gusto puro y exquisito; lo despreocupación del porvenir; la risa, el buen humor, la cordura en labios sensuales. Campoamor la llama

tierra de la guerra y del ingenio. Francia ha demostrado al mundo que en todas las actividades, el latino es el igual del germano. Se dice con superficialidad que Francia es frívola, y sin embargo, el espíritu francés aun domina por medio de su literatura seria, obra de los Víctor Hugo, de los Lamartine, de los Sainte-Beuve, de los Taine, de los Quinet, de los Amiel, de los Renán y de los Guyau. Por debajo de la corriente de frivolidad, corre una tendencia pura hacia lo más noble del alma humana. Quien piense distintamente, lea los libros del hombre bondadoso y de inteligencia genial, que es el más ilustre de los geógrafos modernos, Eliseo Reclus, y de su hermano Onésimo; á Wágner, á Franck Thomas, á Sécretan, á Sabatier, á Gladen, á Amiel, á Eduardo Neuville, á Mæterlinck y á todo el ejército de hombres superiores que hacen de la Francia intelectual la nación más querida y estimada de la tierra. Aun Zola, cuando manifiesta su alma, es altamente patético y siente la horrenda miseria humana que anota como observador y filósofo. No; Francia, esa Francia de los grandes caracteres, no quiere «aturdir con cascabeles á todo espíritu que quiere pensar».

Su contribución al desarrollo general de las ciencias es incalculable; huelga nombrar para probarlo los nombres de Pascal, Papin, Gay Lussac, Cuvier, Lamark, Le Verrier, Dumas, Berthelot, Pasteur, Moissan y Chareot.

Para el arte, Francia ha sido en toda época

una patria cariñosa. Todos los innovadores acuden á París para realizar sus teorías y llevar al terreno de la realidad la audacia de su pensamiento. El extranjero se siente como en su hogar en ese admirable país que parece el verdadero oasis del mundo. El escultor más atrevido y genial de nuestra época es Rodin, francés de nacimiento y corazón. El arte pictórico tiene allí sus representantes más célebres. El arte de vestirse y el culinario, en ninguna parte del mundo han llegado á tanta perfección.

Respecto á la filosofía, Francia es la patria de Descartes, de Diderot y de Comte. Obreros de la emancipación intelectual de nuestros días son los pensadores franceses de los siglos XVII y XVIII. También es obra suya la labor constructora del siglo XIX. Luego, desde hace ciento cincuenta años, Francia es la nación más empeñada en las reformas sociales.

La verdadera tradición de Francia está precisamente en esta preocupación afanosa y desinteresada de la justicia para todos. En esta tarea se excedió muchas veces á sí misma, perdiendo de vista sus legítimos intereses individuales. Su historia es originalísima y sirve de intermediaria entre el mundo grecorromano. Es la única que se halla mezclada á la historia de todas las demás naciones, la sola que constituye un conjunto armónico. Ha tenido siempre, desde la época lejana que se hizo colonia romana, un rol preponderante y una actuación brillante en el desarrollo de la hu-

manidad. La acción del pueblo francés, en la constitución de la moderna Inglaterra es tan enérgica y decisiva, que Juan Finot no vacila en llamar á ésta la mejor colonia de aquélla.

La universalidad del empleo del francés en la diplomacia, los congresos y las relaciones internacionales, es un hecho demasiado notorio para ocuparnos de él.

Tierna de entusiasmo la apellida Kant; madame Stael repite lo mismo, y el gran Hegel encierra su juicio en estas palabras: *La France á réalisé la révolution dans la pratique; l'Allemagne en a formulé la théorie métaphisique*. Con exactitud hace notar Fouillé que Francia es el solo país donde las clases activas y laboriosas se preocupan de la legitimidad moral de su gobierno.

El fenómeno de infecundidad que parece pronosticar tantos días sombríos á la amada Francia es un hecho que explica perfectamente la sociología: *L'activité intellectuelle ne peut se développer qu'au detriment de la partie génératrice* (Spencer). En este como en muchos otros efectos de la civilización intensiva y refinada, Francia no hace más que preceder á otras naciones. País enérgico como acaso ninguno de la tierra, ha salido siempre triunfante de todos sus infinitos reveses: las invasiones, las guerras civiles, los escándalos financieros, la corrupción, las guerras sin fin, la bancarrota, la pérdida de un inmenso imperio colonial, la revolución, la coalición europea, las revolucio-

nes interminables durante el pasado siglo, la guerra contra Alemania, la filoxera, el Panamá, el asunto Dreyfus y la separación de la Iglesia y el Estado.

Penetrado de la belleza moral y del esfuerzo incansable de Francia por elevarse, exclama Hanotaux: *Que pays a plus en de revers? L'Espagne depuis sa chute au dix-septième siècle ne s'est plus relevé. Combien de fois la France qu'on croyait morte est resuscité? Après la petite guerre boer, l'Angleterre est sur l'abîme de la decadence. Depuis la guerre du 70, la France a pris un nouveau essor.*

El arte es completamente inútil—dijo un mal pensador y gran literato—. El arte, la armonía, es casi lo único que justifique el deseo de vivir... El arte será importantísimo en los bellos tiempos del porvenir, cuando el mundo lo embellezca el pensamiento sano y se entusiasme por la justicia. Esto es una alta misión, y tanto el pasado como el presente de Francia señalan á ésta como la única nación apropiada para realizar esa idea en toda su belleza.

¡Galia rediviva!

Significado del dolor

Cuando el espíritu está en calma y resignado, se abre á todas las buenas influencias mentales.

Medimos nuestra vida, no por lo que hemos sufrido, sino por lo dicho y hecho. Vamos á lo largo de la dicha y de la pena como barcos que se cruzan en la noche y se hacen señales al pasar para no verse ya más. La existencia es una obra de arte y debemos el volverla así con la paciencia de la hormiga y el criterio artístico de la abeja. Cualquiera vocación que encierra elementos ideales significa un modo de redimirnos y un camino para acercarnos á Dios. No hay modo de ser feliz sin resignación. «El gozar pasivamente sólo vuelve vulgar», dijera ya Goethe. Los griegos revistieron á la sensualidad de poesía que nunca más debiera aparecer en las costumbres. Muchos han tratado de reproducirlos, pero con fracaso. El amor á lo bello en sus elementos puramente sensuales sólo conduce á la satisfacción de los sentidos, paralizando el desarrollo espiritual. Es un paso de la ascensión

del ser y no un puerto, como muchos creen. Sólo en la región del espíritu logramos la paz.

«Cuanto hizo Mefistófeles por hacer de Fausto un vulgar *blasé*, sólo sirvió para intensificar su impetu hacia lo mejor y libertarlo interiormente del demonio» (1).

Nuestro primer y más alto deber moral es hacia nosotros mismos. Cuando hemos alcanzado esta concepción, logramos un gran desenvolvimiento intelectual y espiritual. Como el arquitecto sus obras, nuestra alma debe ser el objeto de nuestros esfuerzos. Por ellos nos iniciamos en la vida suprema. Cada cual en el silencio y en el ocio de su vida, ha forzosamente de estudiarse y corregirse sin piedad hasta que el ideal se esboce en el alma. El nervioso debe ansiar la calma; el apático, la bella actividad; el insensible, el corazón; el feo, la belleza, y así hasta alcanzar el objeto de este aprendizaje que constituye la vida terrenal. Se cuenta de un joven que acostumbraba cada día mirarse al espejo, para percibir tras las facciones la belleza de su alma. Esta visión decidía su actitud para el día.

Si lo primero en sabiduría es temer á Dios, lo segundo es construir con nuestros sufrimientos el hogar más hermoso para el alma. Así comenzamos á participar de la eternidad.

¡Benditas sean las cosas que realizan la belleza

(1) Bilkowsky, *Vida de Goethe*.

del mundo invisible y eterno! Algunas veces es tan sólo por la fuerza de una gran decepción, de una gran pena ó de una inmensa injusticia como nos iniciamos en una idea más elevada de la vida. Estamos aquí para emplear los tesoros de nuestra alma, y cuanto más pronto nos ajustemos á este modo de ver, tanto más felices seremos. Para algunos, el sufrir es una maldición; para otros es algo hermoso, porque ayuda á perfeccionarnos.

Al estudiar y analizar nuestra vida, hallamos ciertas cosas que nos dan éxito; otras mala suerte. Hay cosas de que debemos apartarnos y otras que han de atraernos. El amor hermosea algunas vidas, á otras destruye; el arte, la ciencia ó el saber, satisfacen á muchas almas. Las cosas que no nos convienen, porque nos traen desgracias, son también, al examinarlas de cerca, los elementos destructores de la vida. Al avanzar en años vemos claramente estas verdades. Poseemos dentro de nosotros mismos aquello que salva y aquello que destruye. Á veces el persistir en un pecado amado nos despierta á lo más elevado. El mal es un modo rápido de obtener lo que deseamos, y sólo así se explica que tantos escojan esa senda. El bien, como factor eterno, evoluciona lenta, pero seguramente.

He pensado hondamente por saber en qué consistirá la tentación de Cristo en el desierto; ahora lo concibo con claridad. El espíritu del mal le mostró los reinos de este mundo y se los ofreció. Al

poseerlos podía adelantar de inmediato el establecimiento de su reino, pero no dispuso la voluntad divina de que el cristianismo se propagase tan rápidamente. Por un proceso lento de evolución tenían que labrarse sus profundos y eternos principios. Tenía que ser la suya labor de siglos. Por medio de todos los males, la humanidad había de consagrar en su naturaleza los rasgos del Príncipe de la Paz. Este lento trabajo había de durar siglos.

¡Cuán lentamente se formó el hermoso mundo y se dibujaron montañas, valles y colinas!

El dolor es la penalidad de mal, y aunque á veces llega retardado, purifica y revela lo que de otro modo se ignoraría para siempre.

Amo contemplar las cosas bellas y las cosas de las cuales surge armonía. Amo permanecer con la mente sobre los profundos símbolos que los artistas fijan en sus obras.

No puedo mirar la cara de Lázaro por Sargeant sin sentirme atraído por la dulzura angélica, el reposo y la serenidad que se presentan en la frente. Un goce indecible se desprende de los ojos, cuyos párpados se han cerrado para siempre á las imágenes del mal. La belleza de Lázaro es la de un ser que ha pasado ya por los portales de la muerte y que ha tenido la visión del mundo espiritual. Ya no llorará más porque ya no podrá entristecerse; la suprema luz se ha posado sobre su faz reverberante. Ha visto lo que salva; está eternamente contento.

Así debiéramos ser nosotros, semejantes á hombres resucitados de la impureza y del egoísmo.

Somos escultores; lo divino, la imagen á fijar. Cuando nos volvemos receptores del mundo espiritual, el temor y las sombras se disipan. Entonces nos parecemos á ese eremita venerable, pintado por un artista itálico que le representa dando el postrer suspiro ante el Cristo glorificado en la cruz. La escena se pasa en un hermoso bosque, un monje hace las veces del buen samaritano, mientras por encima de la cabeza del moribundo asoma la visión de una vida trascendente.

No conozco símbolo más simbólico que este, porque sobre la cruz de nuestros sentidos, el mal debe sacrificarse. Entonces resucitamos como el Maestro: seres redimidos y absueltos de todas las imperfecciones, almas que de ahí en adelante pueden pasearse á gusto por los campos de la luz.

Morir para nosotros mismos es ingresar al mundo del espíritu, de la belleza reina y de una sabiduría serena fluye la armonía de la vida.

Impresiones de un viaje por Europa

Santos; Río de Janeiro: Corcovado; La Candelaria; Bahía.—Enfermedad.—Lisboa: el pueblo, el clima, el rey don Manuel.—El Panteón: los monumentos; Batalha.—Francia: la instrucción, defectos, la licencia, observación final.—Suiza: su divisa, su encanto, su espíritu civilizador y de trabajo, los hombres eminentes; Michelet y la belleza física; Amiel, el espíritu de asociación y de familia; datos estadísticos; Suiza una maravilla económica; la alta montaña; su héroe y literato Emile Javelle; el peligro suizo.—Recordando á la patria.—Comparación entre Europa y América; para nuestro bien aun vivimos en la Edad de Oro.

I

A no ser por los últimos siete días, puedo calificar mi viaje de espléndido. Bajé en Santos y pude subir á Alto da Serra, paseo insuperable. El paisaje es soberbio; majestuoso el aspecto del valle y los montes. La bajada siguiente fué en Río, ciudad magnífica, encuadrada en una naturaleza exuberante. Subí al célebre Corcovado, de donde se divisa un panorama que supera toda descripción: separado por un abismo de la ciudad, ésta se desarrolla á sus pies brillantemente iluminada por un

sol ardiente; más allá las aguas tranquilas de la bahía, interrumpida aquí y acullá por islas esmeraldas. El descenso se hace por entre un bosque tropical, costeano á veces un valle paradisiaco. Á mitad del camino abandonamos el funicular y tomamos el eléctrico que recorre la rua do Aque-ducto, una de las más hermosas del Brasil. Se pasa por una alameda continua de vegetación arbórea, entrecortada á veces por aberturas imprevistas que permiten ver el glorioso valle. Recorrí luego en automóvil toda la maravillosa ciudad, admirando, finalmente, la marmórea catedral de La Candelaria.

Es la iglesia más rica y más artística de Sud América. Visité más tarde á Bahía. El resto del trayecto lo pasé en cama con pulmonía y fiebre. Por ese motivo interrumpí el viaje en Lisboa. Estaba tan debilitado, que al bajar apenas me podía sostener sobre las piernas. El clima delicioso de la capital lusitana volvió poco á poco la elasticidad y el vigor á mis músculos y nervios. Hallé aquí antiguos amigos que contribuyeron cariñosamente á hacer encantadora la estadia. Los portugueses son sumamente amables y hospitalarios; su país, pintoresco en extremo y cubierto de monumentos históricos que acreditan un pasado brillantísimo. A este respecto cuadra una reflexión de Taine sobre España, aplicable también á su vecino:

L'Espagne de 1600 á 1690, la grande époque de la littérature et de la peinture espagnoles, les romans

picaresques, les mœurs peintes par Mme. d'Aulnog et Mme. de Villars; il y a en là un moment étrange et supérieur de l'espèce humaine, avec mélange de monomanie et d'exaltation. De 1500 à 1700 l'Espagne est peut-être le pays le plus curieux du monde.

Hice frecuentes excursiones con los miembros del Congreso Postal y Telegráfico. Estuve en Setúbal, la comarca de los naranjales mejores del mundo; en Cintra, región montañosa de delicias sin fin. En Batalha, donde se levanta una abadía que conmemora la independencia portuguesa. Tuve el privilegio de asistir á la coronación del joven rey don Manuel, ceremonia muy conmovedora. Dos días antes de mi ida á París fuile presentado por el chambelán de la reina. Es sumamente amable, distinguido é instruído. Me agradeció mucho el interés y el cariño que manifestaba por su país. La entrevista terminó familiarmente. El palacio donde se hospeda es sombrío, pero la luminosa juventud del monarca le dan vida y alegría.

Justo es recordar aquí otro espectáculo menos risueño: la visita al panteón de la familia real. Los reyes de Portugal yacen en sus féretros, recubiertos de mantos de brocado, en un salón estrecho y aboyedado. No he visto en ninguna parte un cementerio más original ni que produzca una impresión más abrumadora. En medio de esta fúnebre compañía han colocado los túmulos del rey asesinado y de su hijo, el joven más hermoso del reino. Están embalsamados y á la vista. El rey parece

dormir un sueño dulce y tranquilo. El príncipe está algo desfigurado por heridas faciales.

La alta sociedad portuguesa es afrancesada y corrompida. El catolicismo pesa mucho sobre este pueblo pobre y analfabeto en su gran mayoría; un 80 por 100 lo son. El 32 por 100 de la mortalidad se debe á la tuberculosis. Los franceses son los maestros de la nación y el idioma de Hugo la segunda lengua materna. La idolatría más grosera reina en vez del culto en espíritu al Dios viviente. Las iglesias pululan y están dotadas de mármoles riquísimos y objetos de arte. Su conjunto es del peor gusto estético posible. La iglesia de la Madre de Deus es la sola excepción á la regla. Aunque cuenta varios siglos de existencia, parece construída ayer. Las paredes están cubiertas desde el techo con magníficos cuadros. En la preciosa sacristía pueden verse en las puertas de un relicario las pinturas más sorprendentes que existen de la Edad Media.

Los monasterios han crecido aquí como la mala hierba. Fueron secularizados en el reinado de José I por el célebre ministro marqués de Pombal, el primer Combes que tuvo la historia de los pueblos latinos.

Los vinos lusitanos son exquisitos, mas salvo el Madera y el Oporto no se conocen en el extranjero.

Pasando á Francia se me ocurre que no es exactamente aquella con que todos soñamos en Amé-

rica. El ensueño, y en ello consiste su belleza, supera á la realidad en encantos.

El egoísmo, la brutalidad, por no decir animalidad, y una avaricia sórdida, se han apoderado del alma francesa.

El tan mentado *esprit* no es planta de todos los jardines y su objeto consiste en provocar los instintos sensuales.

No conozco en la historia un pueblo más maravillosamente dotado, pero también uno que derroche más despiadadamente sus ventajas físicas y mentales. ¡Francia! no puedo expresar cuánto la admiro por un lado y lamento por otro. No creo, por ejemplo, que su pueblo sea más inmoral que el alemán. Los que siguen las impresiones de viaje de Jules Huret en *El Figaro*, sabrán darme la razón. Lo deplorable en Francia es la extremada facilidad dada á la disolución de las costumbres; la pasividad del público frente á la grosería en el teatro y la sátira constante dirigida contra las autoridades y los caracteres fuertes. Es el país donde existe menos hipocresía. La Rochefoucauld juzgaba á ésta como un homenaje del vicio á la virtud y es en ese sentido como la creo conveniente en la sociedad. La hipocresía en Inglaterra, por ejemplo, redundaba en beneficio del *statu quo* en las costumbres. Todo es permitido allí, salvo el escándalo. La vida de Oscar Wilde—el malogrado artista cuyo corazón fué tan sensible á todo lo fundamentalmente bueno y á quien se deben páginas

muy penetrantes sobre Cristo y su influencia—es un ejemplo ilustrativo de lo observado más arriba.

El pueblo francés, que tanto he amado, ha cambiado al punto de desconocerlo por completo.

Hoy adoro á la Francia pretérita, y si no fuera por una aristocracia electa de pensadores y artistas, la decadencia no tardaría á dejarse ver en toda su fealdad brutal.

En París todo es demasiado excesivo; esto produce en mí, por lo menos, un estado de nerviosidad tal, que no tardo en experimentar cansancio mental y visual. El espíritu de Atenas era rey otrora: Montmartre impera hoy.

Sus exhibiciones infectas, su impresionismo grosero, una tonta sinvergüenzonería ha invadido poco á poco todos los escenarios, alcanzando hasta los grandes autores. Así, el divino Anatole France, presa también de la manía exhibicionista, aprovecha el momento en que Francia, acaso la antigua Galia medioeval, glorifica á su heroína más pura—Juana de Arco—para quitarle su aureola de iluminada superior. Por un lado France, Hervé y todo el socialismo avanzado denigran al ejército, y todas las grandes fuerzas que edificaron el gran poder francés bajo Luis XIV y Napoleón; por otro, el nacionalismo exalta el espíritu conservador. No sé cuál servirá mejor á su país, pero pienso que el amor al pasado histórico, el cariño por la obra difícil de nuestros abuelos sólo puede ayudar á consolidar más el presente.

La actualidad es la obra del pasado; los muertos hablan en los vivos y para la desvelada eternidad, las tres divisiones del tiempo no existen absolutamente.

Hay que edificar sobre el pasado; de lo contrario, nuestro edificio será siempre poco estable. La ley divina es la evolución, y en ésta fe y ciencia están de acuerdo. Francia sufre de esta disyuntiva y la obra del gran Taine, aquella que menos se ha comprendido, *Les origines de la France contemporaine*, está ahí como el monumento patriótico de esa lección.

Los pueblos jóvenes de América tienen en ese libro un evangelio tan fuerte como el de Francisco Bilbao, hoy tan relegado á un injusto olvido.

Se observa en el ambiente netamente parisien-se una falta absoluta de conciencia moral. Causa una sensación de asco la vida animalizada de los grandes centros urbanos é involuntariamente el espíritu busca la serenidad de los paisajes naturales y *los libros que no mienten*.

París me ha desencantado mucho. Renuncio al deseo que formulé en mi juventud de vivir allí siempre, cerca del bullicio de los bulevares y á un paso de muchas cosas bellas. La belleza del arte está turbada por la lascivia; la ciudad, congestionada dentro de una superficie ridículamente pequeña para sus tres millones y medio de habitantes, la población total de la Suiza.

Desde 1870, Francia ha sabido elevarse á la

categoría de los Estados vecinos en todo lo que concierne á las cuestiones de enseñanza propiamente dichas—escribe una observadora perspicaz—. Si se tuviera que reprocharnos algo, fuera quizá el haber gastado demasiado celo y haber convidado sin método alguno, ni discernimiento tal vez, á millones de niños, de paisanos y trabajadores, al banquete de la ciencia universal... Pero se comienza, acaso demasiado tarde en verdad, á medir el error cometido; sólo se ha tenido el cuidado de amueblar el espíritu, cultivar el cerebro; pero por otra parte, se ha descuidado la formación del carácter y del corazón... Éste es uno de los hilos para conocer la actualidad francesa, muy comprometida.

Otro observador no menos agudo señala que en Francia se olvida demasiado la bondad de las profesiones que alimentan las materias primas, fabrican los objetos de primera necesidad, compran y venden las mercaderías usuales. Estima este educador, y con justicia, que las profesiones fundamentales no son aquellas en que el hombre vive de las enfermedades ó querellas de sus semejantes, como el abogado ó el médico.

Atribuye en los ingleses buena parte de su admirable estabilidad nacional á su costumbre de no querer cambiar de medio ambiente, de no marearse con el orgullo vano de las profesiones liberales y de aspirar buenamente á hacer siempre un poco mejor lo que hacían sus padres. Y aquí abordamos

el grave problema del proletariado intelectual que también ha preocupado á nuestro ex presidente Battle y á sus ministros.

Es de primera necesidad predecir, como base de la evolución moderna, el culto del pasado. El anarquismo ha nacido de esa desarmonía. Hacerla cesar es lo más útil y noble que puede proponerse un estadista.

II

Una atmósfera tan viciada es altamente impropia para la claridad mental que preside á la creación de las obras geniales. El físico del francés es ruin, por regla general, y en su fisonomía hay ausencia de nobleza y elevación. La mujer posee buen cuerpo, mas no tiene la hermosura de nuestras compatriotas ni su frescura de tez y de líneas. Todavía es la reina de la elegancia. Nada interesa tanto como verla entallada en su traje sencillo, sin un pliegue, límpido y encantador como el plumaje de un ave. La encuentro fría é impenetrable en el amor; ligera y nerviosa para conversar y criticar.

Á pesar de sus setenta iglesias, sin contar las de las confesiones disidentes, París es al parecer la ciudad menos religiosa del mundo. La nobleza de esos edificios, en que un pueblo de obreros artis-

tas eternizó el vuelo de su inspiración y el ardor de su fe, no significa mucho para el parisiense de raza. En él no existe el culto de las virtudes de fuerza tan agradables para la paz del cerebro y del alma. Las universidades populares han fracasado aquí y la propaganda de ideales no encuentra eco alguno. Ahorrar, comer sabrosamente, realizar su infaltable excursión del domingo á los bosques ó pueblecitos circunvecinos, resume la existencia de la pequeña burguesía. La afluencia enorme de extranjeros, quizá entre por mucho en la decadencia. Hay un millón de ellos establecidos, sin contar los cientos de miles que anualmente atraviesan este suelo privilegiado. El cosmopolitismo engrandece y enriquece á un pueblo, pero acaba por quitarle su íntima genialidad. Se dirá que la raza francesa se extingue y que su espíritu permanece, mas aun éste se disgregará á la larga. La interminable marea de elementos venidos de las cinco partes del mundo no se ahoga en el océano parisiense.

La libertad acordada al vicio y al mal es omnívota. La excesiva criminalidad lo atestigua suficientemente. El resultado de tanta desmoralización es ese ambiente de tibieza espiritual, indiferencia moral y vida sensual exagerada que caracteriza á la Lutecia moderna. Todo se confabuló en el país de mis primeros entusiasmos literarios é históricos, para producirme una impresión dolorosa. Mi sensibilidad por lo grande, lo bello y verdadero se sintió profundamente herida.

El culto del arte no es la única preocupación social. El primer deber del hombre consiste en trabajar su espíritu, embellecer su alma, volver su energía más fecunda y su voluntad más fuerte, ennobecerse, en una palabra.

Una recaída en mi enfermedad hizo que buscara el ambiente sano de Suiza para reponerme por completo.

III

Esta pequeña nación está lejos del estado rústico, sencillo y pastoril que cantó Schiller en su gran drama romántico. Su naturaleza, de una belleza incontestable, es una lección continua para sus hijos y las demás naciones. El espíritu de orden, de concordia, de amistad, de trabajo y amor patrio se han desarrollado más que en parte alguna de Europa. Todo puede aprenderse observando á Suiza, cuya síntesis está expresada en la altiva divisa:

«Uno para todos.—Todos para uno.»

Pocas naciones han llegado á un grado superior de madurez política y cultura universal. Fuera de duda, es donde mejor funciona el sufragio universal; su gobierno la más luminosa prueba de la bondad de la democracia. La misión histórica de Suiza en el concierto de los pueblos ha sido desde siglos

atrás el uso de la libertad política como fuente de prosperidad y felicidad para la sociedad. Esa ha sido su idea fundamental, su pensamiento para a civilización general y su ideal, espléndidamente realizado.

Ha salvado las desventajas de su situación geográfica por la notable mano de obra de sus habitantes. Su fuerza motriz llega á 585.000 caballos de fuerza junto á 250 instalaciones eléctricas. Ocupa el segundo lugar en la producción de hulla blanca, viniendo inmediatamente después de Noruega. Luego ha sabido explotar sus bellezas naturales. Para verlas acuden anualmente 2.500.000 viajeros, que dejan para el tesoro nacional 270.000.000 de francos.

La población se aumente en 34.000 individuos por año. Sus métodos educativos y organización militar han sido objeto de serios estudios de parte de una nación tan adelantada como Inglaterra. Ha sido la patria de los más esforzados *pioneers* de la educación y de la civilización en general. Sus nombres son Rousseau, Pestalozzi, Lavater, Haller, Nécker, de Saussure, general Dufour, La Harpe y Agassiz. Ha producido tres grandes pintores: Calsime, Gleyre y Boechlin. Ha poseído en Numa Droz y Luis Rouchonnet dos célebres políticos, cuya sabiduría ha sobrepasado las fronteras de su patria.

En ninguna parte del continente europeo existe un conjunto montañoso tan considerable ni con

mayor número de picos y de una altitud mediana tan elevada; ninguna cadena ofrece campos de hielo tan extensos. ¿Y por qué no decirlo? País alguno presenta al viajero sitios más encantadores y más terribles.

Al atravesar esta maravilla, uno experimenta un goce privilegiado. Michelet, en uno de los capítulos de su *Montagne*, señala así á la atención del mundo la Engadine y sus lagos: *Nulle autre contrée du monde n'a ces superbes miroirs dans un tel degré de beauté. Tout pays qu'on voit après semble sombre et, dirai-je, aveugle. Les lacs sont les yeux de cette vallée, dont l'azur double le ciel.* Cuando uno camina por las espléndidas comarcas de Suiza, se da razón al poeta historiador. Todo allí respira inmortal belleza: sus lagos inefablemente azules, los valles verduzcos coronados de pinos, su cielo intensamente azulino, las largas aristas de sus montes gigantes, la atmósfera límpida. Allí se siente el reposo de Geórgica, una paz virgiliana que produce dulces efectos en el espíritu. ¡Qué decoraciones para Millet y Segantini, que tanto amaban la fiesta de la luz, el aire transparente, el grito embriagador de la vida y la ardentía del sol que doraba las mieses!

Amiel ha dicho que un paisaje era un estado de alma. Sin discutir el misterio de la atracción que ejerce sobre nosotros Natura, se siente cuán variados, profundos y sutiles son los estados mentales en los que nos sumerge á pesar nuestro.

Si estos paisajes no poseen la hermosura augusta y sagrada del Himalaya ó la tristeza del Sahara, su belleza es serena, como la frente de un dios de la Hélade. Su vista calma toda inquietud interior. La vida se nos brinda envuelta en la poesía de un mundo solemne, grave, pero con todo ello suave, dulce y luminoso. No existe mejor sedativo para el ánimo abatido y cansado, para el corazón desilusionado, para la voluntad enferma.

IV

Millares de jóvenes y niños frecuentan sus instituciones de saber, donde son protegidos por hermosas tradiciones y sanas libertades. Aquí el estudiante se hace fuerte, sano de cuerpo y mente.

El espíritu de familia ha alcanzado el apogeo. Enclavada entre montañas, apenas accesibles, sin mar, ni siquiera vía fluvial de importancia, ha sabido crearse una posición privilegiada. Su balanza comercial se eleva á 2.000.0000.000 de francos. Es una verdadera maravilla económica. Su comercio iguala al de España, cuya población es seis veces la suya. Las relaciones postales son las más activas y extendidas de toda Europa; cuenta también con el mayor número de oficinas de correos.

Ocupa el primer lugar en el dominio de la edu-

cación pública, con medio millón de escolares, 4.652 escuelas y 10.600 maestros. Las seis universidades suizas educan á 6.043 estudiantes, enseñados por 479 profesores.

Para cada 3.300 habitantes se publica un diario y un libro para cada 500.

En ninguna parte se ha desarrollado tan felizmente el espíritu de asociación.

Muy encariñados con su patria, los suizos alimentan ese espíritu por numerosas fiestas nacionales: tiros federales, fiestas de canto, gimnasia, congresos, aniversarios, luchas y exhibiciones.

La caridad pública es generosísima; el mendigo no existe en Suiza.

Es el país que tiene menos deuda pública y el mejor gobernado. Un bienestar general está difundido en todo el país, dándole un aspecto completamente distinto de las demás naciones. Una armonía singular reina en todas las cosas; todo expresa serenidad y sabiduría.

Ives Guyot, el célebre economista, anhela hubiese en Francia un partido que tuviese á Suiza por ideal. Y no estoy lejos de expresar el mismo deseo para la América latina.

Anualmente la Moneda acuña 10.000.000 de luisés, y en las arcas de sus habitantes caen por millones los francos. Florecen 7.000 hoteles. En todo cerebro suizo existe el proyecto de una posada. Esta industria y la relojería muestran hasta qué punto se cultiva el espíritu de asociación. El

elemento viajero y los extranjeros radicados aquí, en número de medio millón, han contribuido mucho á esta progresista transformación.

La Suiza primitiva se distingue por la fidelidad á las costumbres y fe del pasado; la oriental por el trabajo infatigable y el activo espíritu de empresa; la occidental por el buen humor, la vivacidad y el corazón afectuoso y entusiasta.

Hay en este pueblo, acaso el más moral y dichoso del mundo, mucho afán por elevarse y anhelos de una vida más amplia y buena. Aquí vivió el gran reformador Calvino; nacieron Rousseau y madame de Stael, dos espíritus directores de la literatura mundial. El gran educador Pestalozzi vió la luz en este suelo libre. Existe una literatura elevada que procede del protestantismo y de la cultura moral. Es un ambiente encantador para el espíritu, y entre tanta salud moral, me hallo á maravillas.

La ciudad silenciosa, rodeada de una vigorosa Naturaleza, es el terreno necesario para el héroe del pensamiento. La montaña sugiere ideas de energía y grandeza.

«Los que han vivido en su contacto—observa virilmente un escritor—, los que han luchado con sus defensas y han respirado el aire de sus cimas, están quizás más acorazados para la vida que aquellos que el funicular deposita en la terraza de un hotel. De esa rada lucha con los elementos cuerpo á cuerpo, profesor de paciencia y de pru-

dencia, nacerá una generación más templada para las batallas decisivas del mañana.»

Estoy pasando por placeres elevados y tranquilos. Mi vida es de meditación intensa, estudio y admiración por la Naturaleza que, acercándonos á lo superior, nos abre la perspectiva grandiosa de una vida elevada.

V

El deseo de conocer á fondo un país me persigue en viaje, y así trabó amistad con los espíritus superiores que han sentido y expresado el encanto de su patria. De esta suerte lei un libro escolar por Emilio Javelle, *Mémoires d'un alpiniste*. El epigrafe de Goethe: *Je travaille sans relâche à faire de moi une plus noble créature*, me ganó por entero en su favor. Hoy, seducido por su maravilloso talento para interpretar la montaña fascinadora, comprendo cuán grande es el artista y la obra.

En sus narraciones nos da á conocer los peligros y las voluptuosidades de la ascensión. El peligro lo corría á menudo muy de cerca, pero lo afrontaba pensando acaso que el misterio nos envuelve siempre y que consentir á vivir es tentar descubrirlo. Para su espíritu, poco ó nada ambicioso, la vida se le presentó fácil como profesor de literatura, y

quizá, no encontrando ambiente para ejercitar su vigorosa voluntad y energía, excogitó la montaña como medio de acrecentar esos divinos dones. Fué un habituado de los Alpes severos que admiró como artista, conociéndolos cual hombre de ciencia. Amaba sumirse en la soledad profunda y en el silencio divino de esas tumbas grandiosas que son las altas montañas. Oidle cómo se exalta en esas regiones:

Vivre dans le secret de cette belle vallée, au pied des glaciers, si fiers et purs, dans les chambres fraîches et la paix des pâturages deserts, y vivre avec un ou deux êtres aimés... n'es-ce pas, dites-moi, le rêve du bonheur?...

Y en otra parte escribe entusiasta, con acento puro y vibrante:

Et une fois qu'ils les auraient connues, ces solitudes, elles deviendraient aussi leur rêve; ils n'aspireraient chaque été qu' à l'heureux moment où ils pourraient aller là-haut se perdre dans leurs blancs replis et y oublier le monde.

Mejor que Rambert ha sabido fijarnos la impresión dejada por la alta montaña.

Fué Javelle el héroe de las ascensiones más audaces; no pocas veces, el primero en conquistar para el hombre el espacio virgen.

¡Por vez primera tocó el suelo celoso de los ventisqueros un hombre superior! Su alma, quizá silenciosa y tímida en el valle, se abría ante esas fiestas de la Naturaleza, de una sencillez y gran-

diosidad incomparables. Hase llamado homicidas á los Alpes, mas cuando pensamos en los sentimientos de belleza y armonía helena que despertaron en Javelle, fácil es denominarlos fuentes de lo bello.

El noble sport hizo su cuerpo resistente, dióle energía y asoció su alma á la misteriosa alma del universo...

Visité su tumba. Un bloque desprendido de la montaña que tanto adoró, señala su última morada. Está cobijado por la iglesia parroquial de Vevey y casi frente á la *Dent du Midi*, para quien tenía la ternura de un ateniense ante el Partenón. Ningún párroco suyo recuerda al escritor en la sencillísima inscripción. ¡Y eso que su frase es lapidaria y vibrante!

Et ego in Arcadia! Hommes, mes frères, qui viendrez ici, moi aussi, áme vivante et aimante, j'ai vu un moment ce que vous voyez; moi aussi j'ai palpité d'émotion en contemplant la mystérieuse beauté... Oh! pendant que vous êtes à la lumière, prononcez moi nom; faites moi revivre un instant dans votre pensée! Rochers, vous qui existerez si longtemps, laissez durer le plus possible ce souvenir de moi.

La emoción más dulce y tierna nos gana ante este grito suplicante de inmortalidad. Esa música de su pensamiento tiene eco en un corazón y ahí le elevo el monumento de mi admiración.

Sobre un repliegue de la piedra yacía un rami-

llete de *edelwiss*, puesto allí, sin duda, por una mano amiga. Llevé algunas como recuerdo eterno de este literato heleno, estilista de raza y gran corazón de amigo. Nadie como él ha señalado el peligro de Suiza; el extranjero invasor que promete arrebatarle su gran tesoro; el espíritu de sencillez. Nos comunica el encanto de la Naturaleza con la gracia y el abandono con que el joven atleta de Olimpia mostrara sus coronas de laureles ó una desposada los regalos de su boda.

Su literatura es producto directo del medio ambiente. De la raza á que pertenecía heredó un talento exquisito, armonioso y límpido. Vivió en la época clásica de las ascensiones, cuando aun estaban reservadas á los espíritus selectos. Lo he leído con recogimiento y amor. Á menudo he pensado en los hermanos Reclús leyendo sus páginas, por las que palpita un amor puro por la Naturaleza.

Javelle gozó mediante sus músculos y se deleitó con la vista. Recordaré siempre un pensamiento suyo: *Revivre est il plus mervelleux que vivre?* Esta es la clave de la belleza de su vida. Vivió verdaderamente para su dicha, gloria y la admiración que enciende en las almas, ávidas de nobleza interior y de lo eterno bello... Un alemán, muy espiritual por cierto, ha comparado el viaje á Suiza con el que hiciera un turco en su harén, yendo de una belleza á otra. Por todas partes se ven panoramas, lagos y valles cuya contemplación es una fiesta continua para los ojos.

Me encuentro muy feliz, mas á menudo el recuerdo de la patria lejana me vuelve nostálgico y entonces siento centuplicarse mi pasión por ella.

Espero, y esto lo digo de corazón, volver á vivir allí, con la lanza del ideal en ristre, embellecida por este viaje fecundo en toda clase de experiencias nuevas. Allí está todavía cuanto más amo y estimo. Engrandezcamos el hogar de nuestros abuelos por la virtud mágica de una vida superior y acaso algún día que se detenga en nuestras playas hospitalarias un viajero inteligente, pueda exclamar con Justo Olivier:

*Il est amis une terre sacrée
où tous ses fils veulent au moins mourir
du haut des monts dont elle est entourée
lequel de nous la vit sans s'attendrir.*

Á mediados del mes entrante estaré en Estados Unidos. No alcanzo á adivinar la reacción que ese nuevo mundo ejerza sobre mi mente, pero cualesquiera sean las impresiones recibidas, serán reflejadas con sinceridad. Por el momento, en la comparación que he efectuado, no ha perdido el continente americano. Europa semeja un anciano augusto; asombran su experiencia y sabiduría, mas se entrevén todos los defectos y lagunas de esa edad en que los afectos pierden su calor y sólo preocupa el pasado. En cambio, América es el edén de la juventud entusiasta, altruista y emprendedora. Joven heleno, luciendo fuerza, belleza é inteli-

gencia, fuera el símbolo americano; un patriarca, el europeo.

Á Europa se la admira y deslumbra: América atrae y es querida.

El sol de Mayo alumbra nuestras frentes. Para nuestro bien aun vivimos en la edad de oro...

Lausanna, 25 de Agosto de 1908.

Carta á un amigo escéptico

Querido amigo:

Amo la vida porque creo en su belleza, y ha bastado un momento de calma encantadora para que creyera en ella y su virtualidad poderosa para ser feliz. Poseo á Cristo.

¡Oh! querido, desearía que mi corazón, que mi mente y cuanto hay de divino en mí se hiciera verbo, y te explicaría la vida tal como yo la siento en este instante de suprema exaltación. Como una sinfonía heroica, como una página de Taine, la vida sencilla me encanta y atrae. En la soledad deliciosa, rodeado de esa fisonomía de Dios, que es Natura, me siento ser, vivo mis ideales y experimento la fascinación de su poder y fuerza, porque creo en Él.

El hombre es grande por su relación con Dios; nuestra alma, que vive en todo lo bello, que es amiga de todo lo grande, sólo se satisface con los grandes ideales.

En todas partes debemos ser nosotros mismos

bellos y sugestivos, tal cual salimos de la mano de Dios.

Soy elocuente á medida que veo más claro que si sigues por esa senda te pierdes.

Quisiera traerte á un sentido serio de la vida. Me atrae tu franqueza é intelecto. Me repele tu carencia de voluntad é indiferencia religiosa.

El hastío te ha hecho sufrir mucho; te dedicas demasiado al placer enfermizo de ver sólo el lado ridículo de la gente. Locura es pretender amoldar á las masas de ese modo. Sólo siendo una individualidad se logra atraerlas al justo equilibrio moral que distingue al cristiano.

No debes dar satisfacción á tu sensibilidad pesimista. Vive en armonía con tu conciencia. Ante los problemas dolorosos y las contradicciones insolubles de la existencia, vuélvese uno fácilmente abatido y hasta desesperado. Es precisamente en esa circunstancia cuando estamos llamados á ser *alguien* y no alguna cosa. Se impone á nuestra superioridad el luchar y sufrir noblemente. En ese instante debemos refugiarnos en la vida espiritual, por la cual nos diferenciamos del animal, y no engolfarnos en la pasional y psíquica que compartimos con las bestias.

Cuando el análisis de sí es harto exagerado, se traduce por la muerte de sí; vivir consiste en analizar á los demás.

Los ensueños malsanos, las ambiciones sin rumbo, una dulce pereza, son para nosotros como una

maga cuyos encantos fatales acabarían por agotarnos y adormecernos para el mundo.

Preciso fuera ser felices por nuestra bondad, ideales por nuestra sensibilidad refinada y humanos por la piedad y la tolerancia.

La vida, acaso nadie mejor que el artista y el pensador así lo comprenden, es mala.

Sometida á fatalidades ineludibles, de ella surge en su conjunto, como de un lago, un vapor dañino si nos empeñamos demasiado sobre su misterio.

Cualesquiera fueran los obstáculos y los reveses, nuestra superioridad nos indica proseguir hasta el fin nuestra ruta, animados de perseverancia y justicia. Eternamente debe sostenernos un coraje invencible. Debemos resolvernó á mantener siempre nuestra alma pura y serena.

Suiza ha sido para mí un bálsamo tranquilo. Por más sereno que sea nuestro ánimo, en París la atmósfera neurótica desasosiega y enerva.

No encuentro otro paliativo á tu tristeza y escepticismo que aceptar al Maestro.

Golpea en la puerta de la verdad, comulga en la gran vida que nos rodea y siempre está pronta á aliviar nuestra carga. Silencia el odio, perdona siempre y vive con un alto ideal por delante y serás como el Maestro.

Tu amigo que desea tu bien,

ALBERTO NIN FRÍAS

Un nuevo movimiento social

Como estudiante de sociología he tenido la oportunidad de estudiar muchos de los problemas que conciernen á la sociología práctica y las instituciones, medidas preventivas y otras cosas cuyo efecto es el realizarla. Ninguna de ellas es por el momento de tanta importancia como la institución de la cual voy á referir, brevemente, mis impresiones. He pasado cuatro horas de las más provechosas, durante mi estadía en Nueva York, visitando el Instituto Americano del servicio social, y confieso que he permanecido sorprendido de la belleza moral, del alcance espiritual y de la trascendencia que él importa para la sociedad del porvenir. Es la mejor señal de los tiempos en que vivimos, época en que la humanidad despierta se vuelve consciente de sus deberes para con todos los seres humanos y determina reducir á la precisión científica los problemas sociales. Desde el primer tercio del siglo XIX, cuando Comte inició la ciencia social, ¡cuán prodigiosos han sido los progresos de esta disciplina destinada á revolucionar todo nuestro

mecanismo social y basarlo sobre la razón, el altruismo y la justicia! En las naciones republicanas, especialmente, se ha desenvuelto la sociología, debido á que la entidad reinante es el pueblo. Francia y Estados Unidos, sin pasar por alto los estudios admirables de Spencer y Darwin, son los países que mayormente han contribuido al esclarecimiento de la consciencia pública sobre todos los problemas que surgen en las comunidades humanas. En cada país se repiten, debido al mismo elemento social y á idéntico ambiente de civilización, las mismísimas condiciones. Con el fin de que todas las naciones del mundo se aprovechen en buena hora de sus experiencias y progresos, el doctor J. Strong concibió esta institución, cuyo objeto es el de reunir la mayor cantidad posible de datos sobre las cuestiones referentes á las relaciones de los seres humanos entre sí.

Su biblioteca aspira á ser, si no lo es ya, una enciclopedia social del más alto valor, clasificada con admirable precisión. En un instante puede compilarse una bibliografía completa sobre un tema social cualesquiera. El estudiante, el comerciante, el político, el capitán de industria, el obrero como el capitalista, pueden dirigirse al Instituto en busca de sugerencias poderosas recogidas de todas partes del mundo. Como ejemplos concretos del trabajo del Instituto voy á referir los casos siguientes: Un industrial canadiense se dirigió al Instituto pidiéndole consejo para buscar un *modus*

vivendi con sus operarios, cuyas huelgas continuas imposibilitaban la marcha de la fábrica. El caso fué considerado y la solución resultó en el alza del salario, reducción de operarios y aumento considerable de la producción. Colocado en un terreno más justo y práctico, el obrero trabajaba con más gusto y más eficazmente. Lo propio se repitió con la Compañía del National Register, Dayton, Ohio, cuyas pérdidas sumaban diariamente miles de pesos y la llevaban á una quiebra segura. La dirección hizo un esfuerzo supremo para transformar sus procederes, y con la eficaz intervención solicitada del Instituto, la tensión entre el obrero y el capital se ha resuelto en paz y armonía. Hoy es una de las manufacturas más florecientes de Estados Unidos. El director ha reconocido públicamente cuánta parte cabe al Instituto en este estado de cosas.

El tratamiento humanitario á que han sido sometidos los criminales juveniles por el juez Lindsay, de Colorado, ha sido propagado por el Instituto, haciendo posible la repetición de la experiencia, no sólo en los demás Estados de la Unión, sino también en Alemania, donde ha repercutido este movimiento de redención social para el delincuente joven.

Los problemas de la casa para obreros, de la pavimentación, de la sanidad municipal, en fin, los mil y un temas de la cuestión social, están fácilmente al alcance de quien se dirija á esta noble

oficina. Y lo notable de este movimiento es su sentido altruista, pues no se ha tratado de imprimirle el sello comercial que tanto desvirtúa á mucha de la caridad moderna. El servicio es gratuito, salvo en el caso que la cuestión exija una investigación especial.

No sólo se limita á cuestiones de este orden, sino también á las de las iglesias, pues en los países protestantes, y me animo á generalizar aquellos en que la cuestión religiosa se halla resuelta por la separación de la Iglesia y del Estado, hay que contar con ellas, por ser poderosos centros de sociabilidad y de cooperación. En Nueva York, debido al movimiento *up-town*, es decir, el abandono de la parte inferior de la isla Manhattan por parte de familias acomodadas, ha resultado que en 87 iglesias se quedasen sin fieles. Un territorio inmenso quedaba desprovisto de la dirección de una vida superior. El problema fué resuelto por la Sociología Práctica. Dichas iglesias, de cualquier denominación á que perteneciesen, se tornaron *Institucionales*, vale decir, abrieron en sus sótanos y otras reparticiones, baños públicos, bibliotecas, canchas de pelota, sala de billar, salones de lectura, gimnasios; ajustándose así á los tiempos modernos y sus necesidades, estas iglesias pudieron continuar floreciendo y ganar entre el elemento obrero lo que habían perdido con la ida de los otros feligreses. El Instituto da á conocer este notable experimento social á quien lo desee. Él indica una nueva

faz del cristianismo; para hacer frente á la nueva civilización evoluciona como todas las demás cosas de este maravilloso mundo.

Una ciudad de Estados Unidos, queriendo establecer baños públicos, comisionó á un miembro competente de la municipalidad para que hiciera las observaciones y estudios del caso. Viajó y viajó, quedando muy poco informado sobre el particular. Alguien le indicó el Instituto, y aquí aprendió en una hora más de lo que había podido hacer recorriendo ciudad tras ciudad, país tras país durante un mes. En un momento se le pudo hacer ver proyectados por la linterna mágica los mejores edificios de ese género, su interior y exterior, su plantel, maquinaria, costo, etc., etc. El interesado seleccionó el tipo que le convenía y se marchó á su ciudad para dar cuenta satisfactoria de su misión.

El Instituto tiene por objeto ahorrar tiempo, y en ese sentido es un producto netamente norteamericano.

Otra creación suya es el *secretario social*. Esta es una carrera provechosa y útil en alto grado. Este señor ó señora, según los casos, constituye el intermediario entre el patrón y el empleado. Pertenece á su incumbencia en las fábricas, talleres, tiendas, etc., el estudiar las condiciones en que viven los empleados, escuchar sus quejas ú observaciones y reportarlas al jefe. El secretario es persona versada en sociología teórica y práctica,

puede proyectar las soluciones más modernas y eficaces para remover los conflictos entre ambas partes. El secretario social, en buen español, viene á ser un asesor sociológico, que con el tiempo, tratándose de estas cuestiones, reemplazará al abogado actual cuando se inaugure la era sociológica en el mundo. Esta idea práctica ha contado con tanto éxito genuino, que después de cuatro años de existencia ha tenido lugar un Congreso de secretarios sociales en Nueva York.

Junto á este vasto programa se halla otro no menos hermoso. Conocida es de todos la institución de la Escuela Dominical, que hace hoy las veces de la instrucción moral y religiosa dada otrora en las escuelas. Pues bien; el doctor Strong ha ideado enlazar esta enseñanza con un conocimiento graduado de la sociedad moderna y sus intrincados problemas. Para cada domingo del año hay un tema, como el conflicto entre la labor y el capital, la criminalidad, el trabajo en las fábricas, el divorcio, la inmigración, el sufragio, las huelgas, la congestión en los grandes centros de población, etc.

La sociedad moderna es observada de este modo á la luz de la ciencia social y connotada por esa eterna guía que es y siempre será la Buena Nueva de Cristo. Cualesquiera puedan ser nuestras convicciones, y si ellas son sinceras tienen el derecho á ser respetadas, existe un punto sobre el cual el acuerdo de opiniones se hace cada vez más fuerte:

el complemento de la ciencia necesaria en absoluto para el buen vivir físico no es otro que el Evangelio en su pureza. Él es la flor, la poesía de la ciencia, el elemento ideal de que todo constructor, sea él artista ó simple ciudadano, debe estar poseído para conquistar, no sólo el mundo material, sino también sus pasiones. Este elemento de inspiración, de idealidad, adorna esta gran obra social, digna de la atención de todo cerebro capaz de trascender los límites de nuestra pequeña vida individual para verse el guardián de la tradición social y el transmisor de una existencia mejor á los que vendrán. Si en este país de la energía y de la labor colosal no todo halla eco en la mentalidad latina, una cosa maravilla, y es ella el espíritu que condensa el Instituto del servicio social; un despertar de la conciencia pública, un afán creciente de mejoramiento social, un deseo infinito de apurar el advenimiento de esa democracia que Juan en la Revelación vió bajar de la región de las ideas de Platón en las formas de la Nueva Jerusalén.

¿Quién no desea intensamente la paz y la buena voluntad entre los hombres? Es la melodía de las edades; es el desiderátum de esta institución; es la vida misma de filósofos como el doctor Josiah Strong y de los hombres eminentes que lo acompañan en su marcha hacia ¡Excelsior!

FIN

BIBLIOTECA
DEL
CONSEJO N. DE ENSEÑANZA
PRIMARIA Y NORMAL
SANTO DOMINGO

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Dedicatoria.</i>	v
<i>Prólogo</i> , del naturalista profesor José Arechavaleta. .	vii
<i>Alberto Nin Frías</i> , un estudio por M. Núñez Regueiro.	11
<i>El árbol</i> , poesía de Leandro Arrarte Victoria.. . . .	77
 El árbol.	
CAPÍTULO I.—Lo que es el árbol. 83	
» II.—La distribución de los árboles en la tierra.	96
» III.—Paseos por bosques.	107
» IV.—Cuando el árbol era rey.	121
» V.—Los árboles en Montevideo y sus alrededores.. . . .	128
» VI.—El aprovechamiento comercial del árbol y la producción de madera.	142
» VII.—El árbol y su influencia sobre el espíritu humano.. . . .	152
» VIII.—La capillita en el bosque.. . . .	163
» IX.—El árbol de Navidad.	167
» X.—¿Cómo se planta un árbol?	172
» XI.—La fiesta del árbol.	178
» XII.—El árbol (poema en prosa).	185
 Trabajos varios.	
El carácter americano.. . . .	189
En los alrededores de Wáshington.	201
La misión de Francia en la historia del mundo.	207
Significado del dolor.	213
Impresiones de un viaje por Europa.	219
Carta a un amigo escéptico.	241
Un nuevo movimiento social.	245

Clorinda Matto de Turner

VIAJE DE RECREO

(España, Francia, Inglaterra, Italia,
Alemania y Suiza)

Obra póstuma de la insigne escritora peruana, en la que describe sus impresiones de viaje por los citados países.

Un volumen en 4.º, impreso en papel satinado é ilustrado con más de 250 grabados.

Precio: 5 pesetas

C. O. BUNGE

Profesor en las Universidades de Buenos Aires y La Plata

LA EDUCACIÓN

Forma un abultado volumen en 4.º de cerca de 600 páginas, y es un acabado estudio de todos los sistemas de educación conocidos desde los tiempos primitivos hasta nuestros días.

Precio: 6 pesetas